



10 C

DR JNO B STEBBINS.

*Mr. [unclear] [unclear]*

*To [unclear]*

*[unclear] [unclear] [unclear]*

*[Large handwritten scribbles]*

J. B. Stebbins

A

L. B. Fulton

J. B. Stebbins





Wm. L. Adams

E. Trottingham

L. B. F. F. F.

Wm. W. W. W.

South. B. W.

1853

DE JNO B. STEPHENS.

P A B L O

Y

V I R G I N I A,

POR JACOBO BERNARDINO HENRIQUE  
DE SAINT-PIERRE.

---

---

TRADUCIDO EN ESPAÑOL POR

DON JOSEF MIGUEL ALÉA.

---

---

.....*Miseris succurrere disco.*

ENEI. lib. 1.

---

---

PHILADELPHIA:

EN LA IMPRENTA DE M. CAREY.

1808.



RBR  
Jan 12  
#302

---

## PROLOGO DEL AUTOR.

.....

ME he propuesto grandes designios en esta obra, en la qual he procurado pintar un suelo, y producciones diferentes de las de nuestra Europa. Harto tiempo han estado en posesion nuestros poetas de poner á reposar sus amantes á las orillas de los arroyuelos, en las praderías, y á la sombra de las hayas. Yo he querido sentarlos en las riberas del mar, al pie de los peñascos, á la sombra de los cocoteros, de los plátanos y limoneros en flor. No faltan á la otra parte del mundo sino Theócritos y Virgilibios para que tengamos descripciones tan interesantes, á lo ménos, como las de nuestro pais. Sé que algunos viageros de gusto nos han hecho pinturas encantadoras de muchas islas del mar del Sur, pero las costumbres de los habitantes, y aun mas las de los Europeos que

que aportan á ellas, afean y desfiguran por lo regular estos quadros. Yo he deseado reunir á la belleza de la naturaleza, entre los trópicos, la belleza moral de una sociedad poco numerosa, proponiéndome al mismo tiempo demostrar grandes verdades; entre otras: “ que  
 “ nuestra felicidad consiste en vivir segun las  
 “ leyes de la naturaleza y de la virtud, diri-  
 “ gidas por las infalibles verdades del evan-  
 “ gelio.”

Para pintar familias felices, no he necesitado inventar una novela. Puedo asegurar que las de que voy á hablar, han exístido realmente, que su historia es verdadera en sus principales acontecimientos, certificados en mi presencia por muchos colonos, á quienes he conocido en la isla de Francia. No he hecho mas que añadir algunas circunstancias indiferentes, que siéndome por otra parte personales, tienen, hasta en esto, cierta especie de realidad. Quando formé, algunos años ha, un diseño muy imperfecto de esta especie de pastoral, procuré leérsela á una dama que freqüentaba lo que se llama el gran mundo, y á personas graves que vivian muy apartadas de él, á fin de prever el efecto que produciria su lectura en gentes de caractéres tan diversos, y tuve la satisfaccion de verlos á todos derramar lágrimas. Este fué el único juicio que pude formar

mar

mar de la obra, y esto era cabalmente lo que yo deseaba ver comprobado.

Mas como, por lo comun, la presuncion es un vicio compañero de la cortedad del talento, caí en la vanidad, con tan buen suceso, de intitular mi obra : *Pintura de la naturaleza*. Pero habiendo reflexionado despues, por dicha mia, quan distante estoy de conocer el clima en que nací, quan rica, variada, amable, magnífica y misteriosa se presenta la naturaleza en aquellos paises, donde no he visto sus producciones, sino de paso ; y por último, quan ageno me hallo de poseer aquella sagacidad, expresion y gusto que se requieren para conocerla y retratarla, volví en mí y agregué este débil ensayo á mis *Estudios de la naturaleza*, que el público ha acogido con tanta benignidad, á fin de que recordándole este título mi incapacidad, merezca como hasta aquí la continuacion de su indulgencia.





---

---

P A B L O

Y

V I R G I N I A.

---

**E**N la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas de Puerto-Luis, en la isla de Francia, se ven, en un terreno antiguamente cultivado, las ruinas de dos pequeñas chozas, situadas casi en el centro de una ensenada rodeada de escarpadas rocas, y con sola una entrada al norte. A la parte izquierda de este sitio, se descubre la montaña llamada el morro de la Descubierta, que es la atalaya desde donde se señalan las naos que aportan á la isla, y al pié de ella, la ciudad nombrada Puerto-Luis; sobre la derecha el camino, que va de Puerto-Luis al arrabal de las Pamplemusas, en seguida la iglesia de este nombre, que se eleva, con sus avenidas de bambúes ó cañas, en medio de una espaciosa llanura; y mas allá un bosque que

se extiende hasta las extremidades de la isla. Enfrente se distingue la bahía del Sepulcro en la playa del mar ; un poco mas sobre la derecha el Cabo desgraciado ; y despues del cabo, el anchuroso océano, donde aparacen, á flor de agua, varios islotes inhabitados, entre otros el llamado Mira, que parece un baluarte en medio de las olas.

A la entrada de esta especie de ensenada, desde donde se descubre tanta variedad de objetos, los ecos del monte repiten sin cesar el zumbido de los vientos que agitan los bosques inmediatos, y el susurro de las olas que se estrellan á lo léjos en los arenales y peñascos. Mas al pie de las chozas, no se siente ningun ruido, ni se descubren en todo su contorno mas que enormes riscos, escarpados á manera de murallas, á raiz de los quales, en sus grietas, y hasta en sus cimas, crecen grupos de árboles donde se detienen las nubes. Las lluvias atraidas por sus picos, retratan muy amenudo en las verdipardas lomas del monte los colores del Iris, y provéen de agua las fuentes de que se forma en la falda el pequeño rio nombrado de los Lataneros.

En su circunferencia, reyna un profundo silencio, y todo es apacible, el ayre, la luz y las aguas. El eco apénas repite allí el murmullo de las palmeras, que crecen en la eminencia, cuyas

cuyas largas hojas, rematando en forma de flecha, se ven continuamente agitadas por los vientos. Una apacible claridad ilumina el fondo de este recinto, adonde no penetra el sol hasta el media dia ; pero desde que apunta la aurora, bañan sus rayos toda la cumbre, cuyos elevados picos, sobrepujando á las sombras del monte, paracen de oro y púrpura sobre el azul de los cielos.

Gustaba yo de freqüentar este sitio donde se goza á un tiempo la vista de un inmenso horizonte, y la soledad mas profunda. Estando pues tentado un dia al pié de estas chozas, exâminando sus ruinas, pasó no léjos de mí un hombre de avanzada edad, descalzo, con calzon largo y chaqueta, segun la costumbre de los antiguos habitantes del pais, y un cayado de ébano en la mano en que se apoyaba. Eran sus cabellos blancos como la nieve, y su fisonomía magestuosa y noble. Saludéle con respeto, y él me correspondió con el mismo ; y habiéndose parado á mirarme con atencion un breve rato, se dirigió adonde yo estaba, y se sentó á mi lado. Animado yo con esta demostracion de confianza, le dirigí la palabra en estos términos. X

“ ¿ No me diréis, buen amigo, á quien han  
 “ pertenecido estas chozas ? ” Y él me respondió : “ Estos escombros, señor, y este terre-  
 “ no

“ no inculto, fuéron habitados, ahora veinte  
“ años, por dos familias que habian encontra-  
“ do aquí la felicidad. Su historia es de las  
“ mas tiernas ; pero en esta isla, que está al  
“ tránsito para las Indias orientales, ¿ que  
“ europeo puede interesarse en la suerte de  
“ algunos particulares oscuros ? ¿ Quien  
“ querria vivir aquí feliz, pero ignorado y po-  
“ bre ? Los hombres solo desean saber las  
“ historias de los grandes y poderosos de la  
“ tierra, que acaso no son de tanto prove-  
“ cho.”

“ Ya conozco, amigo, le contesté, en vues-  
“ tro semblante y modo de expresaros, que  
“ poseeis gran caudal de razon y de experien-  
“ cia, y así, si no estais de prisa, os ruego  
“ me digais todo lo que sabeis acerca de los  
“ antiguos moradores de esta serranía : y  
“ creed que el hombre, aun el mas depravado  
“ con las preocupaciones del mundo, se com-  
“ place en oír hablar de la felicidad que pro-  
“ porcionan la naturaleza y la virtud, dirigidas  
“ por la religion.”

Entónces el anciano, despues de haber te-  
nido aplicada breve rato la mano á la frente,  
como en ademan de quien procura traer á la  
memoria diversas circunstancias de algun he-  
cho, me refirió lo siguiente.

En

✕ En el año de 1726, un jóven natural de Normandía llamado Mr. de la Tour, despues de haber solicitado, aunque inútilmente, entrar en el servicio del rey de Francia, y los auxîlios necesarios de su familia para este fin, determinó pasar á esta isla con el objeto de mejorar su suerte. Traía en su compañía á una hermosa jóven, á quien amaba con ternura, y era igualmente correspondido de ella, con la qual se habia casado en secreto y sin ninguna dote; porque siendo ella de una rica y antigua casa y familia de su provincia, se habian opuesto al casamiento los parientes, con el pretexto de que Mr. de la Tour no era de noble linage y caballero. Dexóla en Puerto-Luis á pocos días de su llegada, y se embarcó para Madagascar, con la esperanza de comprar en aquella isla algunos negros, y volverse prontamente á hacer aquí un establecimiento. En efecto, desembarcó en Madagascar á mediados de Octubre, que es allí la estacion mas peligrosa; y á pocos dias de haber desembarcado, murió de las fiebres pútridas, que reynan en aquella isla casi los seis meses del año, y que impedirán siempre á las naciones europeas formar en ella establecimientos fixos.

Todos sus efectos fuéron disipados, despues de su fallecimiento, como ordinariamente sucede



cede á los que mueren léjos de su patria. Su muger se halló sola en Puerto-Luis, viuda, en cinta, y sin mas bienes propios que una negra, en un pais extraño, sin crédito, ni recomendacion alguna. Decidida en tan triste situacion, á no mendigar favores de ningun hombre, despues de la muerte del único á quien tiernamente habia amado; é inspirándole valor su misma desgracia, determinó cultivar con su esclava, una corta porcion de terreno, á fin de adquirirse su subsistencia con el sudor de su frente.

En una isla, casi desierta, cuyo suelo estaba á discrecion del primero que llegaba, no quiso esta pobre viuda elegir los parages mas férciles, ni los mas proporcionados para el comercio, sino que buscando alguna quebrada de monte, algun asilo encubierto donde poder vivir desconocida y sola, se encaminó á estas breñas, para guarecerse en ellas como en un nido.

Es como una especie de instinto, comun á todos los seres sensibles y afligidos, el refugiarse á los sitios mas ásperos y desiertos; como si los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio, ó como si la tranquilidad de la naturaleza pudiese calmar la inquietud y zozobras del ánimo conturbado. Pero la providencia, que viene en nuestro auxilio quando solo buscamos los bienes necesarios, tenía reservado

servado uno á madama de la Tour, que no dan ni pueden dar el poder y las riquezas. ¿Y qual era este bien? Una amiga.

Un año habia que habitaba en este mismo sitio una buena muger, activa y sensible, llamada Margarita. Era natural de la Bretaña, hija de unos pobres labradores, que la amaban como á las niñas de sus ojos, y la hubieran hecho feliz, si ella incauta no hubiera tenido la flaqueza de dar crédito á las insinuaciones amorosas de un caballero de su vecindad, aseguradas con la promesa de futuro matrimonio. Mas este inhumano, habiendo saciado su libidinosa pasion, la abandonó con crueldad, y aun se negó á asegurarle una subsistencia para el fruto que ya llevaba en sus entrañas. Ella entónces, persuadida de su desgracia, se resolvió á dexar para siempre el lugar de su nacimiento, y venir á ocultar su fragilidad á las colonías, léjos de su patria, donde habia perdido la única dote de una doncella honrada y pobre, la reputacion. Un negro, ya de edad, que Margarita habia adquirido con algun dinero prestado, cultivaba con ella una rinconada de este terreno, (y vivian felices).

Madama de la Tour, seguida de su negra, halló en este sitio á Margarita, que estaba dando de mamar á su hijo; y alegrándose extraordinariamente de encontrar á una muger en

situacion tan parecida á la suya, le significó en pocas palabras su estado antiguo y sus necesidades actuales. Inmediatamente que oyó Margarita la relacion de madama de la Tour, quedó penetrada de compasion acia ella; y queriendo merecer su confianza, mas bien que su estimacion, le confesó, sin disimularle nada, la imprudencia que habia cometido, añadiendo: Yo sí que he merecido la suerte que me cabe; pero vos, señora....sin culpa y desgraciada! Y despues de esto le ofreció con lagrimas su choza y amistad.

Madama de la Tour penetrada de gratitud al ver tan tierna y generosa acogida, le dixo estrechándola entre sus brazos: “ ¡ Ay buena amiga! sin duda quiere el cielo poner término á mis crueles penas, pues os inspira mucha mas compasion acia mí, siendo como soy para vos una persona extraña, que la que he hallado hasta ahora en mis deudos mas cercanos!”

Yo conocía á Margarita, y la visitaba como amiga; pues aunque vivo legua y media de aquí en el bosque que está de la otra parte de la montaña-larga, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades de Europa, una calle, un simple muro impiden á los miembros de una misma familia juntarse y comunicarse años enteros; pero en las nuevas colonias



nías se miran como vecinos aquellos que solo viven separados por alguna montaña ó bosque. En aquel tiempo con particularidad, en que esta isla apénas tenía comercio con las Indias, la simple vecindad era un título para la amistad, y la hospitalidad con los extrangeros una obligacion y un placer.

Quando supe que mi vecina tenia compañera, vine á visitarla para ofrecerle mis servicios y ser de alguna utilidad á entrámbas. Hallé en madama de la Tour una muger de una fisonomía atractiva llena de dignidad y melancolía, y en dias de parir. Yo les dixe que convenia (por el interes de sus hijos, y particularmente por evitar que otro colono se apoderara del terreno) partiesen entre sí el fondo de este valle, cuya extension es de cerca de veinte yugadas.

Ellas se pusieron en mis manos para esta division, y yo formé dos porciones casi iguales. La una contenia la parte superior de este recinto, desde la extremidad de esos peñascos cubiertos de nubes, donde tiene su nacimiento el rio de los Lataneros hasta aquella abertura escarpada que veis en lo alto del monte, llamada la Cureña, porque efectivamente se semeja á una cureña de cañon. El fondo de este suelo es un puro pedregal, por el qual apénas se puede caminar; pero no obstante,  
produce

produce frondosos árboles, y está manando en fuentes y arroyuelos.

En la otra porcion entraba toda la parte inferior, que se extiende á lo largo de las márgenes del rio de los Lataneros hasta esta garganta donde nosotros estamos, desde la qual comienza á correr el rio entre dos colinas hasta el mar. Ya alcanzais á ver desde aquí aquellos listones ó faxas de prados ; y un terreno bastante igual y llano ; pero ni por eso es mejor que el otro, porque en lloviendo se vuelve pantanoso, y en tiempo de sequedad duro como un guijarro.

Verificadas estas divisiones, persuadí á las dos, echaran suertes sobre su propiedad. Cupo en suerte la parte superior á madama de la Tour, y la inferior á Margarita, quedando una y otra contentas con su parte ; pero me pidiéron que no me alejara de estas inmediaciones, con el fin de que pudiéramos vernos á menudo, ayudarnos y valernos mutuamente en nuestras cuitas. X

Pero todavía se necesitaba una habitacion particular para cada una. La de Margarita estaba situada en medio del llano, precisamente en los confines de su terreno. Determiné, pues, construir otra igual, allí inmediato, en los lindes del de madama de la Tour para su habitacion ; por manera que estas dos amigas vivian

vian vecinas una de otra, en la propiedad respectiva de sus familias. Yo mismo corté las maderas en el monte, y conduxe de la ribera del mar las hojas de los lataneros, para levantar esas dos chozas que teneis á la vista sin puertas ni tejado. Ay de mí triste! demasiados vestigios exísten todavía para tormento de mi memoria! El tiempo que con tanta rapidez reduce á polvo los monumentos de los imperios, parece que respeta en este lugar solitario los de la amistad, para perpetuar mi dolor hasta el fin de mis dias!

Apénas habia yo concluido la segunda choza, quando madama de la Tour dió á luz una niña; y como yo habia sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba Pablo, me rogó madama de la Tour, lo fuese tambien de su hija, juntamente con su amiga. Esta puso por nombre á la recién nacida, Virginia, y dixo: “Ella será virtuosa y feliz: yo no conocí la desgracia hasta que me extravié del camino de la virtud.”

Luego que madama de la Tour hubo convallecido de su parto, empezáron á tomar incremento estas dos pequeñas posesiones, con el auxílio que yo de tiempo en tiempo les presentaba, y principalmente con el trabajo continuo de sus esclavos. El de Margarita, llamado Domingo, era un negro todavía robusto, bien

que ya de dias, lleno de experiencia, y dotado de un entendimiento bastante despejado. Cultivaba indiferentemente los dos terrenos, segun le parecian mas ó ménos férces, sembrando en ellos las simientes para que eran mas proporcionados. En las tierras medianas sembraba mijo y maiz ; algo de trigo en las buenas ; arroz en las pantanosas ; y á raiz de las peñas, pepinos, calabazas y cohombros, que tienen la propiedad de trepar, serpeando hasta lo mas encumbrado de ellas. En los terrenos secos plantaba batatas, donde se dan dulces como la miel ; el árbol del algodón en las eminencias ; cañas de azúcar en las tierras recias ; el café en las colinas, cuyo grano sale muy menudo, però de excelente calidad ; en las márgenes del rio, y al rededor de la habitacion bananas, que dan varias veces al año abundante fruta y deliciosa sombra ; y finalmente, algunos pies de la planta del tabaco para divertir con la pipa sus propios cuidados y los de sus buenas amas. Iba al monte á cortar leña para la lumbre, componia y allanaba los caminos fragosos con las piedras que arrancaba de esta y de la otra parte ; y executaba todas estas obras con inteligencia y actividad, porque las hacia con zelo.

Quería mucho á Margarita, y no ménos á madama de la Tour, con cuya negra se casó  
quando

nació Virginia. Amaba apasionadamente á su muger, que se llamaba María, y era nativa de Madagascar, de donde traxo alguna industria, como la de hacer canastillos de junco y telas de yerbas silvestres. Era María hacendosa, limpia, sumamente fiel, mañosa para hacer de comer, criar gallinas, é ir á vender de tiempo en tiempo á Puerto-Luis el sobrante de las dos familias, que ya veis quan poco seria. Si á esto agregais dos cabras criadas para dar leche á los hijos, y un mastin que guardaba de noche las posesiones, tendréis una idea cabal de toda la riqueza y menage de estas dos pequeñas caserías.

Ocupábanse las dos amigas en hilar algodón, desde por la mañana hasta la noche, de cuyo trabajo sacaban lo mas preciso para sustentarse á sí y á sus familias; pero por otra parte carecian de las demas comodidades de la vida, siendo tal su pobreza, que solo se ponian zapatos los dias festivos para ir á oír misa muy de madrugada, á la iglesia de las Pamplemusas, que veis allá abaxo. Verdad es que hay mucha mas distancia desde aquí á la citada iglesia que á Puerto-Luis; pero ellas iban muy rara vez á este último pueblo, por évitár el desprecio de las gentes, viéndolas vestidas de toscó cotton azul de Bengala, que es la tela ordinaria de que aquí se visten los esclavos.

Pero



~~X~~ Pero, en buenos términos, ¿ la opinion y estimacion de las gentes pueden equivaler jamas á la felicidad doméstica ? Si estas buenas mugeres pasaban un poco de mortificacion fuera de su casa, encontraban en ella á la vuelta tanta mas satisfaccion y consuelo. Apénas las alcanzaban á ver Domingo y María desde esta altura, por el camino de las Pamplermusas, baxaban al punto muy alegres hasta la falda, para ayudarles á subir ; y leyendo ellas en los ojos de sus esclavos el gozo que tenian en verlas volver, hallaban en sus casas el aseo, la franqueza, y los bienes que únicamente debian á sus propias fatigas, y á las de unos criados como los suyos penetrados de verdadero zelo y cariño. Ellas mismas, unidas por las mismas necesidades é infortunios, dándose mutuamente los dulces nombres de amiga, hermana y compañera, no tenian mas que una voluntad, un interes y una mesa, siendo todo comun entre las dos. Una religion pura acompañada de costumbres castas é irreprehensibles, dirigia su espíritu acia la vida futura, como la llama que vuela acia el cielo, quando le falta pábulo sobre la tierra.

El desempeño de las obligaciones de la naturaleza aumentaba la felicidad de su sociedad, y su amistad mutua se redoblaba á la vista de sus hijos, fruto de unos amores igualmente malo-

malogrados. Se complacian en lavarlos en un mismo baño, en acostarlos en una misma cuna, y en cambiarles á veces de pecho; y en semejantes ocasiones solia decir madama de la Tour, á Margarita: “Amiga, cada una de nosotras tendrá dos hijos, y cada uno de nuestros hijos dos madres.” Ambas reclinadas sobre las cunas de sus hijos, hablaban ya de su casamiento; y esta perspectiva de felicidad conyugal, con que ellas engañaban sus propias penas, remataba comúnmente por hacerlas llorar, acordándose la una de que sus males le habian sobrevenido por haber mirado con descuido el himeneo, y la otra por haberse sometido á sus leyes; aquella por haber querido elevarse sobre su estado, y esta por haber baxado de él. Pero en medio de estas consideraciones, se consolaban con la dulce idea de que sus hijos, mas felices que ellas, gozarian algun dia de los puros y sabrosos placeres del amor conyugal, y la venturosa paz que resulta de la igualdad en los matrimonios.

En efecto, nada era comparable al amor que los dos niños empezaban á tenerse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virginia, y al punto que la veia, se sonreia y callaba. Si Virginia se hallaba en algun apuro, inmediatamente se advertia por los gritos de Pablo; pero esta amable niña disimulaba al instante qualquiera

quiera desazon, por que él no participara de ella. Nunca llegaba yo á estas chozas que no los encontrase abrazados en medio del campo, sosteniéndose uno á otro por debaxo de los brazos, quando apénas podian tenerse de pie, bien así como suele representarse en el cielo, la constelacion de Géminis. ¡Quantas veces me he deleytado en verlos tendidos en el suelo, profundamente dormidos y soñando, hasta tener que despertarlos para libertarlos de la pesadilla de los sueños, que regularmente perturbaban la imaginacion de los muchachos!

Luego que empezáron á hablar, los primeros nombres que aprendiéron á darse, fuéron los de hermano y hermana, que son los mas dulces que conoce la infancia. Su educacion no hizo mas que redoblar su amistad, dirigiéndola acia sus necesidades recíprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa, cuidar de su aseo y disponer una comida campestre, siendo elogiada siempre por su hermano en todo lo que hacia. Pablo todo el dia en continuo movimiento cavaba en el jardin con Domingo, ó le seguia al monte con una hachuela en la mano; y si por el camino avistaba una hermosa flor, alguna fruta rara ó un nido de pajaritos, aun quando estuviera en la cima de un árbol, trepaba á él para cogerle y llevársele á su hermana.

X

Quando



Quando se le encontraba á el uno en algun parage, era seguro que el otro no estaba léjos. Un dia que yo baxaba de la cumbre de ese monte, divisé á Virginia al extremo de la huerta, que corria acia casa con el zagalejo por encima de la cabeza, para defenderse del agua de una nube pasagera. De léjos la creí sola; pero habiéndome acercado para conducirla de la mano y ayudarla á caminar, ví que llevaba del brazo á Pablo, casi todo tapado con el zagalejo, y muy ufanos los dos de verse á cubierto del aguacero, debaxo de aquel para-aguas de su invencion. Los dos graciosos niños, cobijados con el ahuecado zagalejo, me hicieron acordar entónces de los hijos de Leda, encerrados en una misma concha.

Todo su estudio le ponian en complacerse uno á otro, y ayudarse mutuamente. No sabian leer ni escribir, eran ignorantes como los criollos, y no vivian inquietos por averiguar lo que habia pasado en tiempos remotos ó léjos de ellos, ni se extendia su curiosidad mas allá de este monte. Creian que el mundo no pasaba de las extremidades de su isla, y no se figuraban que hubiese cosa buena ni apetecible donde ellos no estaban. Su afecto mutuo y el de sus madres ocupaban toda la actividad de sus almas. Ignoraban lo que era robo, porque todo era comun entre ellos; no conocian la

la mentira, porque no tenían verdades que disimular; ni ménos la gula y la intemperancia, porque tenían á su discrecion manjares simples é inocentes. Sus religiosas madres les habían enseñado á temer y amar á Dios, inspirándoles una sublime idea de sus atributos; y veneraban á la divinidad en la iglesia, en su casa, en los campos, y en los bosques; levantando á todas horas al cielo sus manos inocentes, y un corazón penetrado del amor de sus madres.

Así se pasó su primera infancia, como una bella aurora, que anuncia un día mucho mas hermoso y apacible. Ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres en el cuidado de los negocios domésticos. Inmediatamente que el canto del gallo anunciaba la venida de la aurora, se levantaba Virginia, iba por agua á la vecina fuente, y volvía con ella á casa para disponer el desayuno. De allí á poco, luego que el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de este recinto, se pasaban Margarita y su hijo á la choza de madama de la Tour, donde daban gracias á Dios todos juntos antes de ponerse á almorzar. Comunmente se desayunaban á la puerta de casa, sentados sobre la verde alfombra de fragante yerba, debaxo de los frondosos bananos, que á un mismo tiempo les suministraban manjar preparado en su sabrosa fruta, y delicado mantel en sus anchas y lustrosas hojas.

Un

Un alimento abundante y saludable contribuía á que medraran rápidamente los dos jóvenes, y una educacion dulce pintaba en su fisonomía la pureza y contento de sus almas. Virginia no tenia mas que doce años, y su estatura era ya mas que mediana. Sus largos y rubios cabellos le sombreaban la frente, y sus ojos azules y labios de coral brillaban con apacible esplendor sobre la blanca y fresca tez de su semblante. Las niñas de sus ojos se sonreían de concierto siempre que hablaba; mas quando estaba callada, su obliquidad natural acia el cielo, les daba toda la expresion de una sensibilidad extremada, y aun de una ligera melancolía.

En Pablo se descubrian ya todos los caracteres de un hombre en medio de las gracias de la adolescencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, el color de su rostro mas atezado, su nariz mas aguileña, y sus ojos, que eran negros como el azabache, tendrian algun tanto de altivez, si las largas pestañas, que á manera de pinceles brillaban en contorno de ellos, no les hubieran comunicado la mayor apacibilidad y dulzura. Aunque todo el dia estaba en continuo movimiento, se sosegaba al instante que veía á su hermana, y iba á sentarse á su lado. En la mesa apénas se decian una palabra; y en su silencio, en la naturalidad de

sus posturas, como en la hermosura de sus pies descalzos, me parecia estar viendo varias veces uno de aquellos grupos antiguos de mármol blanco, que representa algunos de los hijos de Niobe. X

Aunque madama de la Tour observaba con complacencia el aumento de las gracias y atractivos de su hija, sentia sin embargo cierta inquietud secreta, igual á su ternura, que le hacia decirme algunas veces: “¿Que seria “de la pobre Virginia, si yo faltase?”

Tenia en Francia madama de la Tour una tia; de distinguido nacimiento, rica, vieja y solterona, la qual se habia negado cruelmente á socorrerla, quando se casó en secreto, y á quien desde entónces habia jurado no recurrir en su vida, aunque se viese reducida á la última miseria. Pero desde que fué madre, ya no temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribióle á su tia la inesperada muerte de su marido, el nacimiento de su hija, y la triste situacion en que se hallaba en un pais tan distante del suyo, sin amigos ni parientes, y con la nueva carga de una niña; pero no tuvo respuesta. A pesar de este desayre, y de ser madama de la Tour de un carácter firme y elevado, no temió humillarse y exponerse á las injurias de su tia, que nunca le habia perdonado el haberse casado con un hombre que,  
aunque

aunque honrado, era de nacimiento inferior al suyo; y así continuó escribiéndole, siempre que hallaba ocasion, á fin de excitar su compasion á favor de Virginia. Pero se pasáron algunos años sin recibir de ella la menor señal de reconciliacion. *Amad*

Ultimamente en 1738, á los tres años de haber llegado á esta isla su gobernador, Mr. de la Bourdonais, supo Madama de la Tour que este señor tenia para ella una carta de su tia. Corrió al instante á Puerto-Luis, sin reparar en aquella ocasion en presentarse mal vestida, haciéndola superior á todos los respetos mundanos la alegría maternal que la alentaba.

El contenido de la carta de la tia se reducía á decir á la sobrina: “ Que era merecedora  
“ de la suerte que tenia, por haberse casado  
“ con un aventurero libertino; que las pasiones  
“ llevaban en pos de sí el castigo; que la  
“ muerte prematura de su marido era uno de  
“ los mas justos del cielo; que habia hecho  
“ muy bien en pasar á las islas, ántes que  
“ deshorrar á su familia en Francia; final-  
“ mente que estaba en buena tierra, donde  
“ todo el mundo hacia fortuna ménos los  
“ holgazanes.”

Despues de haberla vituperado de este modo, concluía alabándose á sí misma, y diciendo: “ Que ella, para evitar las consecuencias,  
“ casi



“ casi siempre funestas del matrimonio, no “ habia querido casarse jamas.” Pero la verdad del hecho es, que como tenia una ambicion desordenada, no habia intentado casarse sino con un hombre de muchas circunstancias ; mas á pesar de sus grandes riquezas, y de que en la corte todo se mira con indiferencia, ménos el dinero, no hubo quien quisiera tomar por esposa á una muger tan fea, y de entrañas tan crueles.

En post-data añadia : “ Que sin embargo “ de todo lo dicho, la habia recomendado “ eficazmente á Mr. de la Bourdonais.” Y en efecto lo habia hecho así ; pero segun la costumbre demasiado recibida hoy dia, que hace á un protector mas temible que un enemigo declarado. El caso es, que á fin de justificarse para con el gobernador de la crueldad con que habia tratado á su sobrina, la habia calumniado, aparentando compadecerse de ella.

Madama de la Tour, á quien qualquiera otro hombre indiferente no hubiera podido mirar sin interes y respeto, fué recibida con mucha frialdad de Mr. de la Bourdonais, prevenido de antemano contra ella ; y solo contextó á patética exposicion que le hizo de su triste situacion y de la de su hija, con estas enfáticas y duras expresiones, propaladas interrumpidamente :

mente: “ Yo veré... discurrirémos... con el  
 “ tiempo....; son muchos los necesitados!...  
 “ ¿ porque disgustar á una tia respetable?...  
 “ v~~os~~ sois la que teneis toda la culpa.”

Volvióse madama de La Tour á su choza, con el corazon anegado en sentimiento, y traspasado de amargura. Inmediatamente que entró en casa se sentó, arrojó la carta de su tia sobre la mesa, y exclamó á su amiga: “! He  
 “ aqui el fruto de once años de paciencia!” Pero como ninguno sabia leer sino ella, volvió á tomar la carta, y se la leyó á Margarita á presencia de sus hijos.

Apénas hubo acabado, quando Margarita le dixo con desenfado: “ ¿ Que necesidad tenemos nosotras de vuestros parientes? ¿ Nos  
 “ ha abandonado Dios por ventura? El solo  
 “ es nuestro padre. ¿ No hemos vivido felices  
 “ hasta el dia de hoy? Pues ¿ porque os angustiais? ¡ vaya, que no teneis valor!” Y viendo que lloraba madama de La Tour, se arrojó á su cuello, y estrechándola entre sus brazos, exclamó: “ Querida amiga mia! querida amiga!” Pero sus propios sollozos no le permitiéron articular otra palabra.

Al ver esto Virginia, derramando copiosas lágrimas, apretaba alternativamente las manos de su madre y de Margarita contra su boca y corazon; y Pablo, con los ojos inflamados de

cólera, gritaba, apretaba los puños y pateaba, sin saber á quien atribuir la culpa de lo que pasaba. Acudiéron á las voces Domingo y Maria, y no se oia en toda la casa mas que estos acentos de dolor : “ Ay, señora !..... ay, “ ama de mi vida !..... madre mia..... no “ lloreis ”.

Estas demostraciones tan tiernas de afecto, mitigáron la pesadumbre de madama de La Tour, la qual, tomando en sus brazos á Pablo y Virginia, les dixo con semblante placentero : “ Hijos mios, vosotros sois la causa de mi “ afliccion, pero tambien lo sois de mi alegria. “ O amados hijos mios ! la desgracia no me ha “ venido de cerca, sino de léjos ; la felicidad la “ tengo al rededor de mi. ”

Pablo y Virginia no la comprendiéron : pero asi que la viéron contenta y sosegada, empezáron á sonreirse y hacerle caricias. Asi continuáron todos siendo felices, no habiendo sido aquel accidente, sino como un turbion en un dia sereno y despejado de primavera.

Cada dia manifestaban mas y mas estos dos jóvenes la bondad natural de sus corazones. Un domingo, al rayar el alba, habiendo ido sus madres á la primera misa á la iglesia de las Pamplemusas, se presentó una negra marrona debaxo de los bananos que circundaban la casa, la qual parecia un esqueleto de puro flaca,  
y no



y no llevaba mas ropa sobre su cuerpo, que un pedazo de arpillera al rededor de la cintura. Se echó la negra á los pies de Virginia, que estaba disponiendo de almorzar para la familia, y le dixo :

“ Caritativa señorita mia, compadeceos de  
 “ una pobre esclava fugitiva, que hace un mes  
 “ anda errante y quasi muerta de hambre por  
 “ estas sierras, y á veces perseguida de los ca-  
 “ zadores y de sus perros. Vengo huyendo  
 “ de mi amo, que es un colono rico de las ri-  
 “ beras de Rio-negro, el qual me ha tratado  
 “ como veis.” Y al mismo tiempo le mostró  
 su cuerpo, surcado de arriba abaxo de cicatri-  
 ces y costurones, efecto de los fuertes latiga-  
 zos que habia recibido de su amo.

Virginia, toda condolida y penetrada de lás-  
 tima, exclamó : “ ¡Animate, pobrecita negra !  
 “ come, come.” Y le dió el almuerzo que  
 tenia dispuesto para los de casa. La esclava  
 lo devoró todo en breves instantes ; y viéndola  
 la Virginia harta y satisfecha, volvió á exclamar :

“ ¡ Pobrecita, pobrecita esclava ! impulsos  
 “ me dan de ir á pedir á tu amo que te perdo-  
 “ ne, pues en viéndote, no es posible que dexé  
 “ de moverse á compasion. ¿ Quieres guiar-  
 “ me adonde él tiene su morada ?”

“ Angel

X “Angel del cielo, replicó la negra, por lo que á mi toca estoy muy pronta á seguiros adonde querais; pero la posesion de mi amo está distante de aqui.”

“No importa, no importa,” respondió Virginia, con una viveza hija de la ternura de sus entrañas. Y en esto llamó á Pablo, y le rogó que la acompañara.

La esclava los fué conduciendo por sendas muy fragosas, atravesando selvas y escarpados montes, que trepáron con mucha dificultad, y yadeando rios profundos, hasta que finalmente llegóron, cerca de medio dia, á la colina, que está sobre la ribera de Rio-negro, desde donde descubriéron una casa bien construida, grandes plantíos, y una catterva de esclavos ocupados en todo género de trabajos. Su señor, que andaba paseándose por medio de ellos, con una gran pipa en la boca y un látigo en la mano, era un hombre alto, seco, amulatado, de ojos hundidos y cejijunto.

Virginia, toda inmutada y asida al brazo de Pablo, se acercó al colono, y le suplicó que por amor de Dios perdonara á su esclava, que quedaba un poco mas atras. Al pronto no hizo mucho caso el colono de los dos muchachos viéndoles pobremente vestidos; pero habiendo observado despues el delicado talle de Virginia

ginia, y sus hermosos cabellos rubios que le salian por debaxo del pañuelo azul que llevaba al rededor de la cabeza, y oido el metal de su dulce voz que le temblaba, como todo su cuerpo, al tiempo de pedirle por la esclava; se quitó la pipa de la boca, y levantando el látigo en alto, y prorrumpiendo en una execrable maldicion, prometió perdonarla, no por el amor de Dios, sino por Virginia. Fuera de sí, la muchacha con esta gracia, hizo señá á la esclava para que se acercara á su amo; y en esto echó á correr aceleradamente, siguiéndola Pablo.

Volviéron á subir el monte por donde habian baxado, y llegando á la cumbre, se sentáron al pie de un árbol, muertos de cansancio, de hambre y de sed, despues de haber andado en ayunas al pie de cinco leguas. Hallándose de aquella manera fatigados, dixo Pablo á Virginia:

“ Hermana mia, ya son mas de las doce, y  
“ tú tienes hambre y sed. Aquí es imposible  
“ que hallemos de comer; y así mejor será  
“ que volvamos á baxar á la ribera, y pidamos  
“ al amo de la esclava nos dé alguna cosa para  
“ desayunarnos.”

Ay! eso no, Pablo, respondió Virginia: todavía estoy temblando con el susto que he pasado al hablarle! Acuérdate sino de su figura,

ra, y de aquello que suele decir mama: El pan del malo, llena la boca de arena.

“¿Pues que hemos de hacer?” replicó Pablo: “estos árboles no producen ninguna fruta buena, y por aquí ni siquiera se descubre un tamarindo ó un naranjo, para poder refrescar la boca.”

“Dios se compadecerá de nosotros,” contesto Virginia, “pues oye el piar de los paxarillos, que le piden de comer.”

Apénas hubo dicho estas palabras, quando sintieron el ruido de una fuente, que caia de lo alto de un peñasco inmediato. Corrieron allá, y despues de haber apagado la sed en sus aguas mas puras que el cristal, cogieron un manojito de berros de los que crecian en sus bordes, y comieron de ellos.

En esto, como anduviesen de una parte á otra, por ver si encontraban mas substancioso alimento, descubrió Virginia entre la espesura de los árboles, una palmera nueva. El cogollo ó cebolleta que arroja este árbol junto á los arranques de las ramas, es de muy buen comer; pero aunque el tronco apénas era mas grueso que un muslo, tenia mas de sesenta pies de elevacion. Por otra parte, bien que la madera de este árbol sea un texido de filamentos ó hebras delicadas, su nucleo ó corazon es tan duro, que rechaza y embota las mejores hachas.

hachas, y Pablo ni siquiera llevaba una mala navaja. ~~X~~Ocurrióle, pues, pegarle fuego al pie, pero se halló con la nueva dificultad de que le faltaba eslabon; y por otro lado no creo que en esta isla, que es toda ella un puro peñascal, se encuentre un solo pedernal.

La necesidad es madre de la industria, y por lo comun, las invenciones mas útiles se han debido á los hombres mas miserables. Resolvió Pablo sacar lumbre al modo de los negros; y á este fin hizo un agugerito con la punta de una piedra en una rama muy seca, y aguzando despues, con el corte de la misma piedra, un palito igualmente seco, pero de árbol de especie diferente, sujetó la rama entre las rodillas. Hecho esto, introduxo el palito en aquel agugero, y dándole vueltas entre las manos, como quien bate chocolate, no tardó en ver salir chispas y humo del punto de contacto. Jun-tando entónces yerbas y ramas secas de árboles, encendió una hoguera al pie de la palmera, la qual en breve tiempo dió consigo en tierra con grande estrépito.

El fuego le sirvió tambien para despojar la cebolleta de las largas hojas leñosas y picantes en que está envuelta; y habiendo comido él y Virginia parte de la cebolleta cruda, y parte asada en el rescoldo, fué para su paladar el manjar mas sabroso y delicado. Hiciéron  
aquella



aquella comida frugal con la mayor alegría, acordándose de la buena accion que habian practicado por la mañana; pero les turbaba su alegría el recuerdo de la pena que tendrían sus madres por su larga ausencia de casa, y Virginia hablaba de esto á cada instante. Pero Pablo, sintiéndose mas reforzado, le aseguró que no tardarian en sacarlas de aquel cuidado.

Despues de haber comido, se viéron de nuevo embarazados, pues les faltaba quien les enseñara el camino para volverse á su casa. Mas Pablo, á quien nada de este mundo acobardaba, dixo á Virginia: “ Nuestra posesion  
 “ cae al sol de medio dia; nosotros debemos  
 “ atravesar, como esta mañana, la cumbre de  
 “ aquella sierra que ves allá abaxo con sus tres  
 “ picos. Vamos, pues, Virginia, echemos á  
 “ andar.”

Positivamente, la sierra ó montaña que decia Pablo, era la de los Tres Pechos, así nombrada por los tres picos que sobresalen en ella, en figura de pechos. Baxáron por consiguiente al morro ó collado de Rio-negro de la parte del norte, y llegaron, de allí á una hora, á la orilla de un rio que les cortaba el paso.

Esta gran parte de la isla, cubierta de selvas y malezas, es, aun en el dia, tan poco conocida, que muchos de sus montes y rios carecen de



de nombre propio. El que ellos encontraron corre despeñado entre rocas, y el ruido de su corriente, asustó de tal modo á Virginia, que no se atrevió á vadearlo. Pero Pablo, tomándola en sus hombros, pasó así cargado por los resvaladizos guijarros del rio, á pesar del ímpetu de sus aguas.

“ No tengas que temer, Virginia,” le decia, “ que no me pesas nada, ántes me siento mas animoso contigo á costas. Si el colono de Rio-negro te hubiera negado el perdon de la esclava, las hubiera habido conmigo esta mañana.”

“ Como ! exclamó Virginia : ¿ con aquel hombre tan alton y de genio tan malo ? Jesus ! á lo que te expuse. Válgame Dios ! ¿ quan difícil es hacer bien, y quan fácil lo contrario ! ”

Quando Pabló llegó á la orilla opuesta, quiso continuar el camino cargado con su hermana, lisongeándose de que podria subir así la montaña de los Tres Pechos, que veia enfrente, como á media legua de distancia. Pero faltándole las fuerzas á poco rato, se vió precisado á baxarla de sus hombros y sentarse á descansar á su lado.

Virginia le dixo entónces : “ Hermano, el dia comienza ya á declinar : tú todavía tienes fuerzas para caminar ; y á mí me fal-

D

“ tan.

“ tan. Déxame aquí, y vete tú solo á casa, para tranquilizar á nuestras madres.”

“ Irme yo solo! exclamó Pablo: no, no me apartaré de tí, hermana. Si nos coge la noche en esta serranía, encenderé lumbre, derribaré con ella otra palmera, tú comerás el cogollo; y yo te haré con las hojas un ajupa para que duermas al abrigo.”

Entretanto Virginia, habiendo descansado un poco, cogió algunas hojas de escolopendra de una rama de este árbol, que pendía sobre el rio, y se las ajustó á las piernas, á manera de borceguíes, porque las piedras del camino de tal modo le habian lastimado los pies, que le corrian sangre; pues con la precipitacion y deseo de ser útil, se le habia olvidado calzarse. Y sintiéndose mas consolada con la frescura de las hojas, arrancó una caña de bambú, y se puso en camino, apoyada una mano á la caña, y otra al hombro de su hermano.

Así iban caminando paso entre paso por medio de las selvas, quando la altura de los árboles y la espesura de sus hojas, les hicieron perder de vista la montaña de los Tros Pechos, que era el punto de su direccion, y aun el sol que iba ya á tocar al término de su carrera. De allí á poco rato se extraviáron, sin advertirlo, de la senda trillada que hasta entónces habian seguido: y se encontráron metidos en

un laberinto sin salida de árboles, de breñas y matorrales. En tan gran conflicto, dixo Pablo á su hermana que se sentara, y él empezó á correr de una parte á otra, como fuera de sí, buscando arbitrio como salir de aquella espesura ; pero se fatigó en valde. Subióse á lo último de un árbol muy alto para descubrir á lo ménos la montaña de los Tres Pechos ; pero no vió al rededor de sí mas que las cimas de otros árboles mas elevados, algunos de los quales estaban iluminados por los últimos rayos del sol casi traspuesto.

A este tiempo la sombra de los montes cubria ya los bosques y arboledas de los valles ; el ayre iba calmando poco á poco, como suele acontecer al ponerse el sol ; un profundo silencio reynaba en aquellos páramos, y solo se oian los bramidos de los ciervos, que iban á buscar sus madrigueras nocturnas entre la espesura de aquellos tan yermos lugares. Pablo con la esperanza de que algun cazador pudiese oírle, gritó entónces con todo su vigor : “ ¡ Venid, venid al socorro de Virginia ! ” Pero los ecos del monte fuéron los únicos que respondieron á su voz, repitiendo otras tantas veces : “ Virginia.... Virginia.”

Baxóse en esto del árbol muy acongojado, y comenzó á buscar medios de pasar la noche en aquel sitio ; pero no habia ni fuente, ni palmera,

mera, ni aun leña seca con que hacer lumbre. Entónces conoció por propia experiencia la debilidad de sus recursos, y se puso á llorar.

Virginia le dixo : “ No llores, Pablo, si no  
 “ quieres afligirme mas : yo soy la que tengo  
 “ la culpa de todas tus penas, y de la que á  
 “ estas horas estarán sintiendo nuestras ma-  
 “ dres; nada se debe hacer, ni aun el bien,  
 “ sin consultar á los padres : ¡ que impruden-  
 “ cia la mia!”....Y en esto echó tambien á  
 llorar.

Mas de allí á poco rato, dixo á Pablo :  
 “ encomendémonos á Dios, hermano, y se  
 “ compadecerá de nosotros.” Y apénas ha-  
 bían acabado su oracion, quando oyéron ladrar  
 un perro.

“ Sin duda,” dixo Pablo, “ este es perro de al-  
 “ gun cazador, que viene por la noche á matar  
 “ ciervos al acecho.” Los ladridos se aumen-  
 táron de allí á poco. “ Me parece,” dixo Vir-  
 ginia, “ que es Leal, el mastin de nuestra  
 “ casa.... si.... le conozco en el ladrar....si esta-  
 “ rémos ya en nuestra posesion.”

En esto se presento á su pies Leal, ladrando,  
 ahullando y comiéndoselos á caricias. Ellos  
 estaban fuera de sí viendo á su mastin, y las  
 fiestas que les hacia, sin acertar á salir de aquel  
 sobresalto. En este intermedio avistáron á  
 Domingo, que coria acia ellos ; y á la  
 llega-



llegada de este buen negro, que lloraba de gozo, echáron á llorar ellos tambien sin poderle decir una palabra.

Luego que Domingo tomó un poco de aliento, exclamó : “ ¡ Ah, hijos míos ! ¡ que sentimiento tienen vuestras madres ! ¡ como se quedáron sorprendidas, quando al volver de la iglesia adonde yo las habia acompañado, no os encontráron en casa ! María no les supo decir adonde habiais ido, porque estaba trabajando en un rincon de casa. Yo andaba de aquí para allí sin saber donde buscaros, hasta que últimamente tomé vuestra ropa vieja, y se la dí á oler á Leal ; y el pobre animalito, como si me hubiese entendido, inmediatamente empezó á rastrear vuestras pisadas, y me conduxo, dando sin cesar á la cola, hasta Rio-negro, donde me dixo un colono que le habiais llevado una negra, á quien por vuestros ruegos habia concedido el perdon. Pero, ¡ que perdon ! Allí me la mostró atada á un madero, con una cadena al pie, y un collar de yerro á la garganta con tres escarpías. Desde allí, se dirigió Leal, rastreando siempre, á la montaña de Rio-negro, donde se detuvo algun tiempo, ladrando con la mayor fuerza en el borde de una fuente, junto á una palmera recién caída, y cerca de una hoguera que todavía

“davía humeaba. Finalmente, acaba de  
“traerme aquí, que es la falda de la mon-  
“taña de los Tres Pechos, y todavía faltan  
“cuatro leguas largas hasta nuestra posesion.  
“Vaya, vaya: comed ahora, y tomad áni-  
“mo.”

Y diciendo esto sacó una torta de pan, varias frutas, y una gran calabaza llena de un licor compuesto de agua, vino, zumo de cidra, azúcar y nuez moscada, que sus madres habian preparado para darles refrigerio y confortarlos.

Virginia suspiraba, acordándose de la pobre esclava, y de la inquietud de sus madres; y repetia muchas veces, “¡que difícil es hacer  
“bien!”

Miéntas los dos tomaban alimento, sacó lumbre Domingo, y habiendo buscado una especie de madera tortuosa, llamada de arder, hizo un hachon, y le encendió, porque era ya noche. Pero se halló sumamente embarazado, quando se trató de ponerse los tres en camino.

Pablo y Virginia no podian dar un paso, porque tenian los pies muy hinchados y de color de sangre. El pobre Domingo no sabia si volverse á casa á buscar auxilio para los niños, ó pasar allí la noche con ellos; y en aquel conflicto exclamaba: “¡Adonde se ha ido aquel  
“tiempo



“ tiempo en que yo os llevaba á los dos juntos en mis brazos ! Pero ahora vosotros ya sois grandes, y yo viejo.”

Estando así perplexo, se apareció una cuadrilla de negros marrones á corta distancia de ellos, y acercándose el caudillo á Pablo y Virginia, les dixo : “ No os asustéis, mis buenos niños blancos : esta mañana os vimos pasar con una esclava de Rio-negro, y sabemos que habeis ido á pedir perdon para ella á su mal amo ; y así en reconocimiento de tan generosa accion, nosotros os conduciremos á vuestra posesion en nuestros propios hombres.” Y á una señal suya, quatro negros de los mas robustos formáron al instante una especie de andas de ramas de árboles, entretexidas con lianas ó enredaderas ; colocáron en ellas á los dos muchachos, y precediéndoles Domingo con su hacha de viento, partiéron de allí, en medio de repetidos gritos de júbilo de toda la cuadrilla, que les colmaba de bendiciones. Virginia, enternecida, dixo á Pablo : “ ¡ O hermano mio ! nunca dexa Dios sin galardón una accion buena.”

Llegáron á media noche al pie de su montaña, cuya cumbre estaba iluminada con varias hogueras ; y al tiempo de subir oyéron que les gritaban y decian : “ ¡ Sois vosotros hijos míos ?” Y ellos respondiéron auna con los negros :

negros: “ ¡ Sí, señoras, nosotros somos, nosotros somos!”

Acercáronse mas, y viéron á sus madres y á María, que les salian al encuentro con teas encendidas. “ ¿ De donde venis, hijos cuitados?” exclamó madama de la Tour.

“ Venimos,” respondió Virginia, “ de Rio-negro, de pedir el perdon para una esclava, á quien he dado esta mañana todo el desayuno de la familia, porque la pobrecita estaba cayendose muerta de hambre; y estos negros reconocidos, nos han traído en hombros hasta aquí.”

Madama de la Tour abrazo á su hija sin poder articular palabra; y Virginia que sentia humedecerse sus mexillas con las lágrimas que corrian por las de la madre, le dixo: “ Vos me indemnizais con exceso, madre mia, de los trabajos que hoy he pasado.”

Margarita enagenada de gozo, estrechaba á Pablo entre sus brazos, y le decia: “ ¿ Y tú tambien, hijo mio, has hecho una buena accion?”

Luego que llegaron con sus hijos á casa, diéron bien de comer á los negros, los quales se volviéron á las selvas, deseándoles toda suerte de prosperidades.

Todos los dias eran para estas familias, dias de dicha y de paz inalterable. La envidia ni  
la

la ambicion no las atormentaban. No deseaban una vana reputacion exterior que da la intriga, y quita la calumnia; bastábales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones. En esta isla, donde ( como en todas la colonías europeas ) solo se desea saber anécdotas malignas, sus virtudes, y aun sus nombres, eran ignorados y desconocidos. Solamente quando algun pasagero preguntaba, desde el camino de las Pamplemusas, á los habitantes del llano: “¿ Quien vive en aquellas dos chozas que están allá en el alto?” Estos respondian sin conocerlas: “Son unas buenas gentes.” A este modo las violetas ocultas entre zarzas y espinos exhalan á lo léjos aromas suaves.

Ellas habian desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuracion que socolor de justicia, dispone necesariamente el corazon á la simulacion ó al aborrecimiento; porque es poco ménos que imposible dexar de aborrecer á los hombres, si se piensa mal de ellos, y vivir con los malos, si no se les oculta el odio con falsas apariencias de benevolencia. De aquí es que la maledicencia nos obliga á estar mal con nuestros semejantes, ó con nosotros mismos.

Pero madama de la Tour y su compañera, sin juzgar á los hombres en particular, solo se ocupa-

ocupaban en buscar los medios de hacer bien á todos en general, y aunque esto no estaba en su mano, tenían á lo ménos una voluntad constante de hacer bien, que les inspiraba una benevolencia dispuesta siempre á extenderse á todos. Por consiguiente, viviendo en la soledad, léjos de ser feroces é intratables, se hicieron mas compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversacion, la de la naturaleza arrobaba sus almas en dulces éxtasis. En este reducido espacio admiraban con respeto y reconocimiento el poder de una providencia que por sus manos, habia derramado, en medio de la aridez de estos peñascos, la abundancia, las gracias y los placeres siempre puros, y siempre renacientes.

Pablo á la edad de doce años, mas robusto y mas inteligente que los europeos á la de quince, herloseaba por sus manos lo que Domingo no hacia mas que cultivar. Iba con él á los vecinos montes á desarraygar el tierno limonero, el naranjo, el tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y el atero, cuya fruta, llena de una substancia azucarada, despide de sí la fragancia del azahar. Trasplantaba estos árboles, ya crecidos, al rededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros que, al segundo año llevan flores ó frutos,



frutos, como el agatio, al rededor del qual penden en figura circular, á manera de colgantes de araña de cristal, largos racimos de flores blancas; el lila de Persia, que eleva verticalmente sus girándulas de color morado; el papayo, cuyo tronco sin ramas, en forma de claveteada toda de melones verdes, remata en un capitel de muy anchas hojas parecidas á las de la higuera. X

Tambien habia sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangles, guayavos, paltos, jaceros y jamberos, de los quales la mayor parte daban ya sombra y fruta á su jóven amo, cuyas laboriosas manos derramaron la fertilidad hasta en los parages ménos fecundos de esta quebrada. Diversas especies de aloes, la raqueta cargada de flores amarillas matizadas de encarnado, los cirios espinosos, se elevaban sobre las negras cimas de los peñascos, y parecia que querian competir y enlazarse con las largas lianas de flores azules y escarlata-das, que pendian acá yallá por todo el repecho de la montaña.

Habia distribuido y colocado con tal órden aquellos vegetales, que se podia gozar de su vista á la primer ojeada; porque en el centro estaban las plantas que se elevan poco, despues los arbustos, luego los árboles medianos; y últimamente los grandes en toda la circunferencia.

cia. Por manera que este vasto circuito, mirado desde el centro, presentaba á la vista un anfiteatro de verdor, de frutas y de flores, que contenia al mismo tiempo hortalizas, praderías, y campiñas de arroz y trigo.

Pero Pablo sujetando los vegetales á su plan, no se apartaba del de la naturaleza, ántes por el contrario siguiendo sus lecciones, plantaba en las eminencias aquellos, cuyas semillas son volátiles, y á la orilla del agua los que las tienen propias para sobrenadar. De esta manera cada vegetal crecía en su sitio proporcionado, y cada sitio recibía del vegetal su adorno natural. Las aguas que baxan de la cumbre de estos montes, formaban en el fondo del valle, aquí fuentes, allí estanques, que á manera de espejos, en medio de la frondosidad, duplicaban en el cristal de su corriente, los árboles en flor, las rocas y el azul de los cielos.

A pesar de la enorme desigualdad del terreno, todos aquellos plantíos eran, por la mayor parte, tan accesibles al tacto, como á la vista. Bien es que todos nosotros le ayudabamos con nuestros consejos y trabajo, para llevar al cabo sus empresas. El practicó una senda todo en rededor de este recinto, de la qual muchos ramales llegaban ya de la circunferencia al centro; y por otra parte supo sacar partido de los parages mas fragosos, y conciliar, con la mas feliz



feliz armonía, la comodidad del paseo, con la aspereza del suelo, y los árboles domésticos con los silvestres. De la enorme cantidad de piedras movedizas que embarazan estos caminos, como la mayor parte del terreno de esta isla, formó acá y allá pirámides, en cuyas bases, rellenas de guijo y tierra, plantó rosales, poinciana y otros arbustos, que se crian bien entre peñas; y á poco tiempo estas pirámides informes y de sombrío aspecto, se cubriéron de verdor y del esmalte de las flores mas bellas.

Las hondonadas y barancos guarnecidos de árboles antiguos, cuyas ramas inclinadas sobre los bordes, formaban como bóvedas subterráneas, impenetrables al calor, eran lugares de asilo contra los rayos del sol, donde tomaban el fresco por el dia las dos familias. Un vereda conducia á un soto de árboles silvestres, en cuyo centro crecia, al abrigo de los vientos, un árbol doméstico cargado de fruta. Aquí habia una mies, allá un vergel: por esta calle se descubrian las cabanas, por aquella las cimas inaccesibles de la montaña. Habia un bosquecito tan espeso de tacamacos extretexidos con lianas ó enredaderas, que no se distinguia en él ningun objeto en la mayor fuerza de la luz del dia.

Desde la extremidad de ese gran peñasco, que sale del monte, se descubrian todos los ob-

jetos de este recinto, con el mar á los léjos, donde aparecia de quando en quando alguna nave que venia de Europa ó regresaba á ella ; y ahí era donde se juntaban las dos familias al caer el dia, y gozaban en reposo de la frescura del ayre, de la fragancia de las flores, del murmullo de las fuentes, y de las últimas armonías de la luz y de las sombras.

Hasta los nombres de la mayor parte de los encantadores sitios de este laberinto, eran los mas agradables y expresivos. El peñasco de que acabo de hablaros, desde donde á larga distancia me veian venir, se llamaba la atalaya de la Amistad. Pablo y Virginia, en uno de sus inocentes entretenimientos, discurriéron plantar allí un bambú, en cuya cima enarbola-ban un pañuelito blanco para anunciar mi llegada luego que me avistaban, á la manera que en la montaña inmediata se enarbola una bandera quando se divisa alguna nave en el mar.

Vinome un dia á la idea grabar una inscripcion en la corteza de aquel bambú, pues siempre han sido tan de mi gusto las inscripciones, que por mucho placer que haya tenido en mis viages, al ver una estatua ó monumento de la antigüedad, os aseguro que no es comparable con el que me causa en leer una inscripcion bien hecha. Entónces me parece que una  
mano

mano humana sale de la piedra, se hace oír por entre los siglos, y dirigiéndose al hombre que habita en los desiertos, le dice que no es él solo, y que otros semejantes suyos han sentido, pensado y padecido como él en aquellos mismos lugares. Y si la inscripcion es de alguna nacion antigua, que ya no exište, hace que se dilate nuestra alma por los campos de lo infinito, y le comunica el sentimiento de su inmortalidad, mostrándole que un pensamiento ha sobrevivido á la ruina de todo un imperio.

Escribí, pues, en el bambú de Pablo y Virginia estos versos de Horacio :

*Fratres Helenæ, lucida sidera,  
Ventorumque regat pater,  
Obstrictis aliis, præter iapyga.*

“ Que los hermanos de Helena, astros brillantes como vosotros, y el padre de los vientos, dirijan vuestros pasos, y no permitan os sople otro que el zéfiro blando.”

En la corteza de un tacamaco, á cuya sombra solia sentarse Pablo para contemplar desde léjos el mar agitado, grabé este verso de Virgilio :

*Fortunatus et ille deos qui novit agrestes!*

“ Dichoso tú, hijo mio, en no conocer mas que las divinidades campestres !”

Y este otro encima de la puerta de la cabaña de madama de la Tour :

*At securo quies, et nescia fallere vita.*

“Aquí habita una buena consciencia, y una vida que no sabe engañar.”

Pero Virginia, que no aprobaba mi latin, decia que el que yo habia puesto en el bambú ó veleta de señales, era demasiado largo y erudito. Yo hubiera preferido, añadió la muchacha :

Siempre agitada, pero constante.

Y habiéndole contestado yo : “ Esa divisa “ convendria mas bien á la virtud,” se puso sonrosada con mi reflexi6n.

Estas venturosas familias, extendiendo la sensibilidad de sus almas á quanto las rodeaba, habian dado los nombres mas tiernos á los objetos que parecian mas indiferentes. Un vallado de naranjos, de bananos y de jamberos, plantados entorno de una explanada de céspedes, donde solian baylar Pablo y Virginia, se llamaba la Concordia. El árbol antiguo, á cuya sombra se contáron mutuamente sus desgracias madama de la Tour y Margarita, tenia por nombre las Lagrimas enjugadas. Llamábanse Bretaña y Normandia dos rinconadas sembradas de trigo, fresas y guisantes ; y á imitacion de sus amas, Domingo y Mariá, deseando traer á la memoria los lugares de su nacimiento en Africa, diéron los nombres de

Angola

Angola y Fouille-pointe, á dos terrenos que producian los juncos de que hacian los canastillos, y donde habian sembrado un calabazar. Así que, con la vista de las producciones de sus climas respectivos, conservaban estas familias expatriadas las dulces ilusiones de su pais, y suavizaban en cierto modo la pena de vivir en una tierra extraña. Ay de mí triste ! yo he visto animarse con mil denominaciones encantadoras los árboles, las fuentes y las rocas de este recinto delicioso, en otro tiempo quando Dios queria, y actualmente tan desfigurado y destruido que semejante á un campo de la Grecia, no ofrece mas que nombres tiernos, escombros y tristes ruinas.

Pero de quantas situaciones deliciosas ofrecia este circuito, ninguna igualaba á lo que se llamaba el recreo de Virginia. Al pie del peñasco de la Atalaya de la Amistad hay una concavidad de donde sale una fuente, que á pocos pasos de su nacimiento forma una especie de laguna en medio de un prado de yerba fina. Quando Margarita dió á luz á Pablo, le regalé un coco de Indias que me habian dado, y ella sembró sus pepitas á la orilla de las aguas, con el fin de que el árbol que produxeran, sirviese de época algun dia al nacimiento de su hijo ; y madama de la Tour, siguiendo el exemplo de Margarita, plantó allí otro con



el mismo intento, quando parió á Virginia. Nacióron, en efecto, dos cocoteros que componian los únicos archivos de la familia, y se llamaba el uno cocotero de Pablo, y el otro de Virginia. Crecióron uno y otro casi en la misma proporcion que sus inocentes dueños, y aunque no perfectamente iguales en la altura, excedian ya á los doce años á la de las cabañas de sus madres; y entretexiendo mutuamente sus palmas, dexaban colgar sus tempranos racimos de cocos sobre la misma taza de la fuente.

A excepcion de los dos cocoteros, todo lo demas de la caverna conservaba el mismo adorno que le habia dado la naturaleza, brillando en sus dos lados húmedos y pardioscuros, anchos culantrillos con verdinegra flor en figura de estrellas. Espesas matas de escolopendra fluctuaban en unas partes, á merced de los vientos, suspendidas en el ayre á manera de listones de color verdepúrpura; y en otras crecia en abundancia la pervinca ó yerba doncella, cuya flores muy parecida á la del clavo, ó á la de los pimientos de corteza color de sangre, y mas brillante que el coral. En su circunferencia la yerba balsamina, cuyas hojas vienen en figura de corazon, y los basiliscos del olor de la pimienta, exâlaban la mas dulce fragancia. Del repecho de la montaña pendian las lianas ó enredaderas, á manera de undosos tendederos de ropa, y formaban



formaban en lo escarpado de las rocas dilatadas cortinas de verdor. Las aves de mar, atraídas de la apacibilidad de aquella caverna, iban á pasar la noche en ella; y al poner del sol se veían volar acia allí á lo largo de la ribera el cuervo y la congujada marinos, y en lo alto de los ayres la negra fragata y el paxaro blanco del trópico que, como el astro del dia, abandonaban las soledades del océano indiano.

Tenia Virginia sumo deleyte en ir á reposar en la márgen de aquella fuente, decorada con una pompa magnífica y silvestre á un mismo tiempo. Muchas veces lavaba en ella la ropa de la familia á la sombra de los dos cocoteros, y otras llevaba á pacer allí las cabras, y se entretenía miéntras preparaba los quesos con su leche, en verlas levantarse en dos pies para rozar las hojas del culantrillo, y sostenerse, como en el ayre, en las cornisas de las peñas, haciendo hincapié en ellas como sobre un pedestal.

Viendo Pablo que aquel sitio era el privilegiado de Virginia, llevó allí del bosque inmediato, nidos de toda especie de páxaros, cuyos padres atraídos del amor de sus hijuelos, fuéron al instante á establecerse en aquella nueva colonia, donde Virginia les echaba, á ciertas horas, granos de arroz, de maiz y mijo. De modo, que luego que ella se presentaba, los mirlos

mirlos silvadores, los bengalíes, cuyo gorgo es tan delicioso, los cardenales de plumage color de fuego, dexaban los zarzales; los papayos verdes como esmeraldas, baxaban de los lataneros inmediatos, las perdices corrian por entre la yerba, y mezclados unos con otros llegaban, como si fuesen gallinas, hasta sus mismas plantas. Ella y Pablo se entretenian, por lo regular, en observar sus juegos, sus inclinaciones y sus amores.

Amables niños! vosotros pasábais así los primeros dias en la inocencia, exercitándoos en hacer bien! ¡ Quantas veces vuestras madres estrechándoos tiernamente en sus brazos en este mismo sitio, bendecian al cielo por el consuelo que preparábais á su vejez, viéndoos entrar en la vida, baxo de tan felices auspicios! Quantas, á la sombra de estos peñascos, he participado con ellas de vuestras comidas campestres, que á ningun animal habian costado la vida! Calabazas llenas de leche, huevos frescos, tortas de arroz en hojas de banano, cestos colmados de batatas, de ámbas, de naranjas, de granadas, de bananas, de ananas y de atas, nos ofrecian á un mismo tiempo los manjares mas saludables, los colores mas alegres, y los xugos mas substanciosos.

La conversacion que tenian era tan inocente y agradable como los mismos manjares de que  
usaban

usaban en estos festines. Por lo comun, Pablo no hablaba en ellos, sino de lo que habia trabajado aquel dia, y de lo que tenia que trabajar el siguiente ; y continuamente estaba pensando en algun trabajo útil para la comunidad. “Aquí, segun él, las sendas no son cómodas : “allá los asientos no están del todo blandos ; “estos nuevos emparrados no dan la sombra necesaria ; Virginia estará mejor allí.” Y otras reflexiones á este tenor.

En tiempo de lluvias pasaban el dia todos juntos en casa, ocupados amos y criados, en hacer esteras de yerbas, y canastillos de hojas de bambú. En las paredes se veian colocados con el mejor orden, rastrillos, hachas, hazadones ; y al lado de estos instrumentos de agricultura, las producciones correspondientes á cada uno de ellos, como sacos de arroz, gavillas de trigo y cuelgas de bananas, tan delicado todo, como abundante. Virginia, enseñada por su madre y por Margarita, aprovechaba estas temporadas en hacer compotas, licores y bebidas cordiales con el xugo de las cañas de azúcar, de limon y de acimbogas.

Por la noche, cenaban á la luz de una lamparilla, y despues de cenar solia contar madama de la Tour ó Margarita la historia de varias caminantes extraviados en los bosques europeos, infestados por la mayor parte de ladrones,

ó el naufragio de alguna nave arrojada por la tempestad contra las rocas de una isla desierta ; y con aquellas relaciones se inflamaban mas y mas las almas sensibles de sus hijos, y rogaban al cielo les otorgase la gracia de poder exercitar algun dia la hospitalidad con semejantes desgraciados. A cierta hora se despedian las dos familias, para ir á reposar ; mas siempre con la impaciencia de volver á verse al dia siguiente. Algunas veces se quedaban dormidos al ruido de la lluvia que se degajaba á mares sobre el techo de sus cabañas, ó de los vientos impetuosos que les traian desde léjos el murmullo de las olas estreiladas contra los peñascos de la ribera ; y en tales casos bendecian al autor de la naturaleza por la seguridad de sus personas, siendo tanto mayor su reconocimiento, quanto se consideraban mas distantes del peligro.

De quando en quando leia madama de la Tour en comunidad algun pasage tierno de la historia del antiguo ó nuevo testamento, y se enardecian sus almas con la contemplacion de las cosas celestiales. Su moral no era especulativa, sino práctica como la del evangelio ; no habia entre ellos dias destinados para la alegría, ni para la tristeza : sino que todos eran igualmente llenos y festivos para sus corazones. La naturaleza entera era para ellos un templo augusto donde admiraban sin cesar una inteligencia

gencia infinita, omnipotente y amiga de los hombres ; y este sentimiento de confianza en el poder supremo los llenaba de consuelo respecto de lo pasado, de valor para lo presente, y de una dulce esperanza para lo venidero. Así es que estas mugeres, precisadas por los infortunios á seguir el órden de la naturaleza, hallaron en si mismas, y excitáron en sus hijos estos sentimientos que inspira en todos la misma naturaleza para preservarnos de que séamos desgraciados.

Pero, como muchas veces en las almas mas bien acondicionadas y de mejor temple suelen levantarse nubes que perturban su serenidad, quando alguno de la familia se mostraba triste, se reunian todos á fin de distraer su ánimo, y no paraban hasta conseguirlo, mas bien con obras que con reflexiones, empleando cada qual en esto su carácter particular : Margarita su alegría y viveza natural : madama de la Tour, una moral dulce : Virginia, tiernas caricias : Pablo, franqueza y cordialidad ; y hasta Domingo y María contribuian por su parte contristándose con el que veian llorar. A este mismo modo las plantas débiles entretexen unas con otras sus ramas, para oponer mas resistencia al ímpetu de los huracanes.

En tiempo sereno iban á misa todos los dias festivos á la iglesia de las Pamplémusas, cuya torre



torre veis allá abaxo en el llano, adonde concurrían colonos muy poderosos, conducidos en hombros de esclavos, algunos de los quales se empeñáron varias veces en tener conocimiento y trato con aquellas familias tan unidas, convidándolas á diversiones y partidas de campo. Pero ellas desecháron siempre sus ofrecimientos con cortesanía y respeto, persuadidas de que los ricos solo buscan á los pobres para tener complacientes, y que es imposible ser complaciente sino adulando las pasiones de otro, buenas ó malas. Por otra parte evitáron con no menor cuidado la familiaridad con los colonos medianamente acomodados, por lo comun, envidiosos, murmuradores y groseros. Al principio pasáron por tímidas en el concepto de los primeros, y por altaneras en el de los segundos ; pero su conducta reservada, estaba acompañada de tales demostraciones de urbanidad y atencion, particularmente para con los miserables, que insensiblemente se conciliáron el respeto de los ricos, y la confianza de los pobres.

Comunmente al salir de misa iban á buscarlas las gentes desvalidas para que exercieran con ellas algun oficio de caridad ; y ya se presentaba un afligido pidiéndoles consejo, ya un niño que les rogaba con lágrimas pasasen á visitar á su madre enferma en alguna de las aldeas

aldeas de la comarca. A este fin llevaban siempre consigo varias recetas de remedios caseros, los mas acomodados para la curacion de las enfermedades del pais, y las distribuian con aquel agrado que da tanto precio á los menores servicios. Sobre todo, tenian particular talento para disipar las penas é inquietudes del ánimo, tan insoportables en la soledad y en un cuerpo enfermo. Madama de la Tour hablaba con tanta confianza de la divinidad, que oyéndola discurrir así los pacientes, les parecia que la tenian allí presente. Virginia volvia comunmente de aquellas visitas con los ojos arrasados de lágrimas, pero con el corazon penetrado de alegría, porque habia tenido ocasion de hacer bien. Ella era la que disponia de antemano los remedios necesarios para los enfermos, á los quales se los administraba con indecible afabilidad y buen afecto.

Despues de estas visitas de caridad, alargaban á veces su camino por el valle de la Montaña-larga hasta mi posesion, donde yo las esperaba á comer á las orillas del riachuelo que pasa por las inmediaciones, y para aquellos casos procuraba tener reservada alguna botella de vino añejo, á fin de aumentar la alegría de nuestras comidas indianas, con estas dulces y pectorales producciones de la Europa. Otras veces nos citábamos para la playa del mar, en la desem-

bocadura de algun rio de los que en esta isla solo merecen el nombre de grandes arroyos, adonde llevábamos de nuestra casa provisiones vegetales que juntábamos á las que el mar nos suministraba en abundancia ; en cuyas riberas pescábamos barbos, salmonetes, pulpos, langostas, esquines, cangrejos, ostras y mariscos de toda especie. Muchas veces los sitios mas terribles por su naturaleza, nos proporcionaban los placeres mas tranquilos. Sentados por lo comun sobre un peñasco á la sombra de un sauce, veíamos venir desde muy léjos las olas del mar á estrellarse á nuestros pies con horrible estrépito. Pablo que por otra parte nadaba como un pez, se internaba á veces en la playa, saliendo al encuentro á las olas ; y quando estas se acercaban huia acia nosotros, delante de sus grandes volutas ó roleos espumosos y bramantes, que le perseguian gran trecho tierra adentro. Pero Virginia toda inmutada al ver aquello, daba agudísimos chillidos, y decia que semejantes juegos le causaban mucho sobresalto.

A nuestras comidas se sucedian los cánticos y danzas de los dos jóvenes. Virginia cantaba la felicidad de la vida campestre, y las desgracias de los marineros, á quienes incita la codicia á navegar sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que  
da

da apaciblemente tantos bienes. A veces executaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima es el primer language del hombre, conocida de todos los pueblos, y tan natural y expresiva, que los hijos de los blancos suelen aprenderla, á poco que la vean practicar á los de los negros. Virginia, trayendo á la memoria las historias leídas por su madre que mas impresion le habian hecho, representaba con mucha naturalidad los principales sucesos de ellas. Unas veces al son del tambor de Domingo, se presentaba en la era de su casa con un cántaro vacío en la cabeza, y se acercaba con timidez á la fuente inmediata, en ademan de ir á coger agua. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madian, se oponian á su paso, y asiéndola del brazo, aparentaban que la echaban de allí. Llegaba en esto Pablo de repente á su defensa, contenia á los pastores, llenaba el cántaro de Virginia, y poniéndosele en la cabeza, ceñia su frente con una corona de pervinca ó yerba doncella, que daba nuevo realce á la blancura de su rostro. Entónces prestándoseme yo á sus juegos, me encargaba de hacer el personage de Raquel, y concedia á Pablo mi hija Séphora en matrimonio.

En otras ocasiones representaba á la infeliz Ruth, quando volvió viuda y pobre á su pais, donde

donde despues de una larga ausencia se vió tratada como forastera. Domingo y María, representaban los segadores: Virginia figuraba que iba recogiendo detras de ellos las espigas dexadas aquí y allí, y Pablo imitando la gravedad de un patriarca, le hacia varias preguntas, á que ella respondia como temblando de miedo. Movido al fin de compasion concedia asilo á la inocencia y hospitalidad al infortunio: llenaba el delantal de Virginia de toda suerte de provisiones, y la conducia á nuestra presencia, como ante los ancianos del pueblo, declarando que la elegia por esposa á pesar de su indigencia.

Madama de la Tour, representándosele vivamente con esta escena el abandono de sus mismos padres, su viudez, y el buen recibimiento que habia tenido de Margarita, acompañado á la sazón de la esperanza de un dichoso himeneo entre sus hijos, no podia dexar de llorar; y este confuso recuerdo de males y de bienes, nos hacia derramar á todos lágrimas mezcladas de gozo y de sentimiento.

Se representaban estos dramas con tanta propiedad, que yo me creia transportado á los campos de la Syria ó de la Palestina. Ni faltaba la decoracion, iluminacion y orquesta conveniente á semejante espectáculo; pues el lugar de la escena era, por lo comun, en el  
centro



céntrico de un bosquecillo, cuyas entradas formaban al rededor de nosotros, muchas galerías de frondosidad y de follage, donde pasábamos la mayor parte del día resguardados del calor. Mas quando el sol se aproximaba al horizonte, sus rayos refractados en los troncos de los árboles, se hacian divergentes entre las sombras de la floresta, en largos manojitos luminosos que producian el efecto mas apacible y magestuoso. Algunas veces presentándose su disco entero al extremo de una calle, la hacia parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles iluminadas por la parte inferior con sus rayos <sup>de color rojo</sup> azafranados, brillaban á manera del topacio y la esmeralda: y sus <sup>truncos</sup> ~~truncos~~ y mohosos troncos parecian como convertidos en columnas de un bronce antiguo. Las avechitas retiradas en silencio, debaxo de la frondosa hoja, para pasar allí la noche, sorprendidas de volver á ver una segunda aurora, saludaban todas auna al astro del dia con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendia muy á menudo en estas fiestas campestres; pero la pureza del ayre y lo templado del clima nos permitia dormir en medio del campo, debaxo de un árbol, sin el menor recelo de ladrones, ni allí, ni en nuestras casas, adonde volviendo cada uno el dia siguiente, la hallaba como la habia dexado.

Tal era en aquel tiempo la buena fe que reinaba en esta isla sin comercio, que las puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave, y una cerradura era un objeto de curiosidad para muchos criollos.

Pero en el discurso del año habia dias para Pablo y Virginia del mayor regocijo, que eran los del cumple-años de sus madres. Virginia no dexaba de amasar, y cocer la víspera tortas de flor de harina para las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habiendo probado jamas pan europeo, destituidos de todo auxilio por parte de los negros, y reducidos á alimentarse de la yuca en medio de las selvas, no tenian para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educacion. Estas tortas eran el único regalo que la situacion de su familia le permitia hacer á Virginia; pero las repartia con tal agrado, que les añadia un precio y condimento extraordinario. Pablo era el que se encargaba de llevárselas á sus mismas habitaciones; y las pobres familias reconocidas, prometian, al tiempo de recibirlas, ir á pasar todo el dia siguiente en casa de madama de la Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados, y tan tímidos que apenas osaban levantar los ojos. Pero Virginia al punto

punto los collocaba comodamente, y les servia ciertos refrescos, cuya bondad realzaba ella por alguna circunstancia particular, que en su concepto, acrecentaba su valor, diciéndoles: “Este licor lo ha hecho Margarita: este otro mi madre: mi hermano ha cogido por su misma mano esta fruta en la cima de un árbol.” Y otras cosas á este modo. X

Despues incitaba á Pablo á que les hiciera baylar, y no se apartaba de su lado miéntras no los veia satisfechos y contentos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegría de su familia, y decia: “No es posible hacer la felicidad propia, sin ocuparse en la de los demas.” Y así quando se habian de volver á sus habitaciones, les ofrecia aquel mueble ó muebles á que los habia visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dádivas, con el pretexto de su singularidad ó extrañeza. Si los veia muy andrajosos, escogia algunas de sus ropas viejas, y mandaba á Pablo las fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De este modo hacia el bien, á exemplo de la divinidad, mostrando el beneficio, y ocultando la mano bienhechora.

Vosotros los europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podeis concebir que la naturaleza

naturaleza sea capaz de proporcionar tantas luces y placeres. Vuestro espíritu ceñido á una estrecha esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales ; pero la naturaleza y el corazón son inagotables. Pablo y Virginia no tenían relojes, ni almanaques, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los períodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza ; conocían las horas del día por la sombra de los árboles : las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos ; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes hacían muy delicioso su modo de expresarse : “ Ya es hora de comer, decía Virginia á los suyos, pues á los bananos les da la sombra á los pies : se acerca la noche porque los tamarindos cierran sus hojas.... ¿ Quando vendrás á vernos, le preguntaban algunas amigas de las inmediaciones ? Para las cañas del azúcar, respondía Virginia. Tu visita, contestaban las muchachas, será para nosotras tanto mas gustosa y apreciable.”

Quando le preguntaban su edad y la de Pablo, respondía : “ Mi hermano tiene los mismos años que el cocotero alto, y yo que el mas baxo ; los mangles han dado doce veces su fruto, y los naranjos veinte y qua-  
tro

“tro veces la flor desde que estoy en este mundo.” De suerte, que su vida parecia que estaba indentificada con la de los árboles, como la de las Driadas y Faunos. No cono- cian mas épocas históricas, que las de las vidas de sus madres, otra cronología que la de sus vergeles, ni mas filosofía que el hacer bien á todos, y resignarse á la voluntad de Dios.

Pero, de buena fe ¿ que necesidad tenian estos niños de ser sabios y ricos al modo que nosotros lo somos? Sus mismas necesidades é ignorancia aumentaban en cierto modo su felicidad, y no habia dia para ellos en que no se prestasen uno á otro oficios de la mas tierna amistad. Ellos crecian en edad y experiencia, siguiendo fiel- mente las leyes de la naturaleza y de la religion, sin que ningun cuidado arrugara su frente, nin- guna intemperancia corrompiera su sangre, ninguna pasion funesta depravara su corazon. El candor, la inocencia, la piedad y el amor despleaban de dia en dia la belleza de sus al- mas en gracias inefables, expresadas en todas sus acciones, actitudes y movimientos.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó Virginia á experimentar sucesivamente una especie de melancolía. La edad de las pasiones produce en el hombre una metamórfosis ó transformacion extraña, que causa tantos bienes ó tantos males, segun el impulso



impulso y direccion de las circunstancias. Virginia era victima de sí misma, sin conocerlo ; y en aquel estado ni sabia á que atribuir la inquietud interior que experimentaba, ni sentia aquella alegría, que desde la niñez la habia acompañado. Sus ojos se marchitaron insensiblemente, la palidez fué cubriendo su rostro, y una languidez y desmadejamiento universal acabáron de apoderarse de todo su cuerpo.

Bien penetraba la madre la causa del mal de su hija, pero como prudente y experimentada, le decia : “ Dirígete á Dios, hija mía, que  
“ es quien dispone á su arbitrio, de la sa-  
“ lud y de la vida de los mortales, y quiere  
“ experimentar hoy tu constancia para premi-  
“ arte mañana : acuérdate, de que no hemos  
“ venido á este mundo, sino para exercitar la  
“ virtud.”

En este intermedio los excesivos calores que de tiempo en tiempo desuelan las tierras situadas entre los trópicos, viniéron á exercer aquí sus estragos. Quando el sol toca al signo de capricornio á fines de Diciembre, sus ardientes rayos cayendo verticalmente sobre la isla de Francia, la abrasan por espacio de tres semanas consecutivas, causando en toda ella un calor extraordinario. Los vapores del océano elevados por la intension de los rayos solares, cubriéron un dia toda la isla como un vasto pa-  
rasol,

rasol, de resultas de haber calmado el viento sudeste, que es el que reynando aquí casi la mayor parte del año, disipa las tempestades. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores despedian de sí globos de fuego ; y los bosques, el llano y los valles resonaban con los horribles truenos de las nubes agitadas. Bien pronto, comenzáron á caer torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos baxaban precipitados por las quebradas de este monte, formando un mar de todo el valle, una isleta de esta explanada donde están las cabañas, y de este valle una esclusa por donde salian mezclados indistintamente con las tumultuosas aguas, los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios en la cabaña de madama de la Tour cuyo techo cruxia horriblemente con la violencia de los ayres ; siendo tan fuertes y repetidos los relámpagos que entraban por las rendijas, que sin embargo de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, se distinguia con el resplandor quanto habia dentro de ella. Pablo intrépido como él mismo andaba con Domingo de cabaña en cabaña, á pesar del furor de la tempestad, apuntalando aquí una viga, y fixando allí una estaca ; y si alguna vez entra-  
ba

ba en la de madama de la Tour, sola era con el fin de consolar á la familia con la esperanza próxima de la serenidad deseada. En efecto, á la tardecita cesó la lluvia, y tomó su curso ordinario el ligero viento del sudeste; los nubarrones tempestuosos corrieron acia el nordeste, y apareció en el orizonte el sol poniente.

El primer deseo de Virginia fué ir á ver el lugar de su recreo. Pablo se acercó á ella con cierto ayre de timidez, y le presentó el brazo para ayudarla á caminar. El ayre ya era fresco y sonoro, y en las cimas del monte surcado en varias partes de la espuma de los torrentes, que sensiblemente iban menguando, se elevaban blancos vapores, anuncios de la serenidad. Todo el jardin estaba trastornado, desarraigados la mayor parte de los árboles, y los prados cubiertos de arena. Solamente los dos cocoteros se conservaban verdes é intactos, sin que hubiesen quedado en sus alrededores, ni céspedes, ni emparrados, ni páxaros, á excepcion de algunos bengalíes que en las extremidades de las vecinas peñas lloraban la perdida de sus hijitos con acento lamentable.

A vista de tanta desolacion, dixo Virginia á Pablo: “ Ya ves como el huracan ha quitado  
“ la vida á los paxaritos que tú traxiste á este  
“ sitio, y como ha destruido el jardin hecho  
“ por tu mano. En esta vida no hay cosa que

“ sea precedera, y solo son inmutables las  
“ del cielo.”

“ Que no tuviera yo para poderte la ofrecer,  
“ le contextó Pablo, alguna cosa del cielo !  
“ pero es tanta mi pobreza, que ni siquiera  
“ poseo la menor prenda de valor sobre la  
“ tierra.” “ Bien lo sé,” replicó ella, “ me-  
“ dio sonrosada, pero tú tienes la efigie de san  
“ Pablo.” No bien oyó aquello Pablo, quan-  
do echó á correr en busca del retrato que te-  
nia en casa de su madre.

El retrato era una especie de miniatura, que representaba á san Pablo, primer ermitaño, á quien Margarita profesaba particular devocion ; y despues de haberle llevado muchos años al cuello, siendo soltera, se le puso al hijo, luego que fué madre. Sucedió tambien que estando ella en cinta de Pablo, y viéndose desamparada de todos, (á fuerza de contemplar en la imá- gen del santo anacoreta) se le parecia en alguna manera su hijo Pablo ; cuya circunstancia la habia decidido á ponerle su nombre, y darle por patrono un santo que pasó su vida apartado del mundo y léjos de los hombres, los quales despues de haberle seducido, pérfidamente le abandonáron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pablo, le prometió no quitársela del cuello, miéntras viviera, ni

olvidar que Pablo le habia dado la única prenda que poseia sobre la tierra.

En este intermedio instaba Margarita á madama de la Tour á que trataran de casar á sus hijos, en atencion á la pasion con que se miraban, y á la edad que ya tenian proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban expuestos. Pero madama de la Tour, le respondió : “ Todavía son demasiado jóvenes y pobres para eso. ¡ Que sentimiento no tendríamos en ver á Virginia cargada de hijos, que tal vez no podria criar por falta de fuerzas ! Vuestro negro Domingo ya está bastante cascado, y María enferma : por otra parte, amiga mia, yo me siento muy débil y deteriorada, al cabo de quince años que vivo en un clima ardiente, como este, donde se envejece mas pronto que en los frios, y mucho mas con los quebrantos y pesares. Pablo es nuestra única esperanza, y debemos aguardar por lo mismo á que medre y adquiera el vigor necesario para que sea capaz de sostener nuestra vejez. En el dia bien sabeis que solo tenemos lo necesario para vivir : dentro de poco dispondremos que Pablo pase á las Indias por cierto tiempo, donde adquiera con el comercio la suficiente cantidad de dinero para comprar un esclavo



“ esclavo ; y á la vuelta le casarémos con  
“ Virginia, pues considero que es el único  
“ hombre que puede hacer feliz á mi amada  
“ hija. Mas esto lo consultarémos despues con  
“ nuestro vecino.”

En efecto, habiendolo hecho ellas así, fuí de su mismo dictamen, y les dixé que los mares de la India eran muy bonancibles, particularmente sabiendo elegir la estacion proporcionada para el embarco, en cuya navegacion se tardaba seis semanas, quando mas, á la ida, y casi lo mismo á la vuelta : que yo buscaria persona que habilitase á Pablo, pues era estimado de quantos le conocian ; y que aun quando no le diésemos mas que algodón en rama, del qual no se hace en esta isla ningun uso por falta de máquinas para limpiarle ; palo de ébano, tan comun aquí que se usa para la lumbré, y algunas resinas que se pierden en nuestros bosques ; todo esto lo venderia en las Indias á un precio mas que moderado. Me encargué al mismo tiempo de pedir á Mr. de la Bourdonais el pasaporte para el viage, y ántes de todo quise tratar con Pablo, este pensamiento.

Pero me quedé absorto de admiracion quando este jóven me dixo, con una madurez muy superior á sus años : “ ¿ Porque  
“ quereis que yo dexé á mi familia, por no sé  
“ que proyecto de fortuna ? ¿ Hay por ven-  
“ tura

“ tura en el mundo un comercio mas lucrativo  
“ que el cultivo de la tierra que da cincuenta,  
“ y aun ciento por uno? Si queremos comer-  
“ ciar ¿ no podrémos hacerlo llevando á ven-  
“ der á Puerto-Luis lo que nos sobre, sin  
“ necesidad de que yo vaya á correr las In-  
“ dias? Nuestras madres dicen que Domingo  
“ está viejo y cascado, pero yo soy muchacho,  
“ y cada dia me siento mas robusto. Y ¿ si,  
“ durante mi ausencia, les sucediese alguna  
“ desgracia, particularmente á Virginia, que  
“ de algun tiempo á esta parte anda tan triste  
“ y desazonada? Ah! eso no: no lo penseis;  
“ es imposible que me resuelva á ausentarme  
“ de su vista!”

Esta respuesta de Pablo me puso en la mayor perplexidad, porque madama de la Tour no me habia ocultado la situacion de Virginia, y sus deseos de ganar algunos años mas sobre los que ellos tenian, separando al uno del otro; cuyos motivos no me atrevia yo á descubrir á Pablo, ni era conveniente que aun los llegara á sospechar.

En estas circunstancias, recibió madama de la Tour una carta de su tia, por una embarcacion que acababa de llegar de Francia. El temor de la muerte, sin el qual serian siempre insensibles los corazones duros, se habia apoderado del de aquella vieja;  
de

de resultas de haber salido de una grave enfermedad, la qual, degenerando en extenuacion, se hacia incurable por lo avanzado de su edad. El objeto de su carta se reducía en substancia á decir á su sobrina: “ que se volviese á  
 “ Francia, ó que en el caso de no permitirle  
 “ su salud emprender un viage tan dilatado, le  
 “ enviara á Virginia, á quien pensaba dar una  
 “ buena educacion y destino decente en la cor-  
 “ te, con la posesion de todos sus bienes ; y  
 “ aun añadia, que en el cumplimiento de  
 “ aquellas sus órdenes, consistia la continua-  
 “ cion de sus favores.”

No bien habia acabado de leer madama de la Tour la referida carta á la familia, quando todos se quedáron suspensos y en la mayor consternacion. Domingo y María comenzáron á llorar : Pablo, inmóvil sin saber lo que le pasaba, parecia como dispuesto á enfurecerse ; Virginia, con los ojos fixos en su madre, no se atrevia á proferir una palabra. En este estado dixo Margarita á madama de la Tour : “ Será  
 “ posible que nos dexeis al cabo de tantos  
 “ años !”

“ No, amiga mia, no, hijos mios,” exclamó madama de la Tour, “ no os abandonaré  
 “ jamas ! Yo he vivido con vosotros, y con  
 “ vosotros quiero morir, porque no he cono-  
 “ cido la dicha, sino en vuestra compañía. Si

“ mi salud está deteriorada, tienen la culpa de  
“ ello los antiguos disgustos. La crueldad de  
“ mis parientes y la pérdida de mi amado espo-  
“ so, me penetráron hasta lo mas íntimo del  
“ alma ; pero despues acá he experimentado  
“ mas satisfaccion y consuelo con vosotros  
“ debaxo de estas humildes chozas, que quan-  
“ tos bienes y felicidades pudieran, ni pueden  
“ prometerme en mi patria las riquezas de mi  
“ familia.”

Acabando de decir estas palabras empezáron todos á verter lágrimas de gozo. Pablo arrojándose en los brazos de madama de la Tour, le decia : “ No me separaré jamas de  
“ vos, ni iré á las Indias : todos trabajaremos  
“ aquí para vos, amada mamá, y nada os faltará en nuestra compañía.” Pero la que manifestó ménos alegría que los demas, sin embargo de que era la que la habia sentido mas viva, fué Virginia, la qual se conservó lo restante del dia con la misma serenidad, colmándose con esto la satisfaccion de todos.

A la mañana siguiente, al salir el sol, acabando de encomendarse á Dios en comunidad, ántes de ponerse á almorzar, segun lo tenian de costumbre, les avisó Domingo que un señor de á caballo, seguido de dos esclavos, se acercaba á la posesion. En efecto, el tal caballero era Mr. de la Bourdonais, el qual habiéndose

biéndose entrado de improviso en la cabaña, encontró á toda la familia almorzando al rededor de una mesa, donde Virginia acababa de servir café, arroz cocido en agua, batatas asadas y bananas frescas. La única vaxilla de que se servian, eran cascós de calabaza, y por mantel hojas de banano.

Manifestó el gobernador por el pronto su sorpresa, viendo la pobreza de aquella familia, y dirigiéndose despues á madama de la Tour, le insinuó que los negocios generales de su empleo le habian estorbado algunas veces de pensar en los particulares ; pero que ella era acreedora á toda su atencion. “ Vos teneis, “ madama, añadió, á una tia muy rica y distinguida en Paris, que os dexa por heredera “ de todos sus bienes, y os espera quanto ántes á su lado.”

Contestóle madama de la Tour, que su salud achacosa no le permitia emprender un viage tan expuesto como largo.

“ Pero á lo ménos,” replicó el gobernador, “ no podréis privar, sin injusticia, de una herencia tan crecida, á una hija tan jóven y “ amable, como os ha concedido el cielo. Yo “ no debo ocultaros que vuestra tia se ha valido “ de la autoridad para llevársela, y que á este “ fin me escribe, use de todas mis facultades “ en caso necesario. Mas como yo no las “ exerzo



“ exerzo sino para hacer felices á los habitantes  
“ de esta isla, espero de vuestra voluntad sola  
“ un sacrificio de algunos años; del qual de-  
“ penden el establecimiento de vuestra hija, y  
“ vuestro bienestar para toda la vida. ¿ A que  
“ se viene á las islas ? no es para enriquecerse  
“ en ellas ? Pues ¿ no será mejor y mucho mas  
“ gustoso el ir á encontrarlas en su patria ?”  
Diciendo estas palabras y mandando á uno de  
sus negros dexar sobre la mesa un gran talego  
de pesos que llevaba, añadió : “ Aquí teneis  
“ ese dinero que vuestra tia ha destinado para  
“ los preparativos del viage de la chica.”

Despues comenzó á reconvenir con corte-  
sanía y atencion á madama de la Tour, porque  
no habia recurrido á él en sus necesidades ;  
aunque elogiando al mismo tiempo su valor  
noble y constante.

Tomó. á esto Pablo la palabra, y dixo á Mr.  
de la Bourdonais : “ Señor gobernador, mi  
“ mamá ha recurrido á vos, y la habeis reci-  
“ bido mal.”

“ ¿ Teneis á otro hijo ?” preguntó pronta-  
mente el gobernador á madama de la Tour.

“ No, señor,” contestó ella ; “ este es el hijo  
“ de mi amiga Margarita, y á él y á Virginia.  
“ los amamos igualmente, y son para nosotros  
“ hijos comunes.”

“ Niño,

“Niño,” dixo el gobernador, encarandose á Pablo, “quando llegues á tener experiencia del mundo, conocerás la desgracia de los que mandan, y la fecilidad con que son engañados, dando al vicio intrigante é impudente, lo que solo pertenece al mérito que se oculta.”

Convidó entónces madama de la Tour á Mr. de la Bourdonais á almorzar, cuyo convite aceptó el gobernador sentándose á su lado, y tomando café mezclado con arroz cocido en agua, á la manera de los criollos. El qual quedó tan encantado del órden y aseo de la cabaña, de la union edificante de las dos familias, y hasta del zelo de sus ancianos criados, que dixo: “Aquí no hay sino muebles de madera, pero se ven rostros serenos, y corazones de oro.”

Pablo prendado de la popularidad y llaneza del gobernador, le dixo, que deseaba ser su amigo, porque era hombre de bien; y Mr. de la Bourdonais recibiendo con gusto aquella señal de sinceridad isleña, le dió un abrazo, y apretándole la mano, le aseguró que podia contar con su amistad.

Acabado el almuerzo, llamó á parte á madama de la Tour, y le dixo que habia ocasion en el dia de enviar á su hija á Francia, en un navío que estaba pronto á hacerse á la vela:  
que

que la recomendaria á una parienta suya, que iba de pasagera en el mismo buque; y que no era cosa de abandonar una herencia inmensa por una satisfaccion de algunos años. “Vuestra tia, añadió al tiempo de partir, no podrá vivir mas de dos años, segun me escriben sus amigos; miradlo bien, y consultadlo allá para con vos, pues no todos los dias se muestra risueña la fortuna. No habrá persona de juicio que no piense como yo.”

Madama de la Tour le respondió, “Que no deseando en este mundo mas felicidad que la de su hija, dexaria absolutamente al arbitrio del señor gobernador su partida para Francia.”

Como á madama de la Tour no le disgustaba encontrar ocasion de separar, por algun tiempo á Pablo y Virginia, para proporcionarles en lo sucesivo su felicidad mutua, llamó á parte á su hija de allí á pocos dias, y le habló en estos términos.

“Hija mia, ya ves que nuestros criados son ancianos, que Pablo es muy jóven, que su madre va siendo vieja y que yo estoy muy achacosa de males: ¿que seria de tí entre estas breñas, si yo llegase á morir? ¿podrias resistir sola, y sin ninguna otra persona que te ayudase, viendote precisada á trabajar continuamente la tierra, como una muger mer-

“ mercenaria, para ganar el sustento diario ?  
“ Ah ! esta reflexi3n, Virginia mia, me tras-  
“ pasa las entrañas de dolor !”

Al oír esto Virginia, le replicó : “ Dios nos  
“ ha condenado á todos al trabajo, y vos, ma-  
“ dre mia, me habeis enseñado á trabajar, y á  
“ bendecirle cada dia. Hasta aquí no nos ha  
“ abandonado, ni nos abandonará en adelante,  
“ pues su providencia vela particularmente so-  
“ bre los infelices, segun millares de veces  
“ me lo habeis insinuado. No es posible que  
“ yo me determine á dexaros !”

Madama de la Tour conmovida con seme-  
jantes razones, le contestó sin detenerse :  
“ No creas, hija mia, sea otro mi intento que  
“ hacerte feliz, y casarte algun dia con Pablo,  
“ que no es hermano tuyo : considera ahora  
“ que tienes en tu mano su felicidad y la  
“ tuya.”

Como semejante confianza de una madre amorosa y compasiva, no tuyo dificultad Virginia en abrirle de par en par su corazon, declarándole sin disfraz ni rebozo, la inclinacion hasta ent3nces secreta de su alma ; y viendo que su madre aprobaba, y dirigia á un fin honesto con sus consejos, le ofreció nuevamente no apartarse jamas de su lado, y vivir en su compańía sin agitacion en quanto á lo presente, ni temor respecto de lo futuro.

Viendo

Viendo madama de la Tour que su confianza habia producido un efecto contrario al que ella se esperaba, aseguróle que no queria violentar su inclinacion, sino que deliberara maduramente y á su salvo; pero le encargó que ocultase siempre su amor á Pablo, porque, como ella decia, “ quando el corazon de una doncella está cautivo, ya no le queda al amante otro sacrificio que exîgir de ella.”

A este tiempo se dexó entrar por la puerta el confesor de madama de la Tour, enviado por el gobernador para acabar de persuadirla y hacerle fuerza con sus razones, las quales se reduxéron á que era forzoso someterse á los órdenes de la providencia que tenia dispuesto hacer feliz á Virginia por aquel camino; y que supuesto que madama de la Tour no podia emprender el viage por el mal estado de su salud, debia hacerlo sin mas dilacion su hija Virginia, á fin de complacer á su tia, y mejorar al mismo tiempo su propia suerte.

Habiendo oido semejantes razones, la obediente Virginia, baxó los ojos, y con voz desmayada y trémula respondió al confesor: “ Si así lo dispone el cielo, á nada me opongo: hágase la voluntad del señor, añadió, exhalando un profundísimo suspiro.”

En aquel estado, me envió á decir madama de la Tour con Domingo, le hiciese el favor de



de pasar á su cabaña, pues tenia que consultarme acerca del viage de Virginia. En efecto, habiendo tratado los dos el asunto, fuí de opinion que no emprendiera semejante viage. Porque habeis de saber que yo tengo por un principio cierto de la felicidad humana, que son preferibles los bienes de naturaleza á los de fortuna, y que no debemos ir á buscar lejos de nosotros lo que tenemos dentro de nosotros mismos; y esta máxîma la extendo yo á todas las cosas de este mundo, sin excepcion ni diferencia.

Pero ¿ que eficacia podian tener mis consejos contra las fundadas esperanzas de una fortuna tan brillante y halagüeña? Consiguientemente madama de la Tour solo me consultó por puro cumplimiento, y ya no fué mas dueña de deliberar por sí, desde el instante que oyó el dictámen de los dos personajes que acabo de nombraros.

La misma Margarita, quien, á pesar de las felicidades que esperaba para su hijo de la fortuna de Virginia, se habia opuesto muy seriamente á su partida, dexó de insistir sobre ello. Pablo, ignorando el partido que sus madres tomarian, estaba admirado de las conversaciones secretas de madama de la Tour con su hija, y entregado á los impulsos de la tristeza, decia: “ Algo se trama contra mí,  
H “ quando

“ quando tanto se recatan de que yo las  
“ oyga.”

Al punto que se extendió la voz por toda la isla de que la fortuna habia visitado estas breñas, trepáron á ellas mercaderes de todos géneros, que desplegaron delante de estas miserables chozas las estofas mas preciosas de la India; magníficas cotonías de Goudelour, pañuelos de Paliacate y Mazulipatan, muselinas de Dacca, bordadas, lisas, rayadas y transparentes como la luz, camisas de Surate muy blancas, indianas de todos colores y las mas raras, de fondo obscuro con ramos verdes, magníficas telas de seda de China; en suma, todas las producciones mas exquisitas del arte, que el luxo y la industria han inventado en las quatro partes del mundo.

Quiso madama de la Tour que Virginia comprase á su arbitrio lo que mas le agradara, y solo se encargó ella de que no la engañasen en el precio ni en la calidad del género. En efecto Virginia comenzó á elegir todo aquello que le parecia era del gusto de su madre, de Margarita y de su hijo, destinándolo todo para ellos, y nada para sí, y diciendo siempre, “ esto es muy bueno para muebles, aquello  
“ para el uso de María y de Domingo.” Por manera que ya se habia empleado todo el talego de pesos, y nada habia comprado de lo  
que

[ que necesitaba para sí, habiendo sido preciso sacar la parte que á ella le tocaba de los regalos distribuidos entre los de casa.

Pablo penetrado de dolor al ver aquellos dones de la fortuna que le presagiaban la partida de Virginia, se presentó de allí á pocos dias en mi casa, y me dixo con tono desmayado y lastimero : “ Mi hermana sin duda va á  
“ partir, pues la veo hacer los preparativos  
“ para el viage. Ruégoos paseis á nuestra  
“ posesion, y empleeis todo el ascendiente  
“ que teneis sobre el ánimo de su madre y de  
“ la mia, para que no se vaya.” Movido yo de las instancias del pobre muchacho, me presté al punto á sus deseos, aunque bien persuadido de que todas mis representaciones serian completamente inútiles y desaprobadas.

Os confieso que si Virginia me habia encantado hasta entónces, con el vestido de cotton azul de Bengala y el pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, me pareció mucho mas hechicera quando la ví engalanada al modo de las damas de este pais. Llevaba un vestido de muselina blanca, forrado de tafetan color de rosa, y sus rubios cabellos trenzados en dos órdenes á la espalda, hacian la mas perfecta armonía con su virginal cabeza. Sus hermosos ojos azules rebosaban melancolía, y su corazon agitado de una pasion reprimida,  
comu-

comunicaba á su rostro un color animado, y á su voz dulces y penetrantes sonidos. Hasta el contraste de su vistosa gala, que ella llevaba contra todo su gusto, hacia tan interesante su languidez y desmadejamiento, que nadie podia verla ni oirla sin que se sintiera enternecido y encantado.

Acrescentóse con esto la tristeza de Pablo ; y afligida cada vez mas Margarita de ver la situacion de su hijo, determinó, por último remedio, descubrirle el secreto que hasta entónces le habia ocultado. Llamóle, pues, á parte un dia, y le dixo :

“ ¿ A que fin, hijo mio, alimentarte por mas  
“ tiempo de vanas esperanzas, que no habien-  
“ do de realizarse nunca, te serán despues  
“ tanto mas amargas ? Ya ha llegado el tiempo  
“ de que te revele el arcano de tu vida y de la  
“ mia. Virginia es parienta, por parte de ma-  
“ dre, de una señora rica y de alto linage ; y  
“ tú no eres mas que el hijo de una pobre al-  
“ deana, á quien el amor hizo cometer una  
“ flaqueza, de que tú has sido triste fruto,  
“ privándote mi culpa, ¡ fatal memoria ! de  
“ tu familia paterna, y mi arrepentimiento de  
“ la materna. Ay infeliz ! por mi desventura  
“ y la tuya, no tienes mas parientes que yo en  
“ este mundo ! ” Y al llegar aquí comenzó á  
derramar copiosas lágrimas.

Pablo,

Pablo, abrazando estrechamente á su madre, procuraba consolarla diciéndole que no llorase, y que pues no tenia mas parientes que ella en este mundo, por lo mismo la amaria mucho mas en adelante. “ Pero ! que secreto, añadió, el que acabais de revelarme ! “ Ahora entiendo porque hace dos meses que “ Virginia anda huyendo de mí, y en dia está “ resuelta á dexarme ! Ah ! sin duda me desprecia la ingrata ! ”

Llegó entretanto la hora de cenar, y agitados todos de pasiones diferentes, comiéron poco, y no habláron palabra durante la cena. Virginia fué la primera que se levantó de la mesa, y se encaminó á este mismo sitio en que estamos, donde se sentó. Siguióla Pablo prontamente y fué á sentarse junto á ella, guardando uno y otro un profundo silencio por largo rato.

Era esto en una de aquellas deliciosas noches, tan comunes entre los trópicos, cuya belleza no es dado retratar al pincel mas diestro y amaestrado. La luna parecia que ocupaba el centro del firmamento, rodeada de nubes y celages que sus rayos iban disipando por grados, dexándose caer insensiblemente su luz sobre los picos de los montes de la isla, que brillaban con un verde plateado. Los vientos retenian su aliento; y solamente se oian:



en los bosques, en el hondo de los valles, y en las puntas de los peñascos, las piadas y el dulce murmurar de las avecillas, que regocijadas con la claridad de la noche y la apacibilidad del ayre, se arrullaban en sus nidos ó nocturnas moradas. Todos, hasta los insectos, susurraban debaxo de la yerba. Las estrellas centelleaban en el cielo y reverberaban en el hondo del mar, el qual reflexaba sus imágenes tremulantes.

Recorria Virginia con ojos distraidos todo el horizonte quando avistó, á la entrada del puerto, una luz, y una sombra, que eran el fanal y el casco del navío en que habia de embarcarse para Europa, y que dispuesto á hacerse á la vela se mantenia al ancla, hasta que cesaran las calmas. A vista de esto se le conmovieron las entrañas, y volvió la cabeza á otro lado, porque no la viera llorar Pablo.

Madama de la Tour, Margarita y yo, nos habiamos sentado á pocos pasos de ellos, debaxo de los bananos; y con el silencio de la noche, oimos tan claramente su conversacion, que desde entónces nunca la he olvidado.

“He oido, Virginia,” comenzó Pablo, “que te vas dentro de tres dias; ¿no temes exponerte á los riesgos de la mar.... de la mar que tanto horror te causa?”

“Es

“Es forzoso,” respondió ella, “que obedezca á mi madre, y cumpla con lo que le debo.”

“Pero ¿será posible que nos dexes,” replicó Pablo, “por una parienta á quien no has visto jamas?”

“Ay de mí!” exclamó Virginia, “yo queria quedarme aquí toda mi vida, pero mi madre no lo ha tenido á bien. Por otra parte, me ha dicho mi confesor, que es voluntad de Dios el que yo parta, y que la vida no es mas que una continua prueba.... Ah! sin duda que es una prueba muy dolorosa!”

“Que!” repuso Pablo, “¿hallas tantas razones para partir, y ninguna para quedarte? Ah! otra hay que me reservas: el atractivo de las riquezas es lo que te mueve. No dudo que lograrás en Francia un himeneo correspondiente á tu nacimiento, y con todas las demas circunstancias que yo no puedo ofrecerte; pero ¿adonde irás tú que seas mas feliz? ¿á que tierra aportarás que te sea mas amada que la en que has nacido? ¿donde encontrarás gentes mas amables que las que aquí te idolatran? ¿como podrás vivir sin las caricias de tu madre, á que estás tan acostumbrada? ¿que será de la pobre vieja, quando no te vea á su lado, ni en la mesa,

“ ni en casa, ni en el paseo donde iba apoyada  
 “ siempre á tu brazo? ¿y que será de la mia,  
 “ que te ama tanto como ella? ¿que les diré  
 “ yo quando las vea llorar por tu ausencia?  
 “ Ah, cruel! no quiero hablarte de mí: pero  
 “ ¿que haré quando yo no te vea á la mañana,  
 “ ni á la noche en nuestra compañía? Ay,  
 “ Virginia! permíteme á lo ménos partir con-  
 “ tigo en el mismo navío, ya que buscas una  
 “ nueva suerte en un país extranjero para tí, y  
 “ otros bienes que los que te produce mi tra-  
 “ bajo. A lo ménos te animaré en las bor-  
 “ rascas que temes tanto, y te consolaré en  
 “ medio de las desgracias; y quando yo te  
 “ vea en Francia servida y adorada de todo el  
 “ mundo, te haré el último sacrificio de mo-  
 “ rir á tus plantas.”

Al llegar aquí le embargáron la voz los sol-  
 lozos, y de allí á poco oímos la de Virginia  
 que le decia estas palabras, interrumpidas con  
 suspiros:

“ Tú eres precisamente la causa de mi par-  
 “ tida.... tú, á quien he visto diariamente en-  
 “ corvado baxo del peso del trabajo para  
 “ sustentar á dos familias enfermas y necesita-  
 “ das. Si yo he abrazado esta ocasion de ser  
 “ rica, no es sino para pagarte mil veces los  
 “ beneficios que hemos recibido de tu mano:  
 “ ¿hay fortuna comparable á la de tu amistad?

“ A que

“ ¿ A que vienes hablarme de tu nacimiento ?  
 “ Ah ! ¿ si me diesen á elegir un hermano,  
 “ elegiria otro que á tí ? ¡ Ay, Pablo, Pablo !  
 “ cree á tu hermana que te habla con el cora-  
 “ zon en las manos, y te asegura que si parte,  
 “ es precisamente por obedecer á su madre, y  
 “ hacerte á tí feliz.”

“ Yo iré contigo, Virginia, iré contigo, y no  
 “ habrá quien pueda separarme de tí,” exclamó entón-  
 “ ces Pablo con gritos muy desaforados. Corrimos todos á él viéndole como fue-  
 “ ra de sí, y madama de la Tour le dixo :  
 “ ¿ Que sera de nosotras, hijo mio, si tú  
 “ nos desamparas ?”

Al oír aquello, Pablo repitió, como horro-  
 “ rizado, estas palabras : hijo mio !... hijo mio !  
 “ .... y volviéndose repentinamente á madama  
 “ de la Tour, le dixo : “ ¿ Vos, madre mia,  
 “ siendo tan inhumana que separais al herma-  
 “ no de la hermana ? Los dos hemos mamado  
 “ vuestra leche, nos hemos criado en vuestro  
 “ regazo, ¿ y quereis ahora separarla de mi ?  
 “ ¿ quereis enviarla á ese pais bárbaro,  
 “ que os ha negado un asilo en vuestros  
 “ infortunios, y entre unos parientes que con  
 “ crueldad inaudita os han abandonado ? No :  
 “ Virginia no saldrá de aquí sin mí. ¿ Quien  
 “ me podrá estorvar que yo la siga ? ¿ Acaso  
 “ el gobernador ? pero no podrá impedirme  
 “ él

“ él que me arroje al mar, y la siga á nado.  
“ Para mí no será mas funesto el mar que la  
“ tierra. Que crueldad de madre! el cielo  
“ permita que el océano á que la exponeis....

Y sin acabar de proferir lo que habia comenzado le tomó una especie de arrebató: yo le cogí en mis brazos y le ví enteramente enagenado de cólera. Sus ojos arrojaban llamas, y un sudor frio y muy copioso corria por todo su rostro inflamado; temblábanle las rodillas, y en su pecho abultado se le sentia latir el corazon con palpitaciones duplicadas.

Asustada Virginia con aquel espectáculo, le dixo: “ O amado Pablo! yo te prometo  
“ por tus males y los míos, de no vivir sino  
“ para tí, si me quedo; y si parto, de volver  
“ algun dia para ser tuya. Sedme testigos to-  
“ dos los que habeis dirigido los primeros pa-  
“ sos de mi infancia, que disponeis de mi  
“ vida, y veis mis lágrimas. Así lo juro por  
“ el cielo que me oye, por ese mar que voy  
“ á atravesar, por el ayre que respiro, y que  
“ nunca he manchado con la menor mentira.”

A la manera que el sol deshace y precipita una montaña de nieve de la cumbre del Apennino, así ni mas ni ménos se disipó la furia de Pablo, inmediatamente que oyó la voz del objeto de su amor. Su cabeza ántes erguida, se inclinó sobre el pecho, y un torrente de  
lágrimas



lágrimas corria de sus ojos. Su madre mezclando las suyas con las del hijo, le abrazaba tiernamente sin poder hablar; y madama de la Tour, sin saber lo que le pasaba, me decia: “ Ya no puedo sufrir mas.... el corazon se me  
“ parte de dolor.... este viage de mis pecados  
“ no se verificará; vecino, procurad llevaros  
“ á mi hijo.... ocho dias ha que nadie duerme  
“ en esta casa.”

Yo entónces le dixé á Pablo que se sosegase, pues á la mañana siguiente iríamos á ver al gobernador, y haríamos que Virginia se quedara: que dexase reposar á la familia, y fuese á pasar la noche á mi cabaña, pues eran ya mas de las doce. Con lo qual se dexó llevar sin la menor repugnancia, y despues de una noche muy agitada, se levantó al rayar el dia y se volvió á su cabaña.

Pero, ¿ que necesidad hay de continuar por mas tiempo (me dixo al llegar aquí el anciano) la relacion de este caso? En la vida humana solo hay un lado agradable que conocer, pues el otro se presenta obscuro y tenebroso como la parte de la tierra que no está iluminada por el sol durante la noche. Así que, el curso rápido de nuestra vida no es mas que un dia, y una parte de este dia está envuelta para nosotros en obscuridades.

Os suplico, buen amigo, le contesté, me continúeis la relacion del caso que habeis empezado á contarme de una manera tan tierna é interesante. Las imágenes de la felicidad nos agradan, pero las de la desgracia nos instruyen. Contadme, pues, el paradero del infelice Pablo.

El primer objeto, continuó el anciano, que se presentó á los ojos de Pablo al volver de mi casa, fué la negra María, que estaba sobre un peñasco mirando al mar alto : al punto que la descubrió, comenzó á gritarle de léjos : “ María, María ! donde está Virginia ? ”

La pobre María volvió la cabeza acia su jóven amo, y se puso á llorar. Inmediatamente que notó Pablo las lágrimas de María, volvió atras todo desaforado, y se encaminó al puerto apresuradamente, donde le dixéron que Virginia se habia embarcado ántes del alba, y no se divisaba ya la nave desde la bahía. Con tan inesperada noticia se volvió á la posesion, y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Aunque esta cordillera de riscos parece, de la parte de allá, que está casi perpendicular, esas explanadas verdes que dividen su altura, son como otros tantos pisos ó gradas por donde se sube, á favor de algunas sendas fragosas, hasta el pie de aquel cono inclinado é inaccesible

cesible llamado el Police. En la basa de este cono ó pirámide, hay un llano cubierto de espesos árboles y tan elevado, que parece como un gran bosque suspendido en los ayres, y está rodeado por todas partes de precipicios espantosos. Las nubes que la cima del Police atrae continuamente al rededor de sí, forman allí muchos arroyos que se despeñan á tal profundidad en el hondo del valle, situado á espaldas de esta montaña, que no se percibe desde la eminencia el ruido que hacen al caer sus aguas. Desde este llano se descubre una gran parte de la isla con sus collados dominados de varios picachos, entre otros Piterboth y los Tres Pechos con todos sus bosques y valles, y enfrente el vasto océano y la isla de Borbon, distante como quarenta leguas al ocaso.

Allí fué á donde Pablo dirigió los primeros pasos, desde cuya eminencia divisó en alta mar la nao conductora de Virginia, como un punto negro en medio del océano. Así se estuvo la mayor parte del dia sin dexar de mirarla, figurándosele que la veia, aun quando habia desaparecido, hasta que habiéndose ocultado del todo entre los vapores del horizonte, tomó el partido de sentarse en aquel sitio agreste y solitario, combatido siempre de los vientos, que agitan sin cesar las cimas de

las palmeras y tacamacos, cuyo susurro sordo, pero armonioso, se semeja al ruido de los organos tocados á lo léjos, é inspira una profunda melancolía. Allí fué donde yo le hallé con la cabeza reclinada en un peñasco y los ojos clavados en la tierra, despues de haber andado buscándole desde la salida del sol. Al principio me costó mucho trabajo el persuadirle que tornara á su cabaña ; pero al fin pude conseguirlo á fuerza de instancias. Llegamos á la posesion de su madre, y lo primero que hizo, al ver á madama de la Tour, fué quejarse muy amargamente de que ella le habia engañado.

Madama de la Tour muy contristada, nos refirió entónces que habiéndose levantado un viento favorable entre dos á tres de la mañana, el gobernador de la isla, acompañado de varios oficiales, y del confesor de quien se habló ántes, habia ido á buscar á Virginia en litera ; y que, á pesar de sus lágrimas y razones y de las de Margarita, se habian llevado á su hija mas muerta que viva, protestando el gobernador y los de su comitiva que aquello lo hacian por el bien de toda la familia.

A lo ménos, le contestó Pablo, estaria yo ahora mas tranquilo, si me hubiese despedido de ella. Yo le hubiera dicho : “ Virginia, si  
“ en el tiempo que hemos vivido juntos, se me  
“ ha

“ ha escapado alguna palabra que haya podido  
“ ofenderte, dime que me la perdonas ántes  
“ de dexarme para siempre. Le hubiera di-  
“ cho : Ya que estoy condenado á no volver  
“ á verte, á Dios, amada Virginia! á Dios!  
“ vive contenta y feliz léjos de mí !”

Y como en esto viese que su madre y ma-  
dama de la Tour lloraban hilo á hilo : “ Bus-  
“ cad ahora,” les dixo, “ otro que yo que en-  
“ xugue vuestras lágrimas !” Y al mismo  
tiempo, prorrumpiendo en tristes lamentos,  
se ausentó de su vista, y comenzó á vagar  
de una parte á otra por la posesion, recorrien-  
do todos los parages que habian sido mas que-  
ridos de Virginia, y diciendo á los corderos y  
cabritillos que le seguian balando : “ Que  
“ quereis de mí ? ya no veréis mas conmigo á  
“ la que os daba de comer en sus palmas !”

Se encaminó despues al sitio llamado el Re-  
creo de Virginia, y viendo á los paxaritos que  
revoloteaban al rededor de él, les decia : “ Po-  
“ bres avecitas ! ya no volvereis á ponerlos á  
“ las plantas de la que os echaba migas de pan  
“ y granos de trigo, para que no os faltase de  
“ comer.” Y viendo á Leal que iba delante  
de él meneando la cola y olfateando por todas  
partes ; dió un suspiro y dixo : “ Ah ! no te  
“ canses, pobre animalito, que ya no volverás  
“ á encontrarla jamas.”



Por último, fué á sentarse en la peña donde le habia hablado la noche precedente ; y á vista del mar, en que acababa de ver desaparecer el navio conductor de la prenda de sus entrañas, lloró amargamente su desgracia.

En este estado, temiendo nosotros alguna funesta resulta de la agitacion de su alma, le seguimos á todas partes sin perderle nunca de vista. Su madre y madama de la Tour se valian de las expresiones mas tiernas y afectuosas, para que su dolor no degenerase en desesperacion ; y al fin logró esta ultima tranquilizarle un poco, dándole los nombres mas propios para animar sus esperanzas, llamándole á boca llena su hijo, su amado hijo, su yerno, para quien tenia destinada su hija.

Por aquel medio logró madama de la Tour hacerle entrar en casa, y que tomase algun alimento. En efecto, se sentó con nosotros á la mesa, inmediato al sitio que ocupaba ántes la compañera de su niñez ; y como si todavía lo ocupara Virginia, le dirigia la palabra y le presentaba los manjares que sabia le eran mas gratos ; pero inmediatamente que reconocia su ilusion, echaba á llorar muy desconsolado.

En los dias siguientes anduvo juntando todo lo que habia servido al uso particular de Virginia, como los últimos ramilletes de flores que se puso, una taza de coco en que solia beber,

ber, y otros dices á este tenor; y como si aquellas reliquias de su amiga, fuesen las alhajas de mas precio de la tierra, las besaba y las metia en el seno. Finalmente, conociendo que su pena aumentaba la de su madre y de madama de la Tour, y que las necesidades de la familia pedian un trabajo continuado, se puso á ayudar á Domingo en los reparos y cultivo del jardin.

A poco tiempo, este jóven indiferente hasta entónces, como criollo, á todo lo que pasa en el mundo, me suplicó le enseñase á leer y escribir, para poder corresponderse por escrito con Virginia; y despues quiso instruirse en la geografía, para formar una idea del pais adonde iba á desembarcar; y en la historia, para conocer las costumbres de la sociedad en que habia de vivir. Sin duda que el origen del maravilloso arte de leer y escribir, se ha debido al afecto de dos amantes ausentes ó imposibilitados de comunicarse mútuamente sus ideas, por alguna dificultad insuperable.

El estudio de la geografía no agradó mucho á Pablo, porque en lugar de describir la naturaleza de cada pais, solo trata de explicarnos sus partes y divisiones, segun su respectivo estado político. La historia, en especial la moderna, tampoco le pareció mas útil; no hallando en ella mas que desgracias generales,

y periódicas, cuyas causas no llegaba á penetrar. Y así, como no encontraba en su lectura mas que guerras sin motivo ni objeto, intrigas secretas, y naciones sin carácter, preferia á los libros históricos, los de novelas y aventuras ; porque tratando con particularidad de los sentimientos é intereses de los hombres, le ofrecian algunas veces lances y situaciones parecidas á la suya. Por este motivo ningun libro le agradaba tanto como el Telémaco, por sus descripciones y pinturas de la vida campestre, y de las pasiones hijas del corazon humano. Muchas veces leia á su madre y á madama de la Tour, los pasages del Telémaco que le hacian mas impresion ; y entónces, agitado de dulces memorias, se le turbaba la voz y lloraba amargamente. Se le figuraba, que hallaba reunidas en Virginia la dignidad y virtud de Antiope, con las desgracias y la ternura de Euchâris.

Pero por otra parte, quedó enteramente escandalizado, leyendo las novelas del dia, llenas de máximas perjudiciales y libertinas ; y quando supo que las tales novelas contenian una pintura fiel de los usos y costumbres de las naciones de Europa, temió, no sin alguna apariencia de razon, que el corazon de Virginia se corrompiera y olvidara su cariño.

En efecto, se pasó mas de año y medio sin que madama de la Tour tuviese noticias de su tia ni de su hija, y solo por un medio extraño se sabia que Virginia habia llegado felizmente á Francia. Ultimamente, por una embarcacion que pasaba á las Indias, recibió una carta escrita de propio puño de Virginia, por la qual conoció desde luego que vivia infeliz, sin embargo de la circunspeccion y disimulo con que su amable é indulgente hija se explicaba en ella. Tengo tan presentes casi todas las palabras de esta carta, por lo bien que pintaba en ella su situacion y carácter, que voy á referiros la al pie de la letra.

“ Mi mas querida y estimada mamá,

“ Despues de mi llegada os escribí varias  
“ cartas de mi puño, y como á ninguna me  
“ habeis contestado, me temo no hayan llega-  
“ do á vuestras manos. Con la presente ten-  
“ go mejores esperanzas, en virtud de las  
“ precauciones que he tomado para daros no-  
“ ticia de mi persona, y recibirla igualmente  
“ de la vuestra.

“ ¡ Quantas lágrimas he derramado, amada  
“ madre mia, despues de vuestra separacion;  
“ yo que apénas habia llorado sino por los  
“ males.

“males de otros! Mi tia se quedó muy admirada á mi llegada, quando preguntándome las habilidades que tenia, le respondí que no sabia leer ni escribir: y replicándome ella, que era lo que habia aprendido en este mundo? le contesté que solo sabia gobernar una casa, y hacer vuestra voluntad: á lo que me dixo, que me habian dado una educacion de criada.

“Al dia siguiente de mi llegada, me puso en un gran colegio cerca de Paris, donde tengo maestros de todas clases, que me enseñan, entre otras cosas, la historia, la geografía, la gramática, las matemáticas y á montar á caballo; pero tengo tan poca disposicion para todas estas ciencias. que no me prometo hacer progresos con estos caballeros. Conozco que soy una pobre mujer de cortísimos alcances, como ellos suelen decir; sin embargo de esto, mi tia no lo lleva á mal, ántes bien me asiste con todo lo necesario, enviándome trages diferentes para cada estacion, y manteniendo dos doncellas destinadas á servirme, que están tan bien vestidas como las señoras de mas alto copete. Me ha hecho tomar el título de condesa, y dexar el apellido de La Tour, para mí de tanto aprecio como para vos, por la relacion que me habeis hecho de los gustos



“ gustos que mi difunto padre sufrió por ca-  
“ sarse con vos ; y en lugar de aquel apellido,  
“ me ha mandado usar del de vuestra familia,  
“ que tambien aprecio mucho, por ser el que  
“ vos usabais quando soltera. Viéndome en  
“ una situacion tan brillante, le he suplicado  
“ varias veces que os envíe algun socorro ;  
“ mas, ¿ como haré yo para significaros su  
“ respuesta ? Pero vos me habeis encargado  
“ que os diga siempre la verdad : me respon-  
“ dió, que un socorro moderado, para nada  
“ os alcanzaria, y que uno grande no haria  
“ mas que serviros de estorvo en el estado sen-  
“ cillo de vida que habeis elegido.

“ Bien procuré al principio daros noticia de  
“ mi persona, valiéndome de agena mano para  
“ escribiros ; pero como no tenia aquí sugeto  
“ de quien poder fiarme, me he aplicado noche  
“ y dia á aprender á leer y escribir ; y Dios  
“ ha querido hacerme la gracia de conseguirlo  
“ en cortísimo tiempo. Mis primeras cartas  
“ se las confié á las criadas que me asisten,  
“ para que os las dirigieran, y tengo sobrados  
“ fundamentos para sospechar que se las han  
“ remitido á mi tia. Esta vez me he valido  
“ de una colegiala, amiga mia, y os suplico  
“ me respondais, dirigiendo á ella la carta,  
“ baxo del adjunto sobrescrito ; pues mi tia  
“ me ha prohibido toda correspondencia fuera  
“ de

“ de casa, con el pretexto de que esto perjudi-  
“ caria, segun ella dice, á los altos pensamien-  
“ tos que tiene acerca de mí. No tengo mas  
“ visita que la suya y la de un caballero an-  
“ ciano, amigo de la tia, el qual, segun ella  
“ se explica, me profesa mucha aficion ; pero,  
“ á decir la verdad, yo no le profeso á él  
“ ninguna, aun quando yo fuese capaz de te-  
“ nerla á alguno.

“ Aunque vivo en medio de la opulencia,  
“ no puedo disponer de un maravedí. Dicen  
“ que el tener yo á mi disposicion oro y plata,  
“ me podria acarrear graves conseqüencias ; y  
“ así en el centro de las riquezas, estoy mu-  
“ cho mas pobre, que quando vivia en vues-  
“ tra compañía, porque nada tengo para poder  
“ dar á otros. Mis mismos vestidos son mas  
“ de mis doncellas, que mios, pues se los dis-  
“ putan ántes que yo los dexe. Luego que ví  
“ que las grandes habilidades que me ensena-  
“ ban, no me proporcionaban la satisfaccion de  
“ hacer el menor bien, me apliqué á la  
“ aguja, cuyo uso me habeis enseñado por  
“ dicha mia.

“ Ahí os envio varios pares de medias he-  
“ chas por mi mano, para vos y para mamá  
“ Margarita, un gorro para Domingo, y uno  
“ de mis pañuelos encarnados para María ;  
“ y en el mismo paquete van algunas semillas  
“ y pe-

“ y pepitas de las frutas de mis colaciones, con  
“ la simiente de toda suerte de árboles, que en  
“ mis ratos de recreacion he podido recoger en  
“ el jardin y bosque de este colegio: y al mis-  
“ mo tiempo, la grana de violetas, margaritas,  
“ azucenas, coquíllicos y escabiosas, que he  
“ cogido en los campos. En los prados de  
“ esta tierra hay flores mas bellas que en los  
“ nuestros, pero aquí no se hace ningun apre-  
“ cio de ellas.

“ Estoy segura de que así vos, como ma-  
“ má Margarita, recibiréis mas gusto con ese  
“ saquito de simientes, que con aquel grande  
“ de pesos, que ha sido la causa de nuestra se-  
“ paracion y de mis lágrimas. Será para mí  
“ de la mayor satisfaccion, el que tengais ma-  
“ ñana ú otro dia la complacencia de ver á los  
“ manzanos, crecer al lado de los bananos, y  
“ á las hayas entretexer sus ramas con las de  
“ los cocoteros. Así os parecerá que estais  
“ en la Normandía, que tanto amais.

“ Me encargasteis al partir os escribiera mis  
“ satisfacciones y mis pesares. Para mí no  
“ puede haber satisfaccion ni contento, ausen-  
“ te de vos; y por lo que toca á mis penas,  
“ procuro dulcificarlas acordándome que es-  
“ toy donde vos me habeis puesto por disposi-  
“ cion de la providencia. Pero lo que aquí  
“ mas me atormenta es que no oýgo hablar  
de

“ de vos, ni puedo hablar con nadie de cosa  
“ vuestra ; porque quando procuro sacar la  
“ conversacion sobre unos objetos que me  
“ son tan preciosos, me dicen mis doncellas,  
“ ó por mejor decir, las de mi tia, pues son  
“ mas tuyas, que mias : Señorita, acordaos  
“ de que sois francesa, y que debeis olvidar el  
“ pais de los salvages. Ah ! ántes me olvi-  
“ daré de mí misma, que olvidar la tierra en  
“ que nací, y donde vos vivis ! Este sí que  
“ es verdaderamente para mí pais de salvages,  
“ porque vivo tan sola, que ni aun tengo una  
“ persona á quien poder manifestar el amor  
“ que invariablemente os conservará hasta  
“ la sepultura, mi mas querida y adorada  
“ mamá.

“ Vuestra mas sumisa y amante hija,

VIRGINIA DE LA TOUR.

P. D. “ Recomiendo á la bondad de vues-  
“ tro corazon á María y Domingo, que se  
“ han esmerado tanto en cuidar de mi niñez ;  
“ y haced por mí quatro caricias á Leal, que  
“ me encontró en el bosque.”

Quedó Pablo muy admirado de ver que Virginia, acordándose hasta del perro, no hiciese

hiciese mencion de él en toda la carta; pero sin duda no sabia que por larga que sea la carta de una muger, jamas pone la cosa que mas tiene en la idea sino al fin. En efecto, despues de la primera post-data, hablaba á parte de Pablo, y le recomendaba particularmente las semillas de la escabiosa y de la violeta, explicándole sus propiedades, y donde debian sembrarse. Acerca de lo qual hacia unas comparaciones muy análogas á la situacion de entrámbos, con respeto á los caractéres y propiedades de estas dos plantas. Quería que sembrase la violeta en los bordes de la fuente, al pie de su cocotero, porque requiere humedad; y la escabiosa, que crece siempre en parages ásperos y combatidos de los vientos, en la peña donde se habian hablado la última vez; mandándole, que en memoria suya le pusiese el nombre de Peñasco de la Despedida.

La carta de esta sensible y virtuosa jóven, hizo derramar muchas lágrimas á toda la familia. Su madre le respondió en nombre de todos, que permaneciera en Francia, ó volviera á esta isla, á su arbitrio, asegurándole que todos habian perdido la mejor parte de su felicidad con su partida, y que ella particularmente estaba inconsolable.



Pablo le escribió una carta muy larga, en que le prometía hacer todo lo que le prevenía; y al mismo tiempo le enviaba cocos de su fuente, bien sazonados y maduros. Le ofrecía hermohear el jardín, y entreverar las plantas de la Europa con las del Africa, “agregándoles, decía él, alguna otra semilla de esta isla, para que el deseo de volver á ver sus frutos, te estimule á dar prontamente la vuelta.” Finalmente, concluía la carta suplicándole condescendiese quanto ántes con los ardientes deseos de su familia, y los suyos en particular, pues él no podría tener en adelante ningun gusto ausente de su vista.

Sembró Pablo con el mayor esmero las sementeras europeas, y particularmente las de la escabiosa y violeta, cuyas flores parecían tener alguna analogía con el carácter y situación de Virginia; pero fuese que se desvirtuasen en la travesía de Europa á aquí, ó mas bien que el clima de esta parte del Africa no fuese favorable á su vegetacion, saliéron muy pocas, y aun estas no llegaron á punto de madurez.

En este mismo tiempo, la envidia, (la qual hasta se anticipa á las dichas de los hombres, sobre todo en las colonias francesas), difundió en la isla ciertos rumores que daban mucha inquietud á Pablo. La tripulacion del buque que traxo la carta de Virginia, aseguraba que quedaba

quedaba para casarse, y aun nombraban al señor de la corte que habia de ser su esposo; propasándose algunos á decir, que la cosa era ya hecha, y que ellos mismos habian asistido al desposorio.

Pablo despreció al principio las noticias traídas por una embarcacion de comercio, que regularmente las esparce falsas en todos los lugares de su tránsito; pero como muchos colonos de la isla se apresurasen á lamentarse de semejante caso, por una compasion mal entendida, comenzó á dar algun crédito á la especie. Por otro lado, como en algunas de las novelas que habia leído, veia la traycion tratada de juguete y pasatiempo; y sabiendo que en semejantes libros se pintan fielmente las costumbres europeas, temió que la hija de madama de la Tour, pervertida en Francia con el exemplo, olvidase sus promesas antiguas. Las ideas que habia adquirido, le hacian ya infeliz.

Pero lo que acrecentó en extremo sus temores, fué que de quantas embarcaciones llegaron á este puerto en el discurso de seis meses, ninguna traxese noticia de Virginia. En tan dolorosa situacion, el infeliz Pablo, entregado á las agitaciones de su corazon, iba á verme á menudo para confirmar ó desechar

sus recelos, por la experiencia que tengo del mundo.

Yo vivo, como os he dicho, legua y media de aquí, á las orillas de un riachuelo, que corre á la falda de la Montaña-Larga, donde paso mi vida, solo, sin muger, sin hijos y sin esclavos.

Despues de la rara felicidad de encontrar una compañera que sea bien acomodada al genio propio, el estado ménos desgraciado de la vida, es, en mi opinion, el de vivir solo. Todo hombre que ha tenido muchos motivos para quejarse de las injusticias de los otros hombres, busca la soledad; y es cosa muy digna de notarse, que las naciones desgraciadas por sus opiniones, por sus costumbres, ó por sus leyes, han producido clases numerosas de ciudadanos absolutamente consagrados á la soledad y al celibato, como en otro tiempo los Egipcios en su decadencia, los Griegos del baxo Imperio, y en nuestros dias los Indios, los Chinos, los Griegos modernos, y la mayor parte de los pueblos orientales. La soledad restituye al hombre á la felicidad natural, alejándole de los males de la sociedad. En medio de tantos errores y preocupaciones, como dividen á los mortales, el alma está en perpetua agitacion, volviendo y revolviendo continuamente dentro de sí misma mil opi-  
niones

niones turbulentas y contradictorias, con que procuran sojuzgarse unos á otros los miembros de una sociedad ambiciosa y miserable. Pero en la soledad se desnuda de estas ilusiones extrañas que la perturban, y vuelve á adquirir el sentimiento íntimo de sí misma, de la naturaleza y de su autor: bien así como el agua cenagosa de un torrente que inunda los campos, derramándose en alguna hoya apartada de su curso, depone allí en el fondo sus impurezas, recupera su primera claridad, y volviéndose transparente, reflexa sus propias márgenes, el verdor de los campos y la luz de los cielos.

Ademas la soledad restablece la armonía del cuerpo, igualmente que la del alma. Entre los solitarios de todos tiempos se encuentran hombres de edad muy avanzada, por exemplo, los Bracmanes de la India. En suma, yo la considero tan necesaria para la felicidad, aun en medio del mundo, que me parece imposible lograr en él ningun-placer durable, de qualquiera clase que sea, ni que el hombre arregle su conducta, conforme á algun principio estable, si no se forma dentro de sí mismo un retiro, del qual no salga sino muy rara vez su opinion, y dondé la de otro tenga muy poca entrada.

No quiero decir con esto que el hombre haya de vivir absolutamente aislado y solo : está unido con todo el género humano por sus necesidades, y por consiguiente debe sus trabajos á los hombres, y se debe tambien él mismo á lo restante de la naturaleza. Quiero dar á entender únicamente, que habiéndonos dado Dios á cada uno, órganos perfectamente proporcionados á los elementos del globo que habitamos, pies para la tierra, pulmones para el ayre y ojos para la luz, (sin que podamos nosotros invertir el uso de estos sentidos) se ha reservado para sí solo, como autor de la vida, el corazon, que es el principal órgano de ella.

Paso, pues, mis dias léjos de los hombres, á los cuales he querido servir, y me han perseguido. Despues de haber corrido una gran parte de la Europa, y algunas provincias del Africa y América, me he fixado en esta isla poco habitada, seducido de la benignidad del clima y de sus soledades. Una cabaña que yo mismo he levantado al pie de un árbol, un huertecito desmontado y cultivado por mis manos, y un rio que pasa por delante de mi puerta, es todo lo que me basta para mis placeres y mis necesidades.

Agrégase á estas satisfacciones la de tener algunos buenos libros que me enseñan á ser  
cada



cada dia mejor, haciendo por otra parte contribuir á mi felicidad el mundo mismo que he dexado, con las pinturas que me presentan de las pasiones que tiranizan miserablemente á sus habitantes ; y por el cotejo que hago de su suerte con la mia, me proporcionan el deleyte de gozar de una felicidad negativa. Como un hombre que se ha salvado en un peñasco de los peligros de un naufragio, contemplo desde mi soledad las borrascas que braman en lo restante de la tierra ; y aun se aumenta mi serenidad en razon de la distancia de sus bramidos. Desde que no trato á los hombres, ni sus intereses se cruzan con los mios, los compadezco, en lugar de aborrecerlos ; y si encuentro á algun desgraciado, procuro ayudarle con mis consejos, bien como aquel que pasando por las orillas de un rio, y viendo ahogarse en él á otro infeliz, le tiende la mano para que se salve.

Pero yo no he encontrado sino á la inocencia atenta á mi voz. En valde llama la naturaleza á todos los hombres á la inocencia : cada uno se forma una imágen de ella, y la reviste con sus propias pasiones : persigue toda la vida á esta fantasma de su imaginacion que le extravía, y se complace despues en el cielo de las ilusiones que él mismo se ha forjado. Entre un número considerable de desgraciados á quienes

quienes algunas veces he intentado reducir al camino de la naturaleza, ni uno solo he encontrado que no estuviera embriagado con sus propias miserias. Me escuchaban al principio con atencion, esperando sin duda que mis lecciones les ayudarian á adquirir gloria ó riquezas; pero viendo que mi único fin era enseñarles á saber pasar sin estas dos cosas, me tenían á mí mismo por un miserable, porque no corria en pos de sus dichas cuitadas: vituperaban mi vida solitaria: pretendian persuadirme que solo ellos eran útiles á los hombres, y se afanaban por arrastrarme al torbellino de sus proyectos vanos.

Pero, aunque me comunico á todo el mundo, no me entrego á nadie, porque me basta la propia experiencia para servirme de leccion en el estado en que me hallo. Repaso en la tranquilidad presente las agitaciones pasadas de mi propia vida, á que he dado tanta estima, las protecciones, la fortuna, la reputacion, los placeres y las opiniones que se hacen la guerra por toda la tierra. Comparo tantos hombres como he visto disputarse con furor estas quimeras, que ya no existen, á las olas de mi rio que se estrellan espumando contra las peñas de su canal, y desaparecen para no volver jamas. Por lo que á mí toca, me dexo llevar mansamente de la corriente del rio del tiempo,  
acia

acia el océano de la eternidad que no conoce playas; y con el espectáculo de las armonías actuales de la naturaleza, me elevo á su autor, y espero mas venturosa suerte en la vida perdurable que nos aguarda.

Aunque desde mi cabaña, situada en el centro de un bosque, no se descubre tanta multitud de objetos como nos proporciona ver la elevacion del sitio donde nos hallamos, hay sin embargo situaciones deliciosas, particularmente para el hombre, que como yo, prefiere reconcentrarse en sí mismo, á disiparse acia fuera. El rio que corre por delante de mi puerta pasa en linea recta por medio del bosque, y presenta á la vista un largo canal sombreado de árboles de toda suerte de hojas. Allí hay tacamacos, olivos, ébanos, manzanos silvestres y árboles de la canela; sotos de palmeras elevan acá y allá sus troncos pelados, y de mas de cien pies de elevacion, que rematan en un ramillete de palmas, y figuran, por encima de los otros árboles, como una floresta plantada sobre otra floresta. A esto se juntan las lianas ó enredaderas de diferentes géneros de follage, que enlazándose de un árbol en otro, forman aquí galerías de flores, y mas allá largos cortinages de verdor. Es tal la fragancia que sale de la mayor parte de estos árboles, y tan pegajoso el olor aromático que exhalan,

exhalan, que el hombre que atraviesa la floresta, despide de sí un perfume agradable, algunas horas despues de haber salido de ella. En la estacion en que se visten de flor, diriais que estaban medio cubiertos de nieve. Al fin del estío, varias especies de páxaros extrangeros vienen, por un instinto incomprehensible, de regiones desconocidas de la otra parte de los vastos mares, á recoger las simientes de los vegetales de esta isla, y oponen el brillo de sus colores, al verdor de los árboles, que comienza á pardear con la fuerza del sol. De este género son, entre otros, varias especies de papagayos y las palomas azules, llamadas aquí palomas olandesas. Los monos habitantes domiciliados de estas florestas, triscan y juguetean en sus sombrías ramas, de las cuales solo se distinguen por su piel verde-gris y su cara enteramente negra : unos se suspenden de ellas por la cola, y se columpian en el ayre ; otros brincan de rama en rama con sus hijitos en los brazos.

La escopeta matadora nunca ha amedrentado con su estruendo á estos apacibles hijos de la naturaleza ; ni se oyen mas que chillidos de alegría, trinos y gorgoros desconocidos de algunos páxaros de las tierras australes, que repiten á lo léjos los ecos de estos bosques. El rio que corre borbotando sobre una madre de roca,

roca, por media de los árboles, reflexa acá y allá en las cristalinas aguas sus venerables masas de verdor, y sombra, igualmente que los retozos y juguetes de sus dichosos moradores; y precipitándose á mil pasos de allí, por las diferentes alturas de un peñasco, forma una cascada ó tabla de agua tersa como el cristal que se divide al caer en cuajarones de espuma. Mil ruidos confusos salen de estas aguas tumultuosas, que dispersados por los vientos en la floresta, ora se alejan, ora se acercan todos á un tiempo y aturden los oidos, como el sonido de las campanas de una catedral. El ayre continuamente renovado con el movimiento de las aguas, conserva en las orillas de este rio, á pesar de los ardores del estío, una frondosidad y frescura que rara vez se encuentra en esta isla, aun en la cumbre de las montañas.

A cierta distancia de allí, hay una roca bastante distante de la cascada para que el ruido de sus aguas no aturda los oidos, y bastante inmediata para deleytarse con su vista, con su frescura y su murmullo. A la sombra de este peñasco soliamos ir á comer alguna vez, en tiempo de los calores excesivos, madama de la Tour, Margarita, Virginia, Pablo y yo; y como Virginia dirigia siempre sus acciones, aun las más comunes, al bien de otro, jamas comia



comia una fruta en el campo, que no sembrara en la tierra su hueso ó su pepita, diciendo :  
“ De aquí nacerán árboles que darán sus frutas á algun caminante, ó á lo ménos á un paxarito.”

Un dia, pues, que comió una papaya al pie de aquella roca, enterró, segun costumbre, sus pepitas, de las quales salieron de allí á poco muchos papayos, entre ellos una hembra, que son las que llevan fruto. La altura de este árbol no excedia de la rodilla de Virginia, quando se verificó su partida; mas como crece mucho en corto tiempo, tenia ya veinte pies de alto al cabo de dos años, y su tronco estaba coronado en la parte superior con varios órdenes de papayas, perfectamente sazoadas. Acercóse Pablo un dia por casualidad á aquel sitio, y se llenó de gozo al ver un árbol tan crecido, producido por una pepita que él habia visto sembrar á Virginia; y al mismo tiempo le entró una tristeza profunda con este testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos habitualmente nos dan lugar á medir la rapidez de nuestra vida, porque envejecen con nosotros con una vejez insensible; pero los que vemos de repente despues de algunos años de ausencia, nos advierten á primera vista la velocidad con que corre el rio de nuestros dias. La vista del papayo

papayo cargado de fruta, causó en Pablo aquella sorpresa, que por lo comun experimenta un viagero, quando volviendo á su patria despues de muchos años, no encuentra vivos á sus contemporáneos, y ve á los hijos de estos, que él habia dexado mamando, hechos padres. Ya le daban impulsos de cortarle por el pie, porque su vista le hacia demasiado sensible el largo tiempo que habia pasado desde la partida de Virginia; y ya considerándole como un monumento de su beneficencia, besaba su tronco y le dirigia palabras dictadas por el amor y la tristéza.

— ¡O árbol, cuya posteridad subsiste todavía en mi floresta, yo mismo te he mirado con mas interés y respeto que á los arcos triunfales de la antigua Roma! ¡Permita el autor de la naturaleza, que destruye cada dia los monumentos de la ambicion mundana, se multipliquen en nuestras florestas los de la beneficencia de una doncella pobre y malhadada!

Estaba yo seguro de encontrar á Pablo al pie de este papayo, quando venia por mi posesion; y habiéndole visto un dia penetrado de melancolía, tuve con él una conversacion, que voy á referiros, si no os son demasiado enojosas mis largas digresiones, perdonables á mi edad y á mis últimas amistades.

“Estoy muy pesaroso,” me dixo luego que me senté á su lado, “porque hay ahora dos años y dos meses que se marchó Virginia, y se han pasado ocho meses y medio sin que nos haya escrito; como es rica y yo pobre, sin duda me ha olvidado. Deseo embarcarme, y pasar á Europa, por ver si allí hago fortuna por algun camino, para pedírsela á su tia en matrimonio y vivir feliz en su compañía.”

“La Europa, hijo mia,” le contesté, “está abismada en los vicios mas contrarios á su felicidad, y á tí te falta dinero y proteccion, para poder hacer figura en ella: eres pobre y no tienes ningun arrimo.”

“Es verdad,” me replicó, “pero quizá hallaré algun poderoso que quiera protegerme y darme la mano.”

“Para lograr la proteccion del poderoso,” le respondí, “es necesario contribuir á su ambicion ó á sus caprichos; y tú á ninguna de estas dos cosas te avendrias.”

“Teneis razon,” me dixo; “pero portándome yo como debo, siendo fiel á mis palabras, exâcto en mis obligaciones y constante en la amistad, me haré acreedor á que alguno de ellos me adopte por hijo, como he visto se usaba antiguamente en las historias  
“ de

“de otros tiempos que me habeis dado á leer.”

“No tiene duda,” le respondí, “que así se usaba entre los Griegos y Romanos; pero ya no estamos en aquellas edades, en que el mérito merecia el respeto de los poderosos.”

“Pues bien,” me replicó; “en defecto de un poderoso procuraré agregarme á algun cuerpo científico, cuyas opiniones adoptaré en un todo, y me haré estimar de sus individuos.”

“En lugar de adquirirte estimacion,” le dixé, “te grangearás odio y envidia, á no ser que sufoques los gritos de tu conciencia por trepar á la cumbre de la fortuna. Por otra parte, los cuerpos se interesan muy friamente en el descubrimiento de la verdad. Para los ambiciosos toda opinion es indiferente, con tal que á ellos les trayga utilidad y ventajas.”

“Eso no lo haré yo jamas!” exclamó entonces: “todo mi conato será buscar siempre la verdad. Soy muy desgraciado,” continuó, “pues se me cierran todos los caminos para llegar á la posesion de lo que mas estimo, y me veo condenado á pasar mi vida en un trabajo obscuro, ausente de Virginia.” Y al decir esto, dió un suspiro muy profundo.

“Sea

“ Sea Dios tu único protector, hijo mio, y  
 “ el género humano tu cuerpo,” le contesté con  
 prontitud: “ ama á los dos constantemente, y  
 “ desprecia la proteccion de los particulares.  
 “ Las familias, los cuerpos y los pueblos, tie-  
 “ nen sus pasiones y sus preocupaciones, que  
 “ exígen vicios en quíen las haya de contem-  
 “ plar. Dios y el género humano no nos pi-  
 “ den sino virtudes.”

“ Pero ¿ por que quieres,” proseguí, “ distin-  
 “ guirte del comun de los hombres? Ese de-  
 “ seo no es natural, pues si lo fuese, cada  
 “ hombre estaria en estado de guerra con su  
 “ semejante. Conténtate con cumplir con tus  
 “ obligaciones en el estado en que te ha colo-  
 “ cado la providencia: bendice tu suerte, que  
 “ te permite obrar conforme á tu conciencia,  
 “ y que no te precisa, como á los grandes, á  
 “ poner su felicidad en la opinion de los infe-  
 “ riores, como á los inferiores, á cometer  
 “ baxezas y adular á los grandes para tener  
 “ que comer. Tú estas en un pais y en una  
 “ condicion en que no necesitas para subsistir,  
 “ ni engañar, ni adular, ni envilecerte, como  
 “ lo hacen la mayor parte de los que en Europa  
 “ aspiran á la fortuna; en que no te ves preci-  
 “ sado por razon de tu estado á ocultar la ver-  
 “ dad; en que puedes ser impunemente bueno,  
 “ veraz, sincero, instruido, sufrido, moderado,  
 “ casto,



“ casto, indulgente y piadoso, sin que tu vir-  
“ tud, que todavía comienza á florecer, se  
“ marchite con alguna flaqueza que te haga  
“ ridiculo á los ojos del mundo y de la posteri-  
“ dad. El cielo te ha concedido libertad, salud,  
“ una buena conciencia y amigos verdaderos :  
“ harto ménos felices son los grandes de la  
“ tierra, cuyo favor deseas !”

“ Ah !” exclamó, “ todo me importa poco  
“ faltándome Virginia! Pero ¿ que haré yo  
“ para lograr la posesion de lo que mas amo ?  
“ Supuesto que su tia la quiere casar con un  
“ hombre de mérito y circunstancias, me pon-  
“ dré á estudiar para ser sabio y adquirir cré-  
“ dito : con el estudio y la sabiduría serviré  
“ útilmente á mi patria, sin perjuicio de otro :  
“ me haré célebre por este camino, no depen-  
“ deré de nadie, y me deberé á mí solo esta  
“ gloria.”

“ Ay ! hijo mio,” le respondí : “ los talen-  
“ tos todavía son mas raros que las riquezas ;  
“ y no tiene duda que son de una naturaleza  
“ superior, por quanto nadie nos los puede ro-  
“ bar, y porque nos grangean ademas la esti-  
“ macion pública en toda la redondez de la  
“ tierra ; pero cuestan muy caros. Es nece-  
“ sario privarse del sosiego y del reposo para  
“ adquirirlos, padecer las persecuciones de la  
“ envidia, y vivir en cierto modo fuera del

“ Por otra parte, la célebridad de las letras es  
“ demasiado tempestuosa y difícil de adquirir.  
“ Acuérdate de la suerte que han tenido la  
“ mayor parte de los filósofos de la antigüedad.  
“ Homero, cuyos versos son tan divinos,  
“ anduvo pidiendo limosna de puerta en  
“ puerta. Sócrates, que con sus palabras y  
“ exemplo predicaba la moral á los Atenien-  
“ ses, fué envenenado juridicamente por ellos.  
“ Su discípulo Platon se vió reducido á la  
“ clase de esclavo por órden del mismo príncipe  
“ que le protegía; y anteriormente á ellos,  
“ el célebre Pitágoras fué quemado vivo por  
“ sus paysanos los Crotonienses. Que digo  
“ yo! la mayor parte de estos nombres ilus-  
“ tres han llegado desfigurados hasta nosotros  
“ por los mordaces tiros de la sátira con que  
“ la ingratitud humana se complace en caracterizarlos,  
“ y si entre tantos como ha habido, la gloria  
“ de algunos ha llegado pura y sin man-  
“ cilla hasta nosotros, es porque viviéron lójós  
“ de sus contemporáneos en la abstraccion y  
“ retiro de los negocios públicos, pareciéndose  
“ en esto á aquellas estatuas desenterradas en  
“ los campos de la Grecia y de la Italia, que  
“ por haber estado sepultadas en el seno de la  
“ tierra, se han libertado del furor de los bár-  
“ baros. A vista de estos exemplares, ¿quien  
“ se lisonjeará de ser útil á los hombres ilus-  
“ trándolos,

“trándolos? ¿quien se prometerá tener todas  
“las calidades, todas las virtudes que son ne-  
“cesarias en la carrera de las letras, hasta estar  
“dispuesto á sacrificar los bienes de la fortuna  
“y aun la propia vida?”

“Pero, bien,” me interrumpió, “vos que  
“teneis tanta sabiduría y experiencia de las co-  
“sas, ¿no me diréis si Virginia y yo nos  
“casarémos algun dia? Quisiera ser sabio  
“por conocer lo venidero.”

“¿Quien querria vivir, hijo mio,” le con-  
testé, “si conociera lo que está por venir?  
“Si una sola desgracia prevista nos causa tan-  
“tas inquietudes vanas, la vista de una cierta  
“emponzoñaria todos los dias que la prece-  
“diesen. No conviene profundizar demasiado  
“lo que nos rodea; y aun por eso el cielo que  
“nos da la reflexiôn para preveer nuestras ne-  
“cesidades, nos ha dado las mismas necesi-  
“dades para que pongamos coto á nuestra  
“reflexiôn.”

“Pues ¿que haré yo,” me preguntó, “pa-  
“ra obtener riquezas, y con ellas las dignida-  
“des y distinciones que puedan hacerme  
“acreditor á la mano de Virginia, segun las  
“ideas de su parienta? Iré á enriquecerme á  
“Bengala, y despues pasaré á Paris, á pedir-  
“la en matrimonio á su misma tia.”

“Como!

“ Como ! ” exclamé yo : “ ¿ tendrías entrañas para abandonar á tu madre y á la suya ? ”

“ Vos mismo, ” me replicó, “ me aconsejáis que me embarcara para la India. ”

“ Entónces estaba aquí Virginia, ” le contesté ; “ pero en el dia eres el único apoyo de su madre y de la tuya. ”

“ Virginia, ” me replicó, “ las socorrerá por medio de su parienta rica. ”

“ Los ricos, Pablo, ” le dixé, “ solamente reconocen por parientes á los que les dan honor y timbre en el mundo. ”

“ ¡ Que pais tan perverso la Europa ! ” exclamó : “ ¿ que necesidad tenia Virginia de ir á buscar una parienta rica ? Aquí vivia feliz y contenta, y allá sabe Dios si será desgraciada. ” Y diciendo esto, comenzó á llorar con la mayor amargura.

Volviendo en sí al cabo de un buen rato, exclamaba como si la tuviera presente : “ Torna, torna, Virginia, al pais donde has nacido, abandona tus palacios, tu fausto y tu grandeza : vuelve á estas breñas á la sombra de estas florestas y de nuestros cocoteros : dexa esos trages de señora, y vuelve á estas cabañas engalanada con tu vestido de coton, tu pañuelo encarnado al rededor de  
“ la



“ la cabeza, y tus flores bellas cogidas por mi  
“ mano en estas praderias.”

Despues de estas exclamaciones, quedó como enagenado y en una especie de abatimiento de ánimo que á mí mismo me hizo enternecer ; y saliendo de él repentinamente como quien despierta de un sueño inquieto y turbulento, se encaró á mí y me preguntó con ayre de sorpresa.

“ ¿ Que necesidad hay de ser rico, para casarse ? ¿ no bastaba que hubiera union de voluntades, conformidad de genios y disposicion en el hombre para ganar de comer con el trabajo de sus manos ? ¿ en que se ocupan los ricos ?”

“ En vivir en la opulencia,” le respondí, “ sin que hagan nada la mayor parte de los que poseen muchos bienes de fortuna. El trabajo de manos no tiene en Europa todo el aprecio que merece, y que el mismo Dios le dió quando condenó al hombre á vivir del sudor de su rostro ; y aun se le da el nombre de trabajo mecánico. Conforme á este modo de pensar, los europeos suelen apreciar mas á un artista que á un labrador, sin embargo de que la agricultura es el arte que sustenta á los hombres.” “ No es posible que comprendas tamaña contradiccion,” querido Pablo, “ opuesta á los principios de la  
“ razon,



“razon, y consecuencia forzosa de la depra-  
“vacion del hombre civil. Es fácil formar  
“una idea exâcta del órden, mas no del de-  
“sórden: la belleza, la virtud y la felicidad  
“tienen proporciones; la fealdad, el vicio y la  
“infelicidad no tienen ninguna.”

“Segun eso,” me interrumpió, “¿serán  
“muy felices los ricos, no encontrando nin-  
“gun obstáculo para el logro de sus capri-  
“chos, y pudiendo colmar de gustos y satis-  
“facciones al objeto de su cariño?”

“No por cierto,” le respondí: “bien léjos  
“de eso la mayor parte de los ricos no gozan  
“de ningun placer, por lo mismo que no les  
“cuesta la menor diligencia. ¿No has expe-  
“rimentado que el placer del descanso se  
“compra con la fatiga, el de comer con el  
“hambre, y el de beber con la sed? Pues así  
“sucede en él de amar y ser amado, que solo  
“se adquiere á costa de mil privaciones y sa-  
“crificios. Las riquezas privan á los ricos de  
“todos estos placeres, porque se anticipan á  
“sus necesidades. Al disgusto, compañero  
“de su ahito y saciedad, se agrega el orgullo  
“que nace de su opulencia, y que la menor  
“privacion incomoda, al mismo tiempo que  
“no los mueven, ni lisonjean las mayores sa-  
“tisfacciones. La fragancia de mil flores no  
“agrada mas que un instante; pero el dolor que  
“causa

“ causa una de sus espinas, dura mucho tiempo despues de la picadura. Un mal en medio de las delicias, es para los ricos una espina entre las flores; y por el contrario, un bien en medio de los males, es para los pobres una flor entre las espinas, que ellos gozan con grande ansia y deleyte. La naturaleza todo lo ha contrapesado en este mundo, y los efectos de una causa se aumentan en proporcion de su contraste. ¿Que estado, habiendo de escoger, te parece preferible, el de temer todos los males y no tener casi ningun bien que esperar, ó el de no temer casi ningun mal y esperar todos los bienes? Pues el primero es el de los ricos, y el segundo el de los pobres. Pero los hombres con dificultad pueden soportar estos extremos; y así la felicidad consiste en un estado de medianía y de virtud; el tuyo es de esta clase, pues mantienes á tus padres con el trabajo de tus manos, por agradar á Dios únicamente.”

Con estas ideas quedaba tan complacido y sosegado, que ya daba por hecho el regreso de Virginia, y disculpaba su dilacion en escribir, suponiéndola ya en camino para la isla. La vuelta le parecia que podría verificarse en poco tiempo con un viento fresco, y contaba las naves que habian hecho la travesía de tres mil y quinientas

quinientas leguas de Europa á aquí, en ménos de tres meses; ponderaba lo adelantado que estaba en este siglo el arte de la navegacion, y la destreza de los marineros: hablaba de las disposiciones que iba á tomar para recibirla, y de la nueva cabaña que pensaba construir para habitacion de los dos: me decia que en llegando Virginia rica y poderosa, ya podia yo vivir descansado y sin trabajar, sino para mi recreo, pues con su dinero compraria muchos negros que cultivarian la tierra para todos nosotros, y viviríamos juntos, sin tener yo otra cosa en que pensar, mas que en divertirme y recrearme á mi gusto. Y fuera de sí de contento con estas esperanzas, iba á comunicar á su familia la alegría de que estaba penetrado su corazon.

En esta vida, los grandes temores se suceden de un instante á otro á las grandes esperanzas, y las pasiones violentas ponen siempre al alma en extremos opuestos. Regularmente volvía Pablo al dia siguiente á mi cabaña, sumamente triste y pensativo, y me decia: “Virginia no me escribe: si se hubiera embarcado para esta isla, me hubiera avisado de antemano el dia de su partida de Europa. Ah! demasiado fundadas son las noticias que han corrido! Sin duda la ha casado su tia con un gran señor, y el amor de las riquezas la  
“ ha

“ ha perdido á ella, como á otras muchas. En  
“ estos libros, que pintan tan al vivo á las mu-  
“ geres europeas, la virtud no es mas que un  
“ asunto de novela. Si Virginia hubiera sido  
“ virtuosa, no hubiera abandonado á su pro-  
“ pia madre y á todos nosotros. Miétras yo  
“ paso la vida pensando en su venida, y me  
“ aflijo por su ausencia, ella se divierte y me  
“ olvida. Ay de mí ! este pensamiento me tras-  
“ torna el juicio ! Todo trabajo me fastidia, y  
“ la conversacion y trato con las gentes me es  
“ enojoso. Oxalá se declarase la guerra en la  
“ India, para ir á exponer mi vida en ella !”

“ Hijo mio ;” le contesté yo, “ el valor que  
“ nos lleva á la muerte, no es mas que el valor  
“ de un instante, comunmente excitado por los  
“ vanos aplausos de los hombres. Otro hay  
“ mas raro y necesario, que nos hace sobrelle-  
“ var sin testigos ni aplausos los males ordi-  
“ narios de la vida : la paciencia, quiero decir.  
“ Esta se funda, no en la opinion de otros ó en  
“ el frenético furor de nuestras pasiones, sino  
“ en la conformidad con la voluntad de Dios.  
“ La paciencia, querido Pablo, es el valor de  
“ la virtud.”

“ Ay de mí !” exclamó á esto : “ con que  
“ tampoco tengo virtud ! todo contribuye á  
“ afligirme y llenarme de desesperacion.”

“ La virtud,” le interrumpí, “ siempre igual,  
“ siempre constante é invariable, no es el pa-  
“ trimonio del hombre despues de la caida  
“ original. En medio de tantas pasiones como  
“ nos agitan, nuestra razon se perturba y ob-  
“ scurece muchas veces ; pero hay dos fanales  
“ donde podemos encender su antorcha : la re-  
“ ligion y las letras. La religion, hijo mio, nos  
“ enseña á dirigirnos á Dios en nuestras aflic-  
“ ciones, y esperar de su mano el remedio,  
“ por medio de la conformidad y paciencia  
“ christianas, que él mismo nos recõmienda  
“ en su evangelio.”

“ Las letras son un don del cielo, y como  
“ un destello de aquella sabiduría que gobier-  
“ na el universo : semejantes á los rayos del  
“ sol, iluminan, alegran y calientan, á manera  
“ de un fuego divino, y á imitacion del fuego,  
“ hacen servir toda la naturaleza para nuestros  
“ usos. Por ellas reunimos al rededor de no-  
“ sotros las cosas, los lugares, los hombres y  
“ los tiempos : ellas son las que nos enseñan  
“ á conformarnos á las reglas de la vida huma-  
“ na, las que calman las pasiones, reprimen los  
“ vicios y excitan á las virtudes por medio de  
“ los augustos exemplos de los héroes, cuyas  
“ acciones celebran, presentándonos la imágen  
“ y memoria de sus virtudes, siempre en ve-  
“ neracion y acatamiento. En suma son las  
“ hijas



“ hijas del cielo, que baxan á la tierra, para  
“ dulcificar los males del género humano ; y  
“ en los tiempos de la mayor barbarie y depra-  
“ vacion, siempre han aparecido grandes escri-  
“ tores inspirados por ellas para consuelo de  
“ sus semejantes. Las letras han consolado á  
“ una infinidad de hombres mas desgraciados  
“ que tú ; á Xenophonte, desterrado de su  
“ patria, despues de haber conducido á ella  
“ diez mil Griegos victoriosos ; á Scipion, el  
“ Africano, cansado de las calumnias de los Ro-  
“ manos ; á Luculo, de sus partidos é intri-  
“ gas ; á Catinat, de la ingratitude de su corte.  
“ Lee, pues, hijo mio. Los sabios que  
“ han escrito ántes de nosotros, son como  
“ viageros que habiéndonos precedido en las  
“ sendas del infortunio, nos alargan la mano,  
“ y nos convidan á que nos unamos á ellos,  
“ quando todo nos abandone. Un buen libro  
“ es un buen amigo, cuya funcion augusta de  
“ hacer que resplandezca la virtud escondida,  
“ de consolar á los disgraciados, iluminar al  
“ mundo, y decir la verdad á todos sin dis-  
“ tincion, es siempre digna de su celestial orí-  
“ gen, y el destino mas sublime con que el  
“ cielo puede honrar á un mortal sobre la tier-  
“ ra. ¿ Que hombre habrá que no se consuele  
“ de la injusticia ó desprecio de los que dispo-  
“ nen á su arbitrio de la fortuna, quando con-  
“ sidere

“ sidere que sus obras irán de siglo en siglo, y  
“ de nacion en nacion para servir de barrera al  
“ error y la corrupcion de los mortales ; y que  
“ del seno mismo de la obscuridad en que ha  
“ vivido, resaltaré una gloria que borraré la  
“ de la mayor parte de los poderosos de la  
“ tierra, cuyos monumentos perecen en el ol-  
“ vido, á pesar de los aduladores que los elevan  
“ y ponderan ?”

Me oyó Pablo con toda la atencion que yo deseaba, aunque daba de quando en quando tristes y profundos suspiros ; y conociendo yo que el continuar hablando seriamente de semejante asunto seria inhabilitarle cada vez mas para que se dedicara al cultivo del campo, le distraje todo lo posible, diciéndole, que quando volviese Virginia extrañaria mucho no hallar el jardin bien cuidado, siendo así que ella no habia pensado mas que en hermosearle, á pesar de las persecuciones de su parienta y á tan larga distancia de su familia.

Este ardid y la idea del próxîmo regreso de Virginia, renováron el valor de Pablo, y le estimuláron á entregarse á sus ocupaciones campestres, las quales divertian sus penas representándole el objeto de su pasion, como el término inmediato de sus fatigas ; y mientras conservaba esta ilusion, era feliz trabajando.

Levantándose,

Levantándose, pues, una mañana al rayar el alba, que era el 24 de Diciembre de 1744, vió tremolar una bandera blanca sobre la montaña de la Atalaya; lo qual era señal de que se descubria una embarcacion en el mar, é inmediatamente que la avistó, corrió al puerto para saber si traia alguna noticia de Virginia. El práctico, que segun costumbre, habia ido á reconocer el buque, no volvió hasta por la tarde, y habiéndole esperado Pablo, supo que el navío señalado era el San Gerando, de porte de 700 toneladas, mandado por un capitan llamado Mr. Aubin: que estaba quatro leguas mar adentro, y no fondearia en Puerto-Luis hasta el dia siguiente por la tarde, si el viento soplabá favorable, pues á la sazón reynaba una profunda calma. Entregó el práctico al gobernador las cartas que traia de Francia el San Gerando, entre las quales habia una con el sobre para madama de la Tour, de letra de Virginia. Apoderóse Pablo de ella al instante, besóla con una especie de enagenamiento, metióla en el seno, y corrió á la posesion sin detenerse un minuto; y desde lo mas léjos que pudo avistar á los suyos, que le estaban esperando sobre el peñasco de la Despedida, levantó la carta en alto sin poder articular palabra.

Virginia decia en resúmen á su madre, en dicha carta, “que habia experimentado muy

“ malos tratamientos de parte de su tia, la qual,  
“ despues de haberla querido casar contra su  
“ voluntad, la habia desheredado por último,  
“ echándola de casa en un tiempo en que no  
“ se podia aportar á la isla de Francia, sino en  
“ la estacion de los huracanes ; que ella habia  
“ procurado, aunque en valde, ablandar su  
“ dureza, representándole lo que debia á su  
“ madre, y á los dulces recuerdos de la ni-  
“ ñez ; pero que la tia la habia tratado de loca  
“ y mentecata, añadiendo que tenia la cabeza  
“ pervertida con las novelas. Finalmente, con-  
“ cluia la carta diciendo, que á la sazón nada  
“ le interesaba tanto como la dicha de volver á  
“ ver y abrazar á su amada familia, cuyo ar-  
“ diente deseo hubiera satisfecho aquel mismo  
“ dia, si el capitan le hubiera permitido trans-  
“ bordarse á la lancha del práctico ; pero que  
“ se habia opuesto á ello, á causa de la distan-  
“ cia de la tierra y de la marejada, que no ob-  
“ stante la calma, comenzaba á correr en alta  
“ mar.”

Leida que fué esta carta, toda la familia enagenada de gozo, comenzó á gritar : “ Con  
“ que ha llegado Virginia ! ha llegado Virgi-  
“ nia ! ” Y dándose mutuos abrazos amos y criados, dispuso madama de la Tour, que fuera Pablo á darme parte sin tardanza de la venida de su hija. En efecto, encendió Do-  
mingo

mingo una hacha de viento, y se encamináron los dos á mi posesion.

Serian como las diez de la noche quando llegáron, á tiempo que yo acababa de apagar la luz y acostarme; pero al punto percibí á lo léjos el resplandor del hacha por entre las rendijas de mi cabaña, y de allí á poco oí la voz de Pablo que me llamaba. Apénas me habia levantado y vestido, quando Pablo, sin aliento y fuera de sí, se me echó al cuello, diciendo: “Vamos, vamos que ha llegado Virginia, vamos á prisa al puerto, donde fondeará la embarcacion al apuntar el dia.”

Inmediatamente nos pusimos en camino; y como atravesásemos el bosque de la Montaña Larga para tomar en el camino que va de las Pamplemusas al puerto, sentí pasos detras de mí, y volviendo la cabeza, ví que era un negro que venia acia nosotros en mucha diligencia. Habiéndole preguntado adonde iba con aquella apresuracion, nos respondió, que le enviaban desde la punta de la isla, llamada los Polvos de Oro, á dar parte al gobernador de que un navío frances habia anclado en la ensenada de la isla de Ambar, y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse mas, prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo



Yo entónces mudé de direccion, y dixé á Pablo que nos encamináramos á la punta de los Polvos de Oro, distante de allí poco mas de tres leguas, para salir al encuentro á Virginia; y en efecto, echamos á andar los tres acia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable, y la luna que acababa de salir, tenia en rededor tres cercos negros. El cielo presentaba un aspectò triste y horroroso; y al continuo resplandor de los relámpagos, se distinguían largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban acia el centro de la isla, y venian de la parte del mar con extraña velocidad, aunque no se sentia en la tierra el menor ayre. Yendo nosotros caminando, nos pareció que oíamos tronar de quando en quando; pero habiendo aplicado con mas atencion el oido, conocimos que eran cañonazos repetidos por los ecos. Estos cañonazos á lo léjos, y el aspecto de un cielo tempestuoso, me llenáron de horror, no quedándome ya duda de que eran señales de socorro de alguna embarcacion que naufragaba. De allí á media hora ya no oímos mas cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho mas espantoso, que el lúgubre estruendo que le habia precedido.

Nosotros acelerábamos el paso sin hablar palabra, ni atravernos á comunicarnos mútuamente.

mente nuestra zozobra; y á las doce de la noche, poco mas ó ménos, llegamos muy sudados á la ribera del mar, donde está la punta de los Polvos de Oro. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépito, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que deslumbraba la vista, y despidiendo de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas, distinguimos, á favor de tantos fuegos fosfóricos, las piraguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

A poca distancia, vimos una hoguera en el bosque, al rededor de la qual se habia juntado mucha gente, y nosotros fuimos á descansar allí, miéntras llegaba el dia. Estando sentados cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que despues de medio dia habia visto en alta mar una embarcacion, arrastrada por las corrientes acia la isla, y que la obscuridad de la noche se le habia ocultado por algun tiempo; que dos horas despues de puesto el sol habia oido cañonazos en demanda de socorro; pero que estaba el mar tan alborotado, que ninguna lancha habia podido salir del puerto; que de allí á poco le pareció que habia visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me temo (decia él) que atraida por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del Ambar, equivocando  
esta

esta con la punta de Mira, por donde pasan las embarcaciones que arriban á Puerto-Luis; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podia asegurar, el buque corria el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dixo que habia atravesado muchas veces el canal que separa la isleta del Ambar de la costa, y aun le habia sondeado; y que teniendo un anclage excelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor puerto: “Yo depositaria en “él,” añadió, “todo quanto tengo, y dormiria “á bordo con tanto sosiego como en tierra.”

El tercero dixo que era imposible que aquel buque hubiese entrado en el canal, donde apenas podian navegar las chalupas; y aseguró que le habia visto dar fondo de la parte de allá de la isleta del Ambar, de suerte que si se levantaba viento por la mañana, podria hacerse á la mar, ó tomar puerto como quisiese. Otros de la comitiva fuéron de diferentes dictámenes; y miéntras que altercaban entre sí, segun la costumbre de los criollos ociosos, guardá-bamos Pablo y yo un profundo silencio.

Permanecimos allí hasta la punta del dia, pero el cielo estaba tan obscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos descubrir en él ningun objeto, y solo columbramos á lo largo como una nube opaca, que nos dixéron era la isleta

isleta del Ambar, situada á un cuarto de legua de la costa. En suma, el dia era tan tenebroso, que no se percibia mas que el extremo de la playa, donde nosotros estabamos, y algunos picachos de las montañas de la isla, los quales se dexaban ver de quando en quando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

A eso de las siete de la mañana, oimos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al gobernador Mr. de la Bourdonais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de un gran número de criollos y negros; y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusilería. Apénas se hizo la descarga, quando advertimos en el mar una llamarada, seguida inmediatamente de un cañonazo; lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de nosotros. Corrimos todos velozmente acia el parage donde se habia oido el cañonazo, y descubrimos, por entre la niebla, el casco y arboladura de un gran navío, del qual estábamos tan cercanos, que sin embargo del ruido de las olas, oimos el pito del contra-maestre, que mandaba la maniobra y las voces de la tripulacion, que gritó por tres veces: Viva el Rey; porque este es el grito de los Franceses

Franceses en los mayores apuros, igualmente que en los grandes regocijos.

Desde el punto que el navío San Gerando nos vió en situacion de poderle socorrer, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. Mr. de la Bourdonais hizo encender grandes hogueras de trecho en trecho por toda la playa, y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones, víveres, tablones, cables y toneles vacíos. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos, acompañados de sus negros, con provisiones, xarcia, y otros utensilios de esta naturaleza, que venian de las habitaciones de los Polvos de Oro, del arrabal del Frasco y del rio del Baluarte.

Acercóse en esto uno de los mas ancianos al gobernador, y le dixo: “ Señor goberna-  
 “ dor, toda la noche se ha oido un ruido sordo  
 “ en las montañas: las hojas de los árboles se  
 “ menean en los bosques, sin que se sienta  
 “ ningun viento, las aves marítimas se refu-  
 “ gian á la tierra: sin duda que todas estas se-  
 “ ñales anuncian un huracan.” “ Como ha de  
 “ ser!” respondió el gobernador: “ venga lo  
 “ que Dios quiera, que á todo estamos dis-  
 “ puestos, y los del navío tambien lo estarán  
 “ por su parte.”

En efecto, todo presagiaba la próxîma explosion de un huracan. Las nubes que se distinguian



distinguían en el zenith, eran en su centro de un negro horrible, y de color de cobre en la circunferencia, y el ayre resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que á pesar de la obscuridad de la atmósfera, llegaban, de todos los puntos del orizonte, á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes de agua acompañados de truenos, se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritáron á una voz : “ El huracán, el “huracán !” é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento disipó la niebla que cubria la isleta del Ambar y su canal.

Descubrióse entónces claramente el San Gerando con toda su tripulacion encima de cubierta, baxadas las vergas y masteleros de las gavias, su pavellon ondeante y hecho giras, con quatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del Ambar y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circundan la Isla de Francia, por cuyo parage ningun otro navío habia pasado hasta entónces. Presentaba la proa á las olas que venian de mar adentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba su proa de tal forma, que se descubria toda la quilla, y zambulléndose

bulliéndose con este movimiento la popa, desaparecia á nuestra vista hasta las galerías, como si hubiera sido sumergida en las aguas. En esta posicion en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde habia entrado, ó barar, picando cables, en la playa, de la qual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venia á estrellarse contra la costa, se adelantaba bramando hasta las rias y ensenadas de las inmediaciones, llevando los guijarros mas de cincuenta pies tierra adentro; y retirándose despues, dexaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacia rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento, se embravecia por instantes, y todo el canal comprehendido entre la isleta del Ambar y esta isla, no era mas que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas; cuyas espumas se apiñaban en los recodos de las ensenadas hasta la altura de mas de seis pies, y el viento, que barria su superficie, las llevaba por encima del repecho de la playa, á las tierras apartadas mas de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, qualquiera diria que era una nevada que salia del mar. El horizonte ofrecia todas las señales de una tempestad duradera,

radera, y el mar parecia que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veian desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el zenith con la velocidad de las aves, miéntras que otras permanecian inmóviles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningun lado se descubria el azul del firmamento, y solo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz fúnebre y parada.

Con los terribles balances del navío, sucedió lo que se temia. Faltáronle los cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la playa. No se oyó entónces mas que un grito general de dolor entre nosotros. A este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, quando le detuve por el brazo, y le dixé “Hijo mio, “¿quieres ir á perecer?” A lo que exclamó: “Muera yo mil veces ántes que dexar de ir á “socorrerla!”

Como el sentimiento le privaba la razon, discurrimos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una soga larga, y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entónces Pablo acia el San Gerando, nadando una veces, y yendo otras á gatas por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones valor para llegar á su bordo; pues el  
mar

mar en aquellos movimientos irregulares, dexaba el navío casi en seco, de modo que se podia andar á pie todo al rededor de él. Pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubria de enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque, arrojaban mucho mas acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho y casi sin aliento.

Apénas recobraba el miserable jóven el uso de los sentidos, quando se levantaba y volvia con nueva intrepidez acia el navío, que los golpes de mar iban abriendo por instantes con horribles cruxidos. Toda la tripulacion desauiciada ya de poder salvar la vida en el buque, se precipitaba en tropel al mar, los unos en los gallineros, los otros en las vergas; y la mayor parte en toneles y tablones.

Vióse entónces el objeto mas digno de eterna compasion, que fué presentarse en la galería de popa del San Gerando, una jóven con los brazos tendidos acia aquel que hacia tantos esfuerzos por llegar á ella. Esta jóven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, expuesta á tan inminente peligro, acabó de consternar á todos los expectadores, particularmente quando

do

do advertimos que nos hacia señal con la mano, aunque con cierto ayre de nobleza y tranquilidad, como diciéndonos, á Dios para siempre. Todos los marineros se habian echado al agua, ménos uno que se conoçia intentaba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojándose con él al mar; mas ella resistiéndolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritáron entónces todos los concurrentes: “sálvala, sálvala; no la desampares!” Pero en aquel mismo instante, una montaña de agua se introduxo entre la isleta del Ambar y la costa, y se abalanzó bramando acia el navío, al qual amenazaba con sus flancos negros, y sus cimas espumosas y encrespadas. A tan terrible aspecto, el marinero se arrojó solo al mar; y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano los zagalejos, puso la otra sobre el corazon, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un ángel que remonta su vuelo acia el empireo..

O dia espantoso! ay de mí! todo fué sumergido. La ola hizo retirar muy tierra adentro á una parte de los espectadores, que por un sentimiento de humanidad se habian acercado á socorrer á Virginia, igualmente que al marinero que la quiso salvar á nado.. Aquel hombre caritativo, viéndose libertado de una muer-



te casi cierta, se arrodilló en la arena, y exclamó: “ O Dios mio! vos me habeis salvado  
“ la vida; pero la hubiera dado muy contento  
“ por esta modesta y virtuosa doncella que ja-  
“ mas ha querido desnudarse como yo.”

Domingo y yo retiramos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oídos. El gobernador mandó entregarle á los cirujanos; y entretanto nos pusimos á buscar por toda la playa el cuerpo de Virginia. Pero cambiándose repentinamente el viento, como sucede de ordinario en los huracanes, tuvimos el dolor de creer que ni aun podríamos tributar á esta malograda jóven los últimos honores de la sepultura. Con esta zozobra nos alejamos de aquel sitio llenos de la mayor consternacion y pena, no solo nosotros, sino todos los que fuéron testigos de un naufragio tan lastimoso, en que perecieron muchas personas, y particularmente una muchacha como Virginia, digna de mejor suerte por sus virtudes. Pero los decretos ocultos de la Providencia son siempre adorables para el hombre religioso.

En este intermedio fuimos á ver á Pablo que ya empezaba á recobrar el uso de los sentidos en una habitacion inmediata, donde le depositáron mientras volvía en sí, y se ponía en estado de ser conducido á la de su madre.

Pero

Pero yo tuve que volverme desde allí con Domingo, á fin de preparar á la madre de Virginia y á su amiga, á recibir la primera noticia de un fracaso tan inesperado como infausto.

Quando llegámos á la entrada del valle del rio de los Lataneros, nos dixéron unos negros que el mar arrojaba muchos despojos del San Gerando en la playa de enfrente. Baxámos al instante á ella, y uno de los primeros objetos que descubrí en la ribera, fué el cuerpo de Virginia, medio enterrado en la arena, y en la misma actitud en que acabábamos de verla perecer. Sus facciones no estaban sensiblemente alteradas: los ojos los tenia cerrados, aunque resaltaba todavía en su frente la serenidad, y solamente se veian confundidas en sus mexillas las pálidas violetas de la muerte, con las rosas del pudor. Tenia una mano sobre su ropa y la otra sobre el corazon; pero tan fuertemente apretados los dedos, que me costó mucho trabajo quitarle una caxita que tenia en ella. Mas ¡qual fué mi sorpresa quando ví que era el retrato de Pablo, á quien habia prometido no desprenderse de él hasta la muerte! Con este último testimonio de la constancia y amor de la infeliz Virginia, lloré amargamente; y Domingo golpéandose el pecho, penetraba el ayre con dolorosos ayres. Llevámos el cadáver á

una choza de pescadores, y se le dimos á guardar entretanto á unas pobres mugeres de la costa de Malabar, que cuidáron de lavarle.

Miéntas ellas se ocupaban en tan triste ministerio, subimos nosotros temblando á la cabaña de madama de la Tour, á quien encontramos rezando con Margarita, y esperando noticias del San Gerando. Luego, que me avistó madama de la Tour, exclamó: “¿Donde está mi hija, la hija querida de mis entrañas? ¿donde está mi Virginia?” Y no pudiendo dudar de su desgracia, por mi silencio y mis lágrimas, le asaltó repentinamente una mortal congoja, que embargándole la voz, no le permitia mas que sollozar. Margarita exclamó al mismo tiempo: “¿Donde está mi hijo? yo no veo á mi hijo!” y en esto se acongojó. Corrimos á socorrerla, y habiendo contribuido por nuestra parte á que volviera en sí, le aseguré que Pablo vivia, y quedaba al cuidado del gobernador; con cuya noticia recuperó sus sentidos, y solo se ocupó en la asistencia de su amiga, á quien asaltaban largas congojas. Por fin, madama de la Tour pasó toda la noche en aquellas crueles agonías, que por su mucha duracion me acabáron de confirmar que no hay dolor igual al dolor materno. Quando recobraba el conocimiento, fijaba sus ojos turbios y desconsolados en el cielo;

y por

y por mas que su amiga y yo la apretábamos las manos entre las nuestras, dándole los nombres mas cariñosos y tiernos, se mostraba insensible á estos testimonios de nuestra antigua amistad, y solo salian de su pecho oprimido sordos gemidos.

Por la mañana fué conducido Pablo á la habitacion de su madre, recuperados ya sus sentidos, aunque sin poder proferir una palabra. La primera vista con su madre y madama de la Tour, que tanto temia yo al principio, produjo mejor efecto que todas las precauciones tomadas por mí hasta entónces. Un rayo de consuelo se dexó ver en los semblantes de aquellas infelices madres, las quales arrimándose á él, le besáron y diéron muchos abrazos, comenzando á correr abundantemente sus lágrimas, que el exceso del dolor habia tenido embargadas hasta aquel momento. No tardó Pablo en mezclar las suyas con las de ellas; y habiéndose desahogado así la naturaleza en aquellas tres víctimas de la desgracia, un largo sopor se sucedió al estado convulsivo de su pena, que les proporcionó una especie de reposo letárgico, semejante, en cierto modo, al de la muerte.

Mr. de la Bourdonais me envió á decir reservadamente, que el cuerpo de Virginia habia sido conducido por orden suya á Puerto-Luis,

Luis, desde donde pensaba trasladarlo á la iglesia de las Pamplemusas. Baxé al instante al puerto, donde hallé congregados colonos de todos los puntos de la isla para asistir al entierro, como si todo el pais hubiera perdido la prenda de mas subido precio. Las naves de la bahía con las vergas cruzadas, y los pavellones tremolantes disparaban cañonazos de tiempo en tiempo; los granaderos abrian el camino del acompañamiento lúgubre con los fusiles á la funerala; sus tambores cubiertos de arriba abaxo de crespon negro sonaban sorda y melancólicamente, y se veia retratada la imágen de la tristeza en los semblantes de aquellos guerreros, que tantas veces habian arrostrado la muerte en la pelea, sin inmutarseles el color. Ocho doncellas de las mas principales de la isla, vestidas de blanco y con palmas en las manos, llevaban el cuerpo de su virtuosa compañera cubierto de flores. Seguías un coro de niños que entonaban himnos y cánticos de alabanzas; y en pos de ellos iban las gentes mas distinguidas de la isla, y el estado mayor de la plaza, presidido por el gobernador, que cerraba el acompañamiento, y una infinidad de personas del pueblo.

Esto fué lo que el gobernador dispuso para tributar los debidos honores á la virtud de Virginia; pero quando llegaron con el cuerpo al



al pie de esta montaña y á la vista de estas cabañas (que tanto tiempo habia hecho felices con su presencia, y ahora despues de su muerte causan mi mayor tormento), toda la pompa fúnebre se desordenó : los himnos y cánticos cesaron repentinamente, y no se oia mas que los gritos y lamentos de todos los concurrentes. Las madres pedian á Dios una hija como ella : las hijas una modestia y obediencia igual á la suya : los pobres una amiga tan tierna ; los esclavos una ama tan bondadosa y benéfica : finalmente todos, todos, jóvenes y ancianos padres é hijos, ricos y pobres, grandes y pequeños, lloraban sobre su féretro la suerte de Virginia.

Quando llegó al lugar de su sepultura, las Negras de Madagascar y las Cafres de Mozambique, presentáron en su entierro canastillos de frutas, y colgaron de los árboles cercanos, telas y estofas de diferentes géneros, segun la costumbre de su pais ; y las Indias de Bengala y de la costa de Malabar, lleváron jaulas con muchos y diversos paxarillos, á los quales diéron libertad sobre la misma tumba de Virginia. ¡ Quan cierto es que todas las naciones se interesan en rendir homenaje á la virtud desgraciada, reuniéndose de comun acuerdo al rededor de su sepulcro !

Fué

Fué enterrada cerca de la iglesia de las Pamplenas, al pie de un grupo de bambúes, donde gustaba descansar, sentada al lado de aquel que ella llamaba hermano, quando iba á misa con su madre y Margarita.

Acabada la pompa fúnebre, Mr. de la Bourdonais subió á estas cabañas, acompañado de una parte de su numerosa comitiva, y ofreció á madama de la Tour y á su amiga todos los auxilios que estuviesen de su parte, expresándoles en breves, pero enérgicas palabras, la indignacion que le habia causado el proceder de su inhumana tia. Despues se dirigió á Pablo, y le dixo quanto juzgó mas oportuno para consolarle en tan lastimosa situacion. Y animándole á que se embarcara quanto ántes para Francia, donde le prometia toda su proteccion en la corte, y cuidar entretanto de su madre, como de la suya misma, le alargó le mano de amigo; mas Pablo retiró la suya, y volvió la cara á otro lado por no mirarle.

Yo, pues, en semejantes circunstancias determiné quedarme para hacer compañía á mis desgraciadas amigas, y darles, igualmente que á Pablo, todos los consuelos que me fuesen posibles. Pasadas tres semanas se halló Pablo en estado de poder andar; pero parecia que se aumentaba su tristeza á medida de que su cuerpo

cuerpo iba adquiriendo vigor. Mostrábase insensible á todo ; sus ojos estaban amortiguados, y no respondia á nada de lo que se le preguntaba. Madama de la Tour, mas muerta que viva, le decia muchas veces : “ Hijo mio, “ jamas te veo, que no me parezca ver á mi “ amada Virginia.” Al oir Pablo el nombre de Virginia se estremecia y se alejaba de ella, á pesar de las voces é instancias de su madre para que no se apartara de allí, y encaminándose al jardin se sentaba al pie del cocotero de Virginia, y fixaba los ojos en su fuente.

El cirujano del gobernador, que con el mayor esmero le habia asistido, nos dixo un dia, que para quitarle la negra melancolía que le atormentaba, era necesario dexarle hacer todo lo que quisiera, sin contradecirle en nada ; y que este era el único medio que habia de vencer el silencio en que se obstinaba : cuyo consejo resolví seguir en lo sucesivo.

En efecto, luego que Pablo se sintió mas restablecido, lo primero que hizo fué alejarse de la posesion ; mas como yo no le perdía de vista, le fuí siguiendo, y dixe á Domingo, que nos acompañara y llevara provisiones para algunos dias. A medida de que Pablo baxaba esta montaña, parecia que renacian sus fuerzas y alegría. Tomó desde luego el camino de las Pamplemusas, y quando llegamos cerca

de la iglesia y del grupo de bambúes, se fué en derechura al parage donde vió la tierra recientemente movida: arrodillóse allí, y levantando los ojos al cielo, hizo una larga oracion.

Este paso me pareció de muy buen agüero para el recobro de su razon, pues semejante señal de confianza en el Ser supremo, manifestaba que su alma comenzaba á recuperar el ejercicio de sus funciones naturales. Domingo y yo nos arrodillamos, á exemplo suyo, y oramos con él, despues se levantó, y se encaminó acia la parte del norte de la isla, sin hacer mucho caso de nosotros. Como yo estaba cierto de que ignoraba donde se habia depositado el cadáver de Virginia, y aun si le habian sacado del mar, le pregunté porque habia ido á rezar al pie de los bambúes, y me respondió suspirando: “ Hemos estado allí tantas veces “ Virginia y yo ! ”

Continuó caminando hasta la entrada del bosque, donde nos cogió la noche. Allí le excité con mi exemplo á tomar un poco de alimento, y despues nos recostamos sobre la yerba al pie de un árbol, persuadido yo de que al dia siguiente resolveria volverse á casa. En efecto, luego que amaneció, estuvo mirando bastante tiempo acia la llanura de la iglesia de las Pamplemusas, y aun hizo algunos movimientos como para retroceder; pero de allí

allí á un instante se internó repentinamente en el bosque, dirigiendo siempre sus pasos acia el norte. Conociendo yo su intencion, procuré distraerle de ella; pero fuéron inútiles mis esfuerzos. Llegamos finalmente cerca de medio dia á la punta de los Polvos de Oro, y baxó precipitadamente á la playa del mar, enfrente del parage donde naufragó el San Gerardo; y á vista de la isleta del Ambar y de su canal, entónces terso y apacible como un cristal, exclamó: “Virginia! amada Virginia!” y en esto se desmayó.

Domingo y yo le condujimos en hombros á lo interior del bosque, donde nos vimos muy apurados para hacerle volver en sí; y habiéndole conseguido, se empeñó de nuevo en volver á las orillas del mar, hasta que habiéndole suplicado que no renovara nuestro dolor y el suyo con tan crueles memorias, tomó otra direccion. Finalmente, por espacio de ocho dias, no cesó de andar de una parte á otra, recorriendo uno por uno los lugares donde habia estado con la compañera de su infancia; la senda por donde habia ido á pedir el perdon para la esclava de Rio-negro; las márgenes del rio de los Tres Pechos, donde Virginia se sentó por no poder andar, y la parte del bosque donde los dos se extraviáron. Todos los sitios que le recordaban las inquietudes, los entrete-

nimientos,



nimientos, los banquetes, la beneficencia de su querida Virginia; el rio de la Montaña-larga, mi cabaña, la cascada inmediata, el papayo plantado por su mano, los cruzeros de la floresta donde ella se complacia en cantar, la era ó explanada inmediata á su casa donde gustaba de correr; todos estos sitios, repito, le hicieron derramar sucesivamente lágrimas de afliccion; y los mismos ecos que tantas veces habian resonado con los gritos comunes de su mutua alegría, no repetian entónces mas que estos acentos deloridos: “Virginia!... amada Virginia!”

Con aquella vida errante y salvage, se le hundieron los ojos, cubrió su rostro una mortal palidez, y su salud se deterioró considerablemente. Persuadido yo de que el sentimiento de los males presentes se duplica con el recuerdo de los placeres pasados, y que las pasiones crecen y se fortifican con la soledad, resolví apartar á mi infeliz amigo de los lugares que renovaban la memoria de la perdida de la prenda de su amor, y trasladarle á otro parage de la isla donde encontrase mas distraccion y variedad de objetos.

A este efecto le llevé á las alturas habitadas del distrito llamado de Williams, donde no habia estado nunca, y en cuya parte de la isla, la agricultura y el comercio estaban á la sazón en

su mayor auge y actividad, pues por todas partes habia quadrillas de carpinteros, que cortaban maderas, y otros que las serraban en tablones; carretas que iban y venian de una parte á otra, por todos sus caminos; grandes manadas de bueyes y de caballos, que pastaban en su fértil campiña, y una infinidad de casas distribuidas por los campos. Por otro lado la elevacion del suelo permite plantar allí en muchos parages diversas especies de vegetales de la Europa, y se veian aquí y allí mieses doradas en la llanura, verdes tapetes de fresales en los descampados de los bosques, y á lo largo de los caminos setos de rosales. Además de esto, la frescura del ayre que allí se respira, dando tension á los nervios, es, por consiguiente, favorable á la salud, aun de los mismos blancos.

Desde aquellas alturas, situadas casi en el centro de la isla, y rodeadas de grandes bosques, no se descubre ni el mar, ni Puerto-Luis, ni la iglesia de las Pamplemusas, ni otro objeto que pudiera excitar en Pablo la memoria de Virginia. Las mismas montañas que se presentan á la vista en diferentes graduaciones por el lado de Puerto Luis, no ofrecen, miradas desde las llanuras de Williams, mas que un promontorio en línea recta y perpendicular, en

el qual sobresalen varios picachos muy elevados, donde se apiñan las nubes.

A aquellas llanuras, pues, conduxe yo á Pablo, trayéndole en continuo movimiento de una parte á otra, de noche y de dia, al agua y al sol, y aun extraviándole de propósito en los bosques, prados y campos, con el fin de distraer su ánimo con la fatiga del cuerpo, y de hacerle mudar de reflexiones con la ignorancia del lugar donde nos hallábamos, y del camino que habíamos perdido. Pero el alma de un amante encuentra en todas partes los vestigios del objeto amado: la noche y el dia, el bullicio y la soledad, el tiempo mismo, que se lleva tras sí tantas memorias, nada puede apartarle de él, bien así como la aguja magnetizada, que por muchas agitaciones que padezca, se vuelve acia el polo que la atrae, inmediatamente que la dexan en reposo. Y así, quando yo le preguntaba á Pablo, extraviado en medio de un bosque; “¿Adonde irémos ahora?” se volvia acia el norte, y me decia: “Allí están nuestras montañas: volvámonos á ellas.”

Bièn pronto conocí que todos los medios, discurridos por mí para distraerle, eran inútiles, y que no me quedaba otro recurso que combatir su pasion con sus mismas armas, valiéndome para esto de todas las fuerzas de mi débil  
 razon ;

razon ; y así le respondí : “ Sí ; aquellas son  
“ las montañas donde vivia tu querida Virgi-  
“ nia, y este el retrato que le diste junto á la  
“ fuente de los cocoteros, y que ella conservó  
“ hasta el último instante de su vida.” Al  
punto que Pablo vió el retrato, me le arrancó  
de las manos con una especie de furia, comen-  
zó á temblar, y se inflamáron los ojos, dete-  
nidas en ellos las lágrimas, sin poder correr.  
Yo entónces viéndole tan inmutado, le hice  
las reflexiones siguientes :

“ Escucha mis razones, querido Pablo, que  
“ soy tu amigo, y lo he sido igualmente de  
“ Virginia, y no ignoras que he procurado  
“ siempre, en medio de vuestras esperanzas,  
“ fortificar vuestra razon contra los accidentes  
“ imprevistos de la vida. ¿ De que te lamen-  
“ tas con tanta amargura ? de tu desgracia, ó  
“ de la de Virginia ?

“ ¿ Te lamentas de tu desgracia ? sin duda  
“ que es muy grande, pues has perdido la me-  
“ jor de las mugeres, que habiendo sacrifica-  
“ do sus intereses á los tuyos, te prefirió á los  
“ bienes de la fortuna, como el único premio  
“ digno de su virtud. Pero ¿ que sabes tú si  
“ el objeto de quien podias esperar una felici-  
“ dad tan pura, tal vez seria para tí la causa de  
“ una infinidad de males ? Virginia era pobre y  
“ estaba desheredada ; y tú únicamente la po-  
dias

“ dias mantener con el trabajo de tus manos.  
“ Habiéndose criado con mas delicadeza que  
“ tú, y adquirido mas valor con su misma  
“ desgracia, la hubieras visto desmejorarse de  
“ dia en dia, esforzándose en partir contigo el  
“ peso de tus fatigas. ¡ Quanto no se acrecen-  
“ tarian tus penas y las tuyas, si teniendo hi-  
“ jos mañana ú otro dia, os vierais precisados  
“ á mantener, con solo tu trabajo, á vuestras  
“ ancianas madres, y una dilatada familia !

“ Tú me dirás que el gobernador os ayuda-  
“ ria, pero ¿ quien sabe si en una colonia,  
“ donde se mudan tan amenudo los goberna-  
“ dores, hallariais otro como Mr. de la Bour-  
“ donais ? ¿ quien te asegura á tí que el que  
“ venga despues de él, no sea hombre de ma-  
“ las costumbres, y peor modo de pensar ? Y  
“ en este caso, ó vivirias pobre toda tu vida,  
“ ó te expondrías á las asechanzas de su cor-  
“ rupcion por conservar tu honor y el de tu  
“ esposa, siendo perseguido por aquellos mis-  
“ mos de quienes esperabas proteccion y am-  
“ paro.

“ Me podrás decir que á lo ménos gozarias.  
“ de la felicidad independiente de la fortuna,  
“ esto es, de proteger al objeto amado, que se  
“ estrecha con nosotros en proporcion de su  
“ misma debilidad ; de consolarle con tus pro-  
“ pias inquietudes ; de alegrarle con tu misma  
“ tristeza,



“tristeza, y de aumentar el amor con vuestras  
“penas mutuas. No hay duda que la virtud  
“y el amor, en los matrimonios bien avenidos,  
“gozan de estos placeres amargos. Pero Vir-  
“ginia ya no existe, y te quedan los dos ob-  
“jetos, que despues de tí ha amado mas en  
“este mundo, que son su madre y la tuya, á  
“quienes tu dolor inconsolable hara descen-  
“der al sepulcro. Pon, pues, tu dicha en  
“ayudarlas, como la tenia puesta ella misma.  
“La beneficencia, hijo mio, es la felicidad de  
“la virtud, y no hay otra mayor ni mas segura  
“que ella sobre la tierra. Los proyectos de  
“placeres, de tranquilidad, de delicias, de  
“abundancias y de gloria, no están hechos  
“para el hombre débil por naturaleza, y pa-  
“sagero en esta vida. Observa como un paso  
“dado hacia la fortuna, nos ha precipitado á  
“todos de abismo en abismo. Verdad es que  
“tu te opusiste al viage de Virginia; pero  
“¿quien diria que no habia de ser para su  
“mayor bien y tuyo? Las instancias de una  
“parienta anciana y rica, los consejos de un  
“gobernador prudente, los aplausos de una  
“colonía, las exhortaciones y autoridad de un  
“ministro de Dios, han decidido de la suerte  
“de Virginia. Así regularmente corremos á  
“nuestra perdicion, deslumbrados con las es-  
“peranzas de un mundo engañoso. Pero al  
“cabo,

“cabo, de tantos hombres como vemos tan  
“afanados en estas llanuras, de tantos como  
“van á buscar fortuna á las Indias, ó que sin  
“salir de su casa disfrutan tranquilamente en  
“Europa de los sudores de estos, ni uno solo  
“hay que no esté destinado á perder un dia lo  
“que mas estima, grandeza, fortuna, muger,  
“hijos y amigos. La mayor parte tendrán  
“que añadir á esta pérdida la memoria de su  
“propia imprudencia ; mas tú, entrando dentro  
“de tí mismo, nada tienes de que reprehenderte,  
“pues siempre has tratado á Virginia con las miras  
“mas legítimas, mas puras y mas desinteresadas.  
“Es verdad que la has perdido ; pero no ha sido por  
“imprudencia, avaricia ú otra falta tuya, sino porque  
“Dios ha querido valerse de las pasiones de otros  
“para quitarte el objeto de tu amor : Dios, digo,  
“de quien tienes todo lo que eres, que ve todo lo  
“que te conviene, y cuya sabiduría no te dexa  
“ningun lugar á la desesperacion y al arrepentimiento,  
“compañeros inseperables de los males de que nosotros  
“hemos sido los autores.

“Laméntaste de la desgracia de Virginia, de su  
“triste fin y de su estado presente ; y porque ?  
“Ella ha padecido la suerte reservada á la  
“grandeza, á la hermosura y á los imperios  
“mismos. La vida del hombre, con todos

“ sus proyectos, se eleva como una torre, cu-  
“ yo coronamiento ó remate, es la muerte.  
“ Estaba condenada á morir desde el instante  
“ de su nacimiento. ¡ Dichosa ella en haberse  
“ desatado de los lazos de la vida, ántes que  
“ su madre, que la tuya y que tú mismo,  
“ quiero decir en no haber muerto muchas  
“ veces ántes de la última!

“ La muerte, hijo mio, es un bien para el  
“ hombre justo; es la noche de este dia in-  
“ quieto que se llama vida, y el término de  
“ las enfermedades, pesares, aflicciones y te-  
“ mores que continuamente agitan á los míse-  
“ ros mortales. Fondea á los hombres que  
“ parecen mas dichosos, y verás quan cara-  
“ mente han comprado su pretendida felici-  
“ dad; la opinion pública á costa de mil males  
“ domésticos; las riquezas á costa de la pér-  
“ dida de la salud; el placer tan raro de ser  
“ amado á costa de continuos sacrificios; y re-  
“ gularmente al fin de una vida sacrificada á  
“ los intereses de otro, no ven al rededor de  
“ sí, mas que amigos falsos y parientes in-  
“ gratos. Pero Virginia ha sido feliz hasta el  
“ último momento: lo fué en nuestra compa-  
“ ñía con los bienes de la naturaleza, y léjos  
“ de nosotros con los de la virtud; y aun en  
“ el instante terrible en que la vimos perecer  
“ fué igualmente feliz; porque ya echase los  
“ ojos

“ojos sobre toda una colonia, en cuyos habi-  
“tantes causaba una desolacion universal, ya  
“los echase sobre tí, que con tanta intrepidez  
“volabas á su socorro, tuvo el consuelo de  
“ver quan amada era de todos. Fortificada  
“en aquel momento con el testimonio de la  
“inocencia de su vida, recibió entónces el  
“precio que el cielo reservaba á su virtud, un  
“valor superior á los riesgos : en una palabra,  
“presentó á la muerte un rostro sereno.

“Dios, hijo mio, da en que merecer á la  
“virtud en los varios lances de la vida, para  
“manifestar que ella sola es la que puede hal-  
“lar felicidad y gloria en los acontecimientos  
“mas terribles. Quando le reserva una repu-  
“tacion ilustre, la eleva sobre el gran teatro  
“del mundo y la pone en combate con la  
“muerte ; entónces su valor sirve de exem-  
“plo, y la memoria de sus desgracias recibe  
“para siempre un tributo de lágrimas de la  
“posteridad. Ve aquí el monumento inmor-  
“tal que está reservado para la virtud, en una  
“tierra en que todo pasa, y hasta la memoria  
“de la mayor parte de los grandes, es sepultada  
“en eterno olvido.

“Pero Virginia vive todavía. El mismo  
“Dios que la crió la hace feliz, premiando  
“sus virtudes. Ya sabes, hijo mio, que hay  
“un Ente supremo, á quien toda la natura-  
“leza

“ leza anuncia, y cuya exístencia te dicta tu  
“ mismo corazon, penetrado de la grandeza  
“ de sus obras, que están á la vista de todos.  
“ Él es el que premia las virtudes, ó castiga  
“ severamente los vicios, sin que ningun mortal  
“ pueda frustrar los decretos de su justicia.  
“ La religion te lo enseña, y no necesito de-  
“ tenerme ahora en probarte una verdad de  
“ que estás bien convencido. Ah! si Virgi-  
“ nia ha sido feliz con nosotros, lo será actual-  
“ mente mucho mas con la posesion de su  
“ criador. Así es de esperar de la infinita  
“ bondad de Dios, y de la justicia con que  
“ juzga á sus criaturas. Vuelvo á repetir :  
“ Virginia es feliz en el cielo : y si desde la  
“ morada de los ángeles pudiera comunicarse  
“ á tí, te diria como por última despedida : O  
“ Pablo ! la vida no es mas que una continua  
“ prueba. Yo atravesé los mares por obede-  
“ cer á mis padres ; renuncié las riquezas por  
“ conservar mi fe, y preferí la muerte á la  
“ violacion del pudor. El cielo me ha liberta-  
“ do, en premio, de la pobreza, de la calum-  
“ nia y de todos los males, que afligen al  
“ linage humano en ese globo de miserias,  
“ donde la vida está en continua lucha con la  
“ muerte, y la inocencia con la injusticia ; y  
“ ¡ tú me lamentas ! Aquí gozo de una dicha  
“ eterna é inefable ; sin mezcla de disgustos



“ ni zozobras que la perturben. Sufre, pues,  
“ el estado de prueba, en que te ha puesto la  
“ providencia en ese mundo, para ser feliz  
“ conmigo en este por toda una eternidad.  
“ Aquí tendrán fin tus penas, y se enjugarán  
“ tus lágrimas. O Pablo! Pablo! eleva tu al-  
“ ma á lo infinito, para soportar los trabajos  
“ de un instante.”

Al llegar á aquí, mi propio acaloramiento puso fin á mi discurso. Pero Pablo mirándome de hito en hito, exclamó.: “ Pero ella no vive! ella no vive!” y una larga congoja se siguió á estas dolorosas expresiones. Despues, volviendo en sí, me dixo: “ Ya que la muerte es un bien, y Virginia feliz, quiero morir quanto ántes para juntarme con ella.” De modo que las mismas razones con que yo procuraba consolarle, solo sirvieron para fomentar mas su pena; y me ví entónces en el mismo caso de un hombre que intenta salvar á su amigo, que se sumerge en un rio, sin querer nadar. El dolor tenia sumergido á Pablo. Ay de mí! las desgracias de la primera edad disponen al hombre para la entrada de la vida; y Pablo no habia experimentado ninguna.

Volvimos, por fin, á su cabaña, donde encontré á su madre y á madama de la Tour en peor estado que ántes de nuestra salida; pero particularmente

particularmente Margarita era la que se hallaba mas abatida de ánimo. Los genios vivos, en los quales hacen poca mella las penas ligeras, son los que ménos resisten á las grandes pesadumbres.

Consolélas del modo posible, y Margarita me contó lo siguiente: “ Sabed, vecino, como  
“ esta noche me pareció ver á Virginia vestida  
“ de blanco en medio de florestas y jardines  
“ deliciosos, que me decia: Yo gozo de una  
“ felicidad digna de envidia. Despues se acer-  
“ có á Pablo con semblante muy risueño, y  
“ se le llevó consigo; y como yo hiciese es-  
“ fuerzos para detener á mi hijo, experimenté  
“ que yo misma dexaba la tierra, y le seguia  
“ con un gusto indecible. Quise entónces  
“ despedirme de mi amiga, mas ví que nos  
“ seguia con Domingo y María. Pero lo que  
“ me parece mas extraño (continuó) es que  
“ madama de la Tour ha tenido un sueño es-  
“ ta noche, acompañado de las mismas cir-  
“ cunstancias.”

Como ellas no eran supersticiosas, me persuadí desde luego, que el sueño podria tener alguna analogía con otros de que nos hablan las historias, que han sido mirados como inspiraciones del cielo. Pero sea como quiera, lo cierto es que el de estas infelices mugeres, tardó bien poco en realizarse. Pablo murió  
dos

dos meses despues de su amada Virginia, cuyo nombre no cesaba de pronunciar. Margarita vió acercarse su fin ocho dias despues de la de su hijo, con una alegría, que solo la virtud es capaz de experimentar, despidiéndose con la mayor ternura de madama de la Tour, con la esperanza, como ella decia, de una dulce y eterna reunion en la otra vida.

El gobernador se encargó de la subsistencia de Domingo y María, que ya no se hallaban en estado de servir, y no sobrevivieron mucho tiempo á sus amas. El pobre Leal tambien murió de pura vejez, casi al mismo tiempo que su amo.

La que se sostuvo, en medio de tantas desgracias, con increíble grandeza de alma, fué madama de la Tour, á quien yo llevé á mi compañía. Esta valerosa muger, despues de haber consolado á Pablo y Margarita, como si ella no tuviese otros males que llorar mas que los de éstos, me hablaba todos los dias de ellos, como de unos amigos estimados que vivian en las inmediaciones. Pero tampoco les sobrevivió sino un mes.

Por lo que mira á la tia de Paris, léjos de atribuirle madama de la Tour sus males, pedia á Dios la perdonara, y libertara su espíritu de las horribles inquietudes, que segun supimos despues, la agitaron desde que tuvo la inhumanidad

manidad de despedir de su casa á Virginia. Pero esta tia desapiadada, no tardó en experimentar el castigo de su dureza, pues por varias embarcaciones que posteriormente llegaron á esta isla, se supo que estaba poseida de una especie de melancolía, que le hacia igualmente insoportables la muerte y la vida. Tan pronto se achacaba á si misma el fin prematuro de su sobrinita, y la muerte de su madre, que á ella se habia seguido; tan pronto se aplaudia de haber desterrado de su vista á dos infelices que por su baxo modo de pensar, como ella decia, habian deshonorado su casa y familia. A veces volviéndose furiosa á vista de tantos pobres como hay en Paris: “¿Porque no los “envian,” exclamaba, “á estos haraganes á “perecer en nuestras colonías?” A temporadas daba en ser devota, y otras por el extremo opuesto, sin acertar jamas á guardar el justo medio de una virtud sincera y constantemente seguida. En suma, lo que mas aceleró el término de su miserable vida, fué el remordimiento que la devoraba de haber sacrificado los sentimientos naturales de la sangre, á la avaricia de su corazon y á la vanidad de su familia; y aun tuvo el desconsuelo de ver pasar sus bienes á unos parientes que aborrecia. Y habiendo intentado, en venganza, enagenar lo

mas pingüe de su patrimonio, porque no recayera todo en ellos, los mismos parientes, aprovechándose de la especie de mania á que estaba sujeta, la hicieron encerrar como loca, y pusieron sus bienes en administracion. Así que sus mismas riquezas fueron la causa de su perdicion ; y como ellas habian empedernido el corazon de la que las poseia, por la misma razon endurecieron el de los que las deseaban. En suma, para colmo de su desgracia, murió con bastante conocimiento para verse despojada y ultrajada por aquellos que la habian dirigido durante su vida.

Cerca del sepulcro de Virginia, al pie del grupo de bambúes ó cañas, fué enterrado su amigo Pablo ; y al rededor de ellos sus tiernas madres, y los fieles criados Domingo y María. Sobre sus humildes sepulturas no se eleváron mármoles, ni se grabáron inscripciones en loor de sus virtudes ; pero en recompensa de estos vanos aparatos, ha quedado indeleble su memoria en los corazones de aquellos, á quienes tienen obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor, de que huyéron quando vivian ; prefieren al contrario, andar errantes debaxo del pajizo techo de las humildes chozas donde habita la virtud laboriosa, consolando á la pobreza no contenta con



con su suerte, é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor de las riquezas.

La voz del pueblo, que calla sobre los monumentos elevados á la gloria de los potentados y conquistadores de la tierra, ha dado nombres á algunos parages de esta isla que eternizarán la pérdida de Virginia. Se ve cerca de la isleta del Ambar, en medio de los arrecifes, un sitio llamado el paso del San Gerando, del nombre del navío en que naufragó Virginia. La extremidad de aquella larga punta de tierra que veis, á tres leguas de aquí, medio cubierta con las olas del mar, y que el San Gerando no pudo doblar, la víspera del huracan, para entrar en el puerto, se llama el Cabo desgraciado; y ved allí en frente de nosotros, en los confines de ese valle, la bahía del sepulcro, donde se encontró entre la arena el cadáver de Virginia, como si el mar hubiese querido restituirle á su familia, y tributar los últimos homenajes á su pudor, en las mismas playas que ella habia honrado con la inocencia de su vida.

Jóvenes tan tiernamente unidos! madres desgraciadas! amadas familias! estos bosques que os daban su sombra, estas fuentes que manaban para vosotros, estos oteros donde  
reposabais

reposabais todos juntos, lloran todavía el haberos perdido. Nadie, despues acá, se ha atrevido á cultivar esta tierra desolada, ni á reedificar estas humildes cabañas. Vuestras cabras se han hecho montaraces ; vuestros vergeles están destruidos ; vuestros páxaros han huido ; y solo se oyen los silbidos de los gavilanes y aves de rapiña que vuelan en torno de este recinto de peñascos. Yo, desde que no os veo, soy como un amigo que ya no tiene amigos, como un padre que ha perdido á sus hijos ; como un viagero que anda errante sobre la tierra, donde ha quedado solo, triste y afligido.

Al acabar estas palabras, echó á andar el buen anciano, derramando abundantes lágrimas, y las mias habian corrido mas de una vez, durante esta funesta relacion.

*FIN.*

LAMENTACION DE UNA MUCHACHA QUE  
IMPACIENTE ESPERA Á SU  
AMANTE.

---

“ YA es de noche y me encuentro sola en  
“ la colina de las tempestades. El viento so-  
“ pla en la montaña, el torrente gime en lo  
“ baxo de esta roca, ninguna cabaña me  
“ ofrece asilo contra la lluvia, estoy abando-  
“ nada en la colina de las tempestades.

“ Sal, ó Luna, dexa el seno de las nubes !  
“ Apareced Estrellas de la noche ! ¿ No habra  
“ alguna luz que me guie al lugar en que re-  
“ posa mi amante fatigado de los trabajos de la  
“ caza, su arco suelto á su lado, y jadeando  
“ sus perros al rededor de él ?.... Me veo obli-  
“ gada á detenerme aquí, sola en medio de  
“ estas rocas, sobre la yerba de las orillas de  
“ este arroyo ! Oigo el murmullo del viento y  
“ de las aguas ; pero no oigo la voz de mi  
“ amante !

“ Por

“ Por que no vienes, ¡ oh Shalgar mio !  
 “ ¿ Por que tarda el hijo de la colina en cum-  
 “ plir su promesa ? He aquí el arbol, la roca,  
 “ y el arroyo murmurador. Tú me prome-  
 “ tiste estar aquí ántes que fuese de noche....  
 “ ¡ Ah ! dónde has ido Shalgar mio ! Por tí  
 “ he dexado la casa de mi padre, y huí conti-  
 “ go. Nuestras familias han sido mucho tiem-  
 “ po enemigas ; pero Shalgar y yo no somos  
 “ enemigos.

“ ¡ Oh, viento, cesa un momento ! Arroyo,  
 “ suspende un instante tu murmullo ! Resuene  
 “ mi voz en todo el monte, llegue á los oidos  
 “ del cazador que espero. Shalgar ! ¡ oh aman-  
 “ te mio ! Heme aquí : ¿ por que tardas en  
 “ parecer ? Ay ! nada me responde !

“ Al fin la Luna aparece, las aguas brillan  
 “ en el valle, las rocas pardean en la colina,  
 “ pero no le veo en lo alto ; sus perros adelan-  
 “ tándose no me anuncian su presencia ; me  
 “ quedaré, pues, aquí sola y abandonada ?

“ ¿ Pero quiénes son los que veo tendidos  
 “ entre las xaras ?... ¿ Si serán mi amante y mi  
 “ hermano ?...habladme, amigos míos....Ay !  
 “ nada me responden ! El temor hiela mi co-  
 “ razon.... ¡ ah ! están muertos ! Sus espadas  
 “ están teñidas en sangre. ¡ Oh, hermano  
 “ mio ! hermano mio ! Porque has muerto á  
 “ mi Shalgar ? ¡ Oh, Shalgar ! Porque has  
 “ muerto

“ muerto á mi hermano ? ¡ Ay quan caros me  
 “ eran uno y otro ! ¿ Que diré para celebrar  
 “ vuestra memoria ? Tú eras bello en la coli-  
 “ na entre la multitud de tus compañeros ; él  
 “ era terrible en los combates.....Habladme,  
 “ escuchad mi voz, hijos de mi ternura....pe-  
 “ ro ¡ ay de mí ! callan para siempre : el frio  
 “ habita en su seno.

“ ¡ Oh, vosotras sombras de los muertos !  
 “ haced oiros desde lo alto de esta roca de la  
 “ cima del monte de los vientos, hablad y no  
 “ estaré temerosa !

“ ¿ A donde habeis ido á reposar ? ¿ en qual  
 “ caberna de la colina os encontraré ? pero el  
 “ viento no me trae respuesta ; no distingo en  
 “ las tempestades de la colina los débiles soni-  
 “ dos de la voz de los muertos.

“ En medio de mi dolor voy á sentarme  
 “ aquí, aguardaré la mañana llorando. Eri-  
 “ gid un sepulcro, ¡ oh vosotros amigos de los  
 “ muertos ! pero no le cerreis ántes que yo  
 “ llegue ; siento mi vida huirse de mi como  
 “ un sueño. ¿ Por que viviré yo despues de  
 “ mis amigos ? Mejor es que repose con el-  
 “ los en la orilla de este rio. Quando descien-  
 “ da la noche sobre el collado, quando sople  
 “ el viento en las xaras, mi sombra se sentará  
 “ sobre las nubes, y llorará la muerte de mis  
 “ amigos.



“amigos. El cazador me escuchará desde  
“lo interior de su cabaña, temerá mi voz,  
“pero la amaré, porque mi voz será dulce  
“para mis amigos, pues eran caros á mi  
“corazon.”

*FIN.*

superfine flour

Bread & Boil

tasted,

ausbringen

20  
L  
100.

Adams needle

persuaded

enclosed

rare dainty

divided affability,

raised increased











